



como
te veo
yo

ABRIL CAMINO

Como te veo yo

Abril Camino

© Abril Camino

1ª edición, mayo de 2017

ASIN:

Diseño de cubierta: Abril Camino

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi amiga Elena,
porque el orden alfabético nos unió en la infancia,
porque escribimos la historia de nuestras adolescencias en los márgenes
de los libros de texto,
y porque los años nos han enseñado que ser imperfectas es nuestra
mayor virtud.
Y porque no sé cómo salen tranquilas a la calle las chicas que no tienen
a una amiga como tú cubriéndoles las espaldas.*

Sinopsis

Holly ya no cree en el amor. Tyler ha renunciado al sexo.
Una amistad especial parece el arreglo ideal para ellos.
Solo que... de repente, ya no es suficiente.

¿Qué es más difícil? ¿Dejar atrás una inseguridad que no te deja avanzar o
contar un secreto que jamás creíste que desvelarías?

Tyler y Holly tendrán que descubrirlo. Juntos. Como todo.

Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[1 El comienzo de todo](#)

[2 ¿Me perdonas?](#)

[3 Empezando de cero](#)

[4 La presidenta de la *friendzone*](#)

[5 ¿Qué está pasando aquí?](#)

[6 Compartiendo locuras](#)

[7 No es esto lo que soñaba](#)

[8 No me hagas esto](#)

[9 Nos vamos](#)

[10 El olor a césped y el sabor a nosotros](#)

[11 Mi secreto, tu secreto](#)

[12 Los dos sabemos que no](#)

[13 Hogar, dulce hogar](#)

[14 ¿En calidad de qué estoy aquí?](#)

[15 Rota](#)

[16 Por favor, Holly](#)

[17 La primavera de mi vida](#)

[18 Te mereces un amor que te quiera despeinada](#)

[19 Si eres capaz de perdonarme](#)

[20 La primera confesión de Ty](#)

[21 La segunda confesión de Ty](#)

[22 La tercera confesión de Ty](#)

[23 La verdad, toda la verdad](#)

[24 Esto es lo que soy](#)

[25 Hacerlo fácil](#)

[26 Quédate. Para siempre.](#)

Epílogo

Agradecimientos

1

El comienzo de todo

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaaaaaños feliz! —La voz de una Hazel absolutamente desafinada entra atronadora en mi dormitorio, cuando aún no he tenido tiempo de abrir del todo los ojos—. Te deseooooo, Holly Rose. ¡Cumpleaaaaaños feliz!

Siempre me he preguntado cómo es la vida de las personas que no son capaces de reírse de sí mismas. O, mejor dicho, siempre me he compadecido de ellas. He tenido la suerte de criarme en una casa en la que la carcajada estaba a la orden del día, y creo que eso ha moldeado mi carácter de una manera que algún día tendré que recordar agradecerles a mis padres. Cuando abandoné el nido para ir a la universidad, vino el segundo gran golpe de fortuna de mi vida: dar con una compañera de habitación tan payasa que hace que mis padres hasta parezcan serios. Con Hazel entendí que ser hija única no es un impedimento para tener una hermana, una que me regaló la vida y la casualidad de que el orden alfabético nos colocara juntas en aquella residencia universitaria de Stanford.

Por todo eso, por lo mucho que la quiero y por la enorme capacidad de ambas de reírnos de nuestros avatares vitales, consiento el espectáculo que tengo ante mis ojos: Hazel, portando una bandeja llena de *cupcakes*, coronados por una vela con el número uno.

No, no cumplo un año hoy. De hecho, mi cumpleaños es en primavera, y el verano hace ya semanas que ha acabado. Hoy hace un año que no me acuesto con nadie, y a Hazel le ha parecido fantástico despertarme con este festejo, justo en el que va a ser mi primer día de trabajo.

—Sopla la vela, Holly. Y, por lo que más quieras, pide como deseo echar un buen polvo.

—Cada día es más difícil soportar tus excentricidades. —Pese a mis palabras, le hago caso. En lo de soplar la vela, no en la elección del deseo. En realidad, como me ocurre siempre, me acuerdo de que debería haber pedido algo cuando la cera ya amenaza con estropear la cobertura del pastel—. Pero

gracias por el desayuno, pequeña.

—A tus órdenes. Siempre. —Me da un beso en la mejilla y se lanza en mi cama. Se mete bajo las sábanas y se acurruca para combatir el frío de estas horas de la mañana. Frío en octubre. Ver para creer.

—¿A quién le has robado todo esto?

—¿Y quién te ha dicho que no me he pasado la noche cocinando para ti?

—El hecho de que la casa no esté en llamas me ha dado una pista.

—Nueva York es el puto paraíso. Hay una pastelería en Queens que envía *cupcakes* a domicilio las veinticuatro horas. Eres tan marmota que ni has oído el timbre.

—Ya veremos si Nueva York te sigue pareciendo el paraíso cuando llegue el invierno.

—¿El invierno no es esto?!

Somos dos chicas del sur de California recién llegadas a la ciudad que nunca duerme. Hazel se crio en una de esas zonas de Los Ángeles que nadie recomendaría a los turistas, arrastrando una historia familiar de la que odia hablar y que yo solo conocí gracias a una noche de borrachera en la que se le soltó la lengua. Yo, en cambio, crecí en las colinas de West Hollywood, en una casa en la que, en cada armario, cabría nuestro apartamento actual entero, y en la que Hazel encontró, bajo la manta protectora de mi madre, lo más parecido a un hogar que la vida decidió darle.

Me gusta California. Me gustan el sol y la playa; me fascina el encanto decadente del Hollywood que se ve en las películas y del que solo se conoce desde cerca; tengo, además, la firme convicción de que poder ir todo el año en sandalias es un lujo que no se paga con dinero. Pero... ¡Ay, Nueva York! Cuando, hace un par de meses, me vi ante las pantallas de Times Square, con Hazel a mi lado y con nuestro miedo compartido por estar por primera vez tan lejos de casa, entendí que había encontrado mi lugar en el mundo.

No era la primera vez que visitaba la ciudad. Había estado muchas veces con mis padres y también en un viaje con amigos el segundo año de universidad. Pero, en ese momento, ya no estaba en calidad de turista. Tenía en la mochila las llaves y el contrato de alquiler de nuestro nuevo apartamento, así que ya nos sentíamos neoyorquinas. Estábamos en casa.

En realidad, nuestro piso queda *un poquito* lejos de Times Square. A unos cuarenta y cinco minutos en metro y más kilómetros de los que estoy dispuesta a calcular. En el Brooklyn profundo, por más que desde la azotea del edificio

se vislumbren las copas de los árboles de Prospect Park. Es un apartamento de unos cuarenta metros cuadrados, con dos habitaciones que en algún momento tendremos que molestarnos en decorar, un cuarto de baño diminuto y un salón-cocina que podría ser retro, pero me temo que se queda en viejo. Pero... a quién le importa. Es Nueva York.

—Como no muevas el culo, vas a llegar tarde en tu primer día —me recuerda Hazel, sacándome de la ensoñación que todavía me produce pensar que estoy viviendo en la ciudad con la que siempre fantaseé.

—¿Me ayudas a elegir qué ponerme?

—¡Venga ya! ¿La mismísima Holly Rose no tiene decidido el atuendo de su primer día de trabajo desde hace una semana?

—Sí, por supuesto que sí. —Se me escapa una carcajada porque, si Hazel tuviera un día especialmente malévolos, rebuscaría entre mis cosas y encontraría un cuadro con todas las posibles combinaciones de ropa que me he planteado para el día de hoy—. Pero es el rollito que se trae la revista el que me hace dudar.

Dentro de una hora y cuarenta y siete minutos, si la elección de ropa o mis todavía precarios conocimientos del sistema de metro no lo impiden, comenzará mi vida laboral. Cuando me gradué en Periodismo y Lenguas Modernas en Stanford, hace unos meses, dediqué unas semanas de mi vida a enviar currículums a diestro y siniestro. No quedó una sola publicación, canal de televisión, emisora de radio o agencia de noticias en todos los Estados Unidos que no recibiera ese exiguo documento en el que se detallaba que tenía un expediente estupendo en la carrera, pero ninguna experiencia profesional. Ah, y también tenía un orgullo muy arraigado que me impidió, desde el primer momento, tirar de los contactos de mis padres para acabar colocada en un puesto que, sin duda, no me merecería.

Contra todo pronóstico, a principios del mes de agosto, recibí la llamada que me ha traído hasta aquí. Hasta Nueva York y hasta esta mañana de nervios instalados en el estómago. No había oído hablar de la revista online *Millenyal* en toda mi vida, pero fingí al teléfono que era una lectora asidua de esa pequeña publicación de temas variados dirigida al público neoyorquino menor de treinta años. Buscaban una redactora *junior*, y la prueba de acceso consistía en elaborar un artículo de opinión sobre un tema libre y un reportaje completo sobre algún aspecto relacionado con el arte y con Nueva York. Creo que acepté, en parte, por el reto que suponía prepararlo todo. Elegí, puede que

con muy poca cabeza, dedicar la columna a hacer un alegato de los votantes de Donald Trump y sus motivaciones, a pesar de que me había pasado semanas despotricando contra ellos. Para el reportaje, esperé a que Hazel y yo nos mudáramos a Nueva York, algo que ya habíamos decidido incluso antes de que llegara mi oportunidad laboral, y me pasé dos semanas recorriendo las calles de South Bronx con mi cámara réflex, aparentando mucha seguridad cuando me encontraba con alguna banda, pero cruzando internamente los dedos para no dar con la persona inadecuada. De aquella experiencia salió un reportaje de dieciséis páginas titulado *El arte urbano de los grafitis de South Bronx* y una entrevista personal en la sede de la revista, que acabó conmigo firmando, casi sin tener tiempo para asimilarlo, un contrato de un año para trabajar allí.

—Pantalón negro y camisa vaquera es una combinación ganadora. —Hazel entra en el cuarto de baño con una percha en cada mano, y yo me limito a echar un vistazo a lo que ha elegido, con el cepillo de dientes metido en la boca.

—¿No será demasiado informal?

—Pero, vamos a ver, ¿no se supone que es una revista destinada al público *millennial*? No vas a aparecer con traje de chaqueta y collar de perlas, digo yo.

—Sí, pero también pertenece a uno de los grupos de comunicación más grandes del país. El tío que me entrevistó tenía como sesenta años y un traje de tres piezas.

—¿Va a ser tu jefe?

—No. Al parecer, en la redacción de *Millenyal* no hay jefes. El redactor con más experiencia es el que dirige el trabajo de los demás, pero son todos bastante autónomos. Bueno, supongo que, al principio, a mí me tendrán más controlada.

—Definitivamente, *look* informal.

Con unos vaqueros tan ceñidos que me arrepiento al instante de haberme dejado convencer por Hazel para ponérmelos, y un blusón blanco flojo que espero que cumpla la función de mantener ocultos un par de michelines que pugnan por escaparse de los pantalones, salgo de casa con tiempo de sobra para llegar tranquila al trabajo. Bueno, *tranquila...* es un decir.

El metro me deja en la puerta de entrada del edificio de la revista, y es entonces cuando mis rodillas adquieren la consistencia de la gelatina de limón. Intento reunir toda la seguridad en mí misma posible, pero no se me va de la cabeza el hecho de que estoy a punto de empezar en un trabajo para el que

cinco años en la universidad no me han preparado. De camino al mostrador de recepción, me recuerdo que hasta el mejor profesional del mundo, de cualquier sector, fue un día un novato inseguro. Cuando un miembro del personal de seguridad me pide mis datos para gestionar la acreditación de acceso, tengo ganas de decirle que me he equivocado, que pensaba que esto era un Starbucks y que ya me marchó. De camino al ascensor, recuerdo las palabras de uno de mis profesores, quien siempre me dijo que estaba llamada a hacer grandes cosas en el mundo del periodismo. Cuando alcanza la octava planta y entro en la redacción de *Millenyal*, ya solo quiero hacerme una bola en una esquina del cuarto de baño y llamar a mi madre para que venga a rescatarme y a darme mimos. Quizá alguien debería avisar a esa gente de que han contratado a una psicótica desquiciada.

—¿Eres Holly Rose?

Una voz me sorprende en medio de mi paranoia. Profunda, aterciopelada y masculina. Muy masculina. Me giro a cámara lenta —o eso es lo que me parece— y el hombre con el que me encuentro hace que la mandíbula se me desplome y quede ante él con la boca abierta de par en par —o eso es lo que me parece—. Puede que tenga el mejor cuerpo que he visto en toda mi vida, pero eso ya lo comprobaré bien cuando sea capaz de desengancharme de ese par de ojos azules, esos pómulos marcados y esa mandíbula cuadrada.

De verdad, quiero hablar. Quiero demostrar que soy una persona inteligente con capacidad para emitir palabras que formen frases completas, más que nada porque aquí me van a pagar un sueldo justo por eso, pero el caso es que mis neuronas han huido despavoridas y están tomándose un café todas juntas, cotilleando sobre lo escandalosamente bueno que está este hombre. *Mamma mía*.

—Sí —acierto a responder. Creo. Ni siquiera estoy segura de haber hablado en voz alta. Son los nervios. Los de empezar a trabajar, quiero decir.

—¿Holly Rose, qué?

—¿Qué?

—Holly Rose... ¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Tienes algún problema?

—¿Problema de qué? —Oh. Dios. Mío. Que alguien le ponga solución a esta conversación de besugos, porque estoy sufriendo un caso agudo de vergüenza ajena.

—En serio, ¿te estás quedando conmigo?

—No —balbuceo, cuando el dios griego que ha decidido dirigirse a mí empieza a fruncir el ceño. Mis neuronas han vuelto, y ahora están intentando recordar alguno de mis sólidos motivos para haber renunciado al sexo y los hombres. Así, en general.

—¿Eres Holly Rose?

—Sí.

—¿Holly Rose, qué?

—¿Qué?

—¡Por Dios! ¿Pero qué es lo que te pasa? —me grita, y yo doy un pequeño saltito en mi sitio. A continuación, se da la vuelta y sale disparado hacia el fondo de la redacción. No puedo evitar que mi cabeza se ladee un poco y le eche un vistazo nada discreto a su parte trasera y a su andar, a medio camino entre chulesco y desgarrado. Cuando ya es medio evidente que me está dando una embolia, escucho un nuevo chillido suyo—. ¿¿Vienes o qué??

Vaya estreno, Holly. Vaya estreno.

—Vamos a intentar empezar de nuevo —me dice, en cuanto entro en lo que parece ser su despacho.

—Por favor.

—Te llamas Holly Rose —afirma, un poco dubitativo, casi como si intentara comprobar si de verdad me falta un hervor.

—Sí.

—¿Y de apellido?

—¡Oh! Por Dios...

—¿Qué ocurre?

—Rose es mi apellido. Pensabas que era mi segundo nombre, ¿no?

—Sí. La verdad es que es eso lo que llevo un rato intentando preguntarte —me dice, haciendo una mueca un poco borde.

—¿No sería algo extraño que solo hubiera puesto mi nombre en el currículum, sin apellido?

—Teniendo en cuenta el resto del currículum... —suelta, por lo bajo, pero sin ninguna intención de ser discreto.

—¿Disculpa?

—Nada. Es igual. En fin... —Me mira, con una condescendencia que me está poniendo un poco enferma, porque yo me habré quedado medio lerda al verlo, pero él no ha sido capaz de interpretar la primera línea de mi

currículum. Como poco, estamos empatados en estupidez—. Me llamo Tyler. Tyler Banks. Soy el redactor de deportes de *Millenyal*. Yo coordinaré tu trabajo al principio, hasta que cojas el ritmo, lo cual, sinceramente, espero que sea pronto.

—Lo intentaré —logro responder a su bordería y, a continuación, me doy de cabezazos contra una pared imaginaria por no ser capaz de contestarle con esa lengua viperina que mis padres dicen que tengo y que, al parecer, hoy ha desaparecido.

—Te han contratado para cubrir la información de ocio, lo cual incluye moda, música, cine, arte y diseño. *Lifestyle* en general. No soy un experto en la materia, así que esperemos que sepas lo que te haces. ¿Entiendes algo de moda?

—Algo —le respondo, ya un poco chulita, deseando ser capaz de morderme la lengua.

—¿En serio? —Será gilipollas... Su mirada a mi atuendo me cabrea tanto que se me anula el filtro y utilizo la baza que me prometí desde el día uno de mi carrera no usar.

—Mi madre es Kim Rose.

—¿Quién? —¿Perdón? ¿De dónde ha salido este tipo?

—Quizá la diseñadora más importante del país.

—¿Eso te asegurará buenas acreditaciones para la Semana de la Moda?

—Yo... —me rindo—. Sí.

—Bien. ¿De ocio? ¿Sales por ahí? ¿Conoces los locales de moda? —Ya no sé si es paranoia mía o su mirada sigue juzgando mi aspecto. Y, al parecer, no tengo el aspecto de alguien que queme las pistas de los mejores clubs cada noche. ¿A quién quiero engañar? Que no tengo ese aspecto es algo que yo ya sabía.

—Acabo de aterrizar en la ciudad, pero... No, no creo que tenga problema con eso tampoco.

—Bien. Yo te iré mostrando la forma de trabajar que tenemos aquí, el libro de estilo, lo que gusta a nuestro público, que es todo lo moderno y un poco transgresor. Esa es la idea.

—Genial. Estoy deseando empezar. ¿Alguna sugerencia de temas?

—Cuando estés rodada, serás tú quien se encargue de buscar los temas. Deberás elaborar un calendario anual con los eventos que es imprescindible cubrir en tu sección. Algo parecido a esto. —Se sienta en su silla y me señala

con la cabeza otro asiento. Alcanza un *planning* impreso de un gran tablón de corcho y lo coloca delante de mí. A continuación, comienza a señalarme eventos deportivos organizados por meses, mientras se pone unas gafas de pasta negras. Ay. Hombres con gafas no, que me enamoro—. Esta primera semana seré yo quien te marque los temas. Quiero ver cómo te mueves.

—Perfecto. Pues... tú dirás.

—¿Tienes una buena cámara? ¿Te manejas bien con las fotos?

—Me manejo mejor con las palabras, pero sobrevivo. ¿Tendré que encargarme de las fotos de mis artículos?

—Solo en parte y solo en algunos casos. Trabajamos con varias agencias, pero no cubren todo el espectro de noticias. De hecho, quiero que te estrenes con un reportaje fundamentalmente gráfico.

—Tú dirás.

—Quiero que te vayas a South Bronx. A la parte chungu, que quede claro. Y que hagas un reportaje extenso, a fondo, sobre los grafitis del barrio. Análisis del componente artístico, relación con la cultura de los diferentes grupos étnicos, un poco de historia del grafiti, de cómo le afecta la apropiación cultural...

—¿Es una broma? —lo interrumpo, porque está describiendo punto por punto el trabajo que hice para entrar en *Millenyal*, y que me supuso dos semanas de trabajo. Prefiero no pensar en lo que es evidente: que está dando a entender que plagué mi trabajo, que otra persona lo hizo por mí o algo por el estilo.

—Por supuesto que no. —Frunce el ceño, y yo celebro interiormente estar tan asqueada con su actitud, porque, en caso contrario, creo que le lamería el entrecejo hasta ver desaparecer las arrugas que se le han formado. Sí. Lamería—. Si tienes algún problema con lo que te mande, solo tienes que bajar a recepción y devolver tu acreditación.

—Está bien. ¿Algún plazo de entrega?

—En un par de días debería estar.

—Muy bien. ¿Algo más? —Lo único que quiero ya es largarme de ese despacho y olvidarme de este individuo que me ha tocado en suerte, o en desgracia, como jefe interino.

—Nada. Suerte.

Me levanto de la silla, y mis ojos recalán en la pantalla de su ordenador, que se acaba de encender al rozar con el codo el ratón. En el fondo de

pantalla, aparece un jugador de fútbol, con su casco y la equipación completa de un equipo que no acabo de reconocer, con un brazo al aire en señal de victoria y un par de compañeros alzándolo en volandas. Perfecto. Además de gilipollas, déspota y bocazas, parece que Tyler Banks también es un obseso del deporte. Maravilloso. Él se da cuenta de que me he quedado observando, apaga sin demasiado disimulo la pantalla y me dirige una mirada que es el equivalente absoluto de un «lárgate de aquí».

Treinta y siete minutos. Treinta y siete minutos en los que me he sentido despreciada en mi trabajo, juzgada por mi aspecto físico y, en general, pequeña. Muy pequeña. Y ridícula. Normalmente, hace falta bastante más tiempo para que se me derrumbe la fachada de seguridad en mí misma que me construyo cada día. Pero, hoy, han bastado treinta y siete minutos para que mis neuronas recuerden por qué me mantengo alejada del sexo y los hombres. Así, en general.

||

La ilusión por mi nuevo trabajo me ha durado el tiempo exacto que ha tardado el imbécil este en mandarme al Bronx a hacer en dos días una tarea que me llevó en su momento dos semanas. En la boca de metro, el disgusto vence a la responsabilidad, y tomo la línea que me lleva a mi casa. Ya he decidido que reutilizaré las fotos que usé en el primer reportaje, y espero que no se atreva a negarme que las he hecho yo o va a arder Troya.

Al entrar en mi apartamento, me sorprende el silencio. Cuando Hazel está en casa, su verborrea y su música a todo volumen lo invaden todo. Trabaja como redactora de libros de texto escolares, un trabajo que a mí me parece una pesadilla de aburrido, y a ella en parte también, pero que le permite trabajar desde casa y ganar el dinero justo para mantenerse mientras intenta conseguir un papel en alguna producción de Broadway. Lleva toda su vida cantando, bailando y actuando, y a mí me parece que tiene un talento alucinante, pero no es fácil abrirse hueco en el panorama teatral de Nueva York. De hecho, a ratos me vienen ataques de culpabilidad porque sé que, si se hubiera quedado en Los Ángeles, tendría muchas más posibilidades de conseguirlo que aquí. Pero Hazel y yo hace ya muchos años que decidimos que, al menos durante un tiempo, a donde fuera una, iría la otra. Y el apaño nos va bien.

Me dejo caer en el minúsculo escritorio que logré encajar bajo la ventana de mi dormitorio, y conecto el disco duro al ordenador. Seleccione mis fotos favoritas del reportaje anterior y modifiqué el texto para no entregar por segunda vez lo mismo. En el fondo, me apetece provocar un poco a Tyler, pero prefiero ser prudente, al menos en la primera semana de trabajo.

Un par de horas después, lo dejo todo listo y preparado para llevarlo a la redacción... y ni siquiera es la hora de comer. Hazel entra por la puerta justo cuando estoy planteándome si prepararme algo solo para mí o sobrevivir a base de fruta. Veo su cara de decepción e imagino que la prueba que tenía hoy no ha ido como esperaba. Hace tanto tiempo que vivimos juntas que ya no necesitamos ni las palabras para comunicarnos. Mientras la escucho cambiarse de ropa en su cuarto, decido prepararle pollo frito, que es una de mis especialidades culinarias y su comida favorita.

—Mi día ha sido una puta mierda. ¿Tú qué haces en casa? ¿Te han echado ya? ¿Eso es pollo frito?

—Ídem. No preguntes. Ojalá. Sí.

—No recuerdo en qué orden hice las preguntas. Hazme un resumen —me pide, mientras coge una cerveza del frigorífico y me ofrece el primer trago.

—He llegado, he conocido a mi supuesto no jefe, que es un borde de mierda, me ha mandado al Bronx a hacer un reportaje sobre grafitis y me ha echado del edificio con una mirada. ¿Lo tuyo?

—Me he pasado dos horas maquillándome y caracterizándome y, cuando he salido al escenario, me han dicho que acababan de dar el papel a la aspirante anterior.

—Pues vaya maravilla de lunes, ¿no? —Echo el último trozo de pollo a la freidora y me tiro con ella en el sofá mientras termina de hacerse.

—¿Está bueno?

—¿Quién?

—El jefe imbécil.

—Bah, yo qué sé.

—O sea... que sí.

—No es feo.

—Joder, Hols... Descríbemelo un poco. Dame inspiración.

—¿Ahora te gustan los hombres?

—Vade retro, Satanás.

Nos echamos a reír las dos, mientras el aroma de la comida empieza a

invadir el apartamento. Me levanto a preparar una ensalada rápida para aliviar la conciencia de la ingesta de calorías que se nos viene encima, y Hazel me mira desde la mesa con cara de cordero degollado.

—Vaaaaale —me rindo—. Alto, muy alto. Cuerpazo. Pelo castaño, como con reflejos rojizos incluso. Ojos azules. *Muy* azules. Rasgos marcados, así, como muy masculinos. Dentadura perfecta. Y un puto imbécil.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta vivir contigo? —me espeta, mientras se mete un trozo de pollo en la boca y chilla porque se está abrasando. Al parecer, que el aceite aún chisporroteara no le ha dado una pista—. Me alimentas a mí y alimentas mi curiosidad malsana sobre gente atractiva.

—Y te presto mis libros, y mis vinilos, y millones de cosas más.

—Sobre gente atractiva a la que te podrías tirar —me ignora.

—Lo único que me faltaría en esta vida sería tirarme a semejante gilipollas.

—Un año, Holly. No es ni medio normal. —Hazel habla con la boca llena, pero eso no impide que oiga su comentario. Ni que lo ignore, claro—. ¿Me estás escuchando?

—Llevo escuchándote doce putos meses. Eres la persona más pesada de este mundo.

—Podría intentar presentarte a...

—No vas a presentarme a nadie.

—¡Ni siquiera me has dejado que te diga a quién!

—Es que no me interesa, Hazel. Estoy muy bien como estoy. Me ha costado mucho llegar hasta aquí. No voy a arriesgarme a volver a donde estaba hace un año.

—¿Y cuál es el plan? ¿Quedarte célibe?

—Sí, más o menos ese es, sí.

—Tú eres gilipollas.

—Y tú, un coñazo.

Seguimos comiendo en silencio, hasta que Hazel no aguanta más. Su límite de permanencia sin hablar, cantar o emitir cualquier tipo de sonido es de cinco minutos, más o menos, y acaba de estar a punto de alcanzarlo.

—¿Estás enfadada en serio?

—Un poco —reconozco.

—¿Me perdonas?

—Qué remedio me queda...

—Joder, Holly, es que no lo entiendo. Todo lo que te ocurrió fue un golpe de mala suerte.

—Querrás decir *varios* golpes de mala suerte.

—Pues sí, eso. Varios. Te cruzaste con unos cuantos gilipollas en la vida, pero eso no es motivo para que renuncies por siempre y para siempre a tener una pareja. O a echar un polvo, vaya, que eso también nos vale.

—Hazel, ¿recuerdas cómo estaba hace un año?

—Sí, pero eso no tiene por qué volver...

—¡No! —la interrumpo y noto que me va subiendo la ira por el cuerpo. Ella no tiene la culpa de nada, pero estoy harta de que insista e insista en un capítulo de mi vida que yo ya tengo muy decidido—. ¿Cuándo lo vas a entender? No pienso volver a arriesgarme a pasar por todo eso. A ti te parecerá muy bonito el sexo casual, conocer a alguien, tontear y demás, pero para mí ha sido siempre una pesadilla.

—No es que a mí me parezca muy bonito, Holly. Es que lo es. Es la salsa de la vida.

—Es la salsa de la vida cuando naces con ese cuerpo y esa cara —le digo, señalándola con mi tenedor.

—Holly, el físico no lo es todo.

—Pues lo parece.

—Y tú no estás nada mal.

—Solo dices eso porque eres mi mejor amiga. Punto. Soy normal. Ni siquiera fea-interesante. Normal.

Y es que, diga Hazel lo que diga, eso es lo que soy. Estatura normal, ni muy alta ni muy baja. Cuerpo normal, tirando a un poco gordita. Pelo lacio, sin gracia, castaño claro. Ojos marrones. Cara normal, con restos algo más visibles de lo que me gustaría de un acné que me jodió la adolescencia. Nariz normal. Una miopía escandalosa mantenida a raya por unas lentillas sin la que no saldría de casa ni por un millón de dólares. *Todo* normal. Tirando a mal.

—Eres guapa, Holly. No hay ningún motivo por el que no podrías gustarle a cualquier tío con dos dedos de frente.

—Hazel, ¿te parece que eres la más indicada para decirme eso? —le digo, con un tono algo más borde de lo que pretendía.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Pues, en primer lugar, que es muy fácil juzgar a quién puedo o no

gustarle cuando mides un metro ochenta, tienes un cuerpo de infarto, una melena rubia de caerse de culo y dos ojos que no te caben en la cara.

—Te olvidas de unas tetas que me costaron más que a ti la matrícula de la universidad. —Me saca la lengua, pero, a continuación, se pone seria—. El físico no lo es todo, Holly. Te lo repito, a ver si consigo que te entre en esa cabeza de chorlito que tienes.

—Díselo a la panda de imbéciles a los que ni siquiera se les pone dura cuando me meto con ellos en la cama.

—Estás haciendo un mundo de algo que solo fueron...

—Hazel, ni a ti te gusté —la corto, sacando un tema que hemos tocado muchas veces en tono de broma, pero del que hace más de dos años que no hablamos en serio.

—¿A qué viene eso ahora?

—Viene a que deberías ser la que mejor me entendiera. Yo no gusto. Punto.

—Holly, tienes dos millones de amigos. En tu último cumpleaños hacía falta un GPS para orientarse.

—¿Me has oído quejarme de que no tenga amigos? Eso ya lo sé. No gusto a los tíos. Y, como tú misma sabes, a las tías tampoco.

—Tampoco a ti te gustan las mujeres, así que no quieras acaparar —me dice, con una sonrisa, mientras se descuelga un poco por la ventana de la cocina para fumarse un cigarrillo, pese a que sabe que odio que lo haga.

—Tú me gustabas —confieso, aunque eso ella ya lo sabe.

Aprovecha que paso por su lado a dejar los platos en el fregadero, para agarrarme de un brazo y ponerse frente a frente conmigo. Tiene toda la cara de ir a decir algo solemne y me arrepiento de inmediato de haber sacado el tema. Las dos sabemos que lo mejor que nos pudo pasar en la vida fue que aquel amago de romance que tuvimos el segundo año de carrera no fuera a mayores. Yo acabé con ella porque estaba tan asqueada de los hombres que esa me pareció la mejor opción, y ella confundió el amor profundo que siempre nos hemos tenido como amigas con una especie de enamoramiento. Se acabó sin grandes dramas, cuando otra chica se cruzó en su camino, y nunca le hemos dado más importancia de la que tuvo, que fue muy poca.

Justo cuando estoy a punto de interrumpirla para que no diga algo demasiado serio que enrarezca el ambiente, veo que se le dibuja una sonrisa burlona.

—No te hagas la dramática por el fin prematuro de tu experiencia como

lesbiana, que a ti te gusta más un rabo que a mí el pollo frito.

Se me escapa una carcajada, ella me da un beso, yo protesto por el pestazo a tabaco, ella me enseña el dedo corazón y, de repente, todo vuelve a fluir. Me da igual que no me entienda, me da igual que sea la más pesada del mundo cuando sale el tema de mi vida amorosa y hasta me da igual que fume en el apartamento. Hazel es mi hermana y la adoro por encima del límite de lo razonable.

2

¿Me perdonas?

Cuando entro en la redacción, me recibe una vorágine de teléfonos sonando, gente corriendo y compañeros tecleando, que me hace subir la adrenalina por todo el cuerpo. El motivo por el que estudié Periodismo fue este estrés. Aunque parezca una locura, y probablemente lo sea, me gusta ese ritmo frenético de una redacción. Solo espero dos cosas: enterarme pronto de qué está pasando y que *el imbécil* me deje participar.

—¿Qué estás haciendo ahí plantada? —Ese es su recibimiento en cuanto me ve en medio de la oficina. Buenos días a ti también.

—No tengo mesa. O, si la tengo, no sé cuál es —le respondo, un poco chulita.

—Ah, sí. Disculpa. Acompáñame.

Sigo sus pasos hasta una pequeña mesa en esquina, justo enfrente de la puerta de su despacho. No sé cuál es el criterio para repartir las oficinas con paredes, puerta y todas esas cosas, pero solo él y un par de compañeros más parecen haber accedido a ese privilegio.

La redacción de *Millenyal* consiste en un gran espacio diáfano, ubicado en la vigésimo cuarta planta de un edificio de Midtown, con grandes ventanales desde los que se divisan Bryant Park y la Biblioteca Pública de Nueva York. Todas las paredes están pintadas de un blanco immaculado, con enormes pósteres de portadas célebres de la historia de la prensa de la ciudad: hay reproducciones de la portada del *New Yorker* posterior al atentado de las Torres Gemelas, de la del *New York Times* con la noticia del hundimiento del Titanic o de la niña afgana en el *National Geographic*. La luz es blanquecina, pero sin ese aspecto hospitalario de otras oficinas. Todo desprende buen gusto, a medio camino entre la funcionalidad moderna y un sabor clásico a vieja redacción de periódico.

—¿Qué hago?

—Vamos a darte algo sencillo. —Arqueo una ceja en su dirección, porque estoy segura de que me considera imbécil profunda, pero ni siquiera se da

cuenta—. Buscar reacciones en las redes sociales a la noticia. Tuits punzantes, reivindicativos, emotivos, aunque sean de gente anónima. Por supuesto, también de las *celebrities*. Copia los enlaces en un documento de texto y envíamelo, no tengo tiempo ahora de enseñarte a usar el editor de la web.

—Vale, vale, de acuerdo, pero... —Lanzo la pregunta sabiendo que me va a caer una nueva bronca y que, probablemente, esta sea merecida—. ¿A qué noticia?

—¿Disculpa?

—¿De qué noticia hablas?

—Ha habido un ataque esta madrugada en un club gay en el norte del estado. Hay varios muertos y heridos. ¿Dónde cojones has estado metida esta mañana?

—Pues es que... acabo de llegar.

—¿Y no has visto Twitter ni te has enterado por ningún medio?

—No... —balbuceo. Lo cierto es que me paso todo el día enganchada a las redes sociales, pero hoy venía hacia el trabajo tan agobiada por lo mal que fue todo ayer que solo me apetecía tirarme en el vagón de metro con Queen sonando atronador por los auriculares. Error.

—Mira, bonita, aquí se entra a las nueve de la mañana con parte del trabajo hecho. En el metro, te estudias Twitter, Facebook y las páginas de las agencias de noticias. Punto.

—De acuerdo, tienes razón. No volverá a ocurrir —concedo.

—Eso espero. —Se muere si no pone la puntilla, por supuesto—. Vete a tu mesa. La contraseña del equipo es tu año de nacimiento seguido de tus iniciales.

—Sí, voy.

—¡Joe! —Lo oigo gritar como un desquiciado, mientras corre de un lado a otro de la oficina—. ¿Dónde está Barbara?

Enciendo mi ordenador y empiezo a buscar la información que me ha pedido, mientras escucho sus chillidos y sus resoplidos de fondo. En apenas una hora, tengo mi tarea casi liquidada, así que me distraigo unos minutos en observar las dinámicas de trabajo de la redacción. No necesito más de cinco para darme cuenta de que Tyler es una especie de semidiós aquí. Todos los que serán mis compañeros, aunque aún no he tenido la oportunidad de conocer el nombre de ninguno, buscan su aprobación antes de hacer nada, le piden consejo sobre enfoques, sobre temas para tratar... Todo. En *Millenyal* no

habrá jefes, pero lo disimulan bastante bien.

—Por enésima vez... ¿¿dónde cojones se ha metido Barbara?! —Tyler sale de su despacho hecho una furia, y me da la sensación de que toda la redacción tiembla. Yo alzo una ceja en su dirección, porque he llegado a un punto en que me apetece tocarle un poco la entrepierna... en sentido figurado, claro. Mientras tanto, varios compañeros le dan excusas variadas sobre la ausencia de la tal Barbara, que él parece ignorar.

—Ty, si quieres, yo puedo intentar escribir su pieza. —Se ofrece un chico joven, con un aspecto muy modernito, justo el mismo que parece tener todo el mundo por aquí.

—Brian, sin ánimo de ofender... —Esboza una sonrisa cuando le responde, lo cual me resulta muy sorprendente, teniendo en cuenta que sonreír y evitar ofender son justo las dos cosas que menos espero de él—. Consiste en escribir un artículo muy emocional, de esos que todo el mundo se dedica a compartir en Facebook porque les han tocado la fibra. Y tú escribes de puta madre, no me malinterpretes, pero tienes la misma capacidad para emocionar que un cortacésped.

—Vete a la mierda. —El otro le responde mostrándole el dedo corazón entre carcajadas, y el ambiente frenético de la redacción queda algo más distendido.

—Si me dices de qué se trata, tal vez pueda intentarlo yo. —No sé de dónde me sale la idea, pero entiendo, en el mismo momento en que lo digo en alto, que no es una buena idea. Maldita capacidad de meterme en líos yo sola.

—No, gracias. Ya lo escribiré yo cuando acabe con lo que tengo entre manos. —Me descarta con la que ya es su habitual mueca de desdén para dirigirse a mí—. Aunque vamos a ir más tarde que la hostia.

—En serio, me gustaría al menos intentarlo —insisto, porque he creído ver una duda en su último comentario y porque, si algo se me dio bien siempre en la facultad, fue escribir artículos apasionados. De hecho, a la mayoría de mis profesores les parecía mi punto débil, que los sentimientos se me escapaban entre las letras y dejaban en segundo plano la objetividad que se le presupone a un periodista.

—Ven un momento a mi despacho.

En apenas unos minutos, me explica lo que pretende. Un artículo que nos posicione sin reservas a favor del colectivo LGTB, pero que no se limite a condenar los sangrientos hechos de esta madrugada, que me tienen el corazón

encogido desde que empecé a bucear en internet para buscar información, sino que apelen a la conciencia de los lectores sobre la aceptación, la normalización y la visibilización. Sé que lo puedo hacer bien. Además de que me he empapado de todos los artículos publicados en *Millenyal* desde que me llamaron para la entrevista, justo este tema me toca especialmente en lo más profundo. Incluso en el ambiente liberal de una facultad de modernos en California, yo vi en primera persona muchas miradas raras hacia Hazel. Incómodas. Miradas que no decían mucho más que un «te consideramos diferente». Nada más y nada menos que eso. Les habría partido la cara a todos. Si tengo la oportunidad de partírsela con palabras sobre un papel, al menos demostraré ser mejor que ellos.

Los dedos me vuelan sobre el teclado como pocas veces consigo. Es uno de esos momentos en que se alinean los astros y la inspiración llega en el momento oportuno. Tecleo y tecleo, sumergida por completo en el tema, hasta que escucho un carraspeo a mi espalda.

—Creo que he olvidado decirte que el límite habitual es de mil palabras. —Juraría que lo que veo en su cara es un esbozo de disculpa—. Si lo sobrepasas un poco no pasa nada, pero controla, ¿vale?

Me limito a asentir con la cabeza, porque no voy a permitir que ese conato de amabilidad me distraiga. Echo un vistazo al conteo de palabras, veo que ya rozo las mil y decido ir concluyendo. Le doy un último repaso, lo imprimo y, cuando voy ya camino del despacho de Tyler a entregárselo, hago un quiebro y me meto en el cuarto de baño, solo para pegarle una última lectura. Estoy bastante segura de que es un buen trabajo, pero no quiero que una coma fuera de lugar o un pensamiento mal ordenado le den artillería para poner en duda mi valía.

—¿Puedo pasar? —La puerta de su despacho permanece siempre abierta y, por lo que he podido observar, todo el mundo entra y sale sin llamar, pero yo todavía no me atrevo.

—Sí, sí, por favor. ¿Es eso? —Señala los dos folios que sostengo en mi mano y se los acerco. Evito que nuestras manos se toquen porque, aunque me maldigo por ello, físicamente me sigue impresionando un poco.

Permanezco de pie, pasando de forma continua el peso de mi cuerpo de un pie al otro, mientras veo cómo él ojea el artículo, echa un vistazo rápido a mi cara y vuelve a bajar la cabeza al papel, para —creo— leerlo con más pausa.

—¿Esto lo has escrito tú? —me pregunta, con algo parecido a la

estupefacción reflejado en la cara.

No le respondo, pero pongo los brazos en jarras y levanto las cejas en su dirección, a ver si se da por enterado de que es un ofensivo... y un gilipollas.

—Perdona. —Al menos tiene la decencia de disculparse—. Está genial. De veras, increíble. Felicidades.

—Gracias. —Le dedico la primera sonrisa que creo que esbozo desde que entré ayer aquí.

—Envíame el archivo y ya lo subo yo al editor. Luego te enseño cómo funciona todo. Puedes irte a comer ahora, si te parece bien.

—De acuerdo.

Bajo a la calle y me doy una vuelta por el barrio, en busca de algún local donde saciar el hambre atroz que tengo. Me encantaría ser una de esas chicas a las que se les quita el hambre con los nervios, pero no. La naturaleza decidió que todas mis debilidades se dirijan directamente hacia mis cartucheras, y la ansiedad me lleva siempre a devorar por encima de mis posibilidades. Encuentro un restaurante chino sin demasiada mala pinta y me meto entre pecho y espalda un menú bastante poco memorable. Me doy la máxima prisa posible por regresar a la redacción y, cuando lo hago, Tyler parece estar esperándome.

—Tu artículo está funcionando muy bien —me dice, sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador—. No una locura, pero muy bien. Muchos compartidos en Facebook y comentarios positivos. Un buen estreno.

—Me alegro. —Se me pinta una sonrisa en la cara porque el reconocimiento profesional es algo que desconocía y que, de un solo vistazo, tiene pinta de que va a encantarme.

—Ven, que te explico cómo funciona todo por aquí. A ver si nos dejan tranquilos un par de horas.

Al final, fue suficiente con una. Lo achacaré a mi capacidad para aprender rápido, que hoy estoy muy arriba de autoestima. Por momentos, he notado hasta un puntito de complicidad entre nosotros, de camaradería. Por momentos, hasta se me ha pasado el cabreo de que me considerara una inútil antes de conocerme. Lo que no se me pasa es la curiosidad por entender el motivo de ese mal comienzo que tuvimos.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le digo, antes de que la prudencia me haga recular.

—Claro. Dime. —Se repantiga un poco en su silla, y apoya la puntera de

una de sus Converse en la esquina de una cajonera. Si el lenguaje corporal hablara, diría que él es el tipo que más cómodo se siente en su propia piel y yo... bueno, yo no tanto, desde luego.

—¿Qué te disgustó tanto de mí ayer? Sinceramente, si metí la pata en algo, me gustaría saberlo —me sincero.

—No tiene importancia. Perdona si te molesté en algo. A veces... no soy el tío más agradable del mundo.

—Disculpas aceptadas. Pero para mí sí tiene importancia. ¿Podría saberlo, por favor?

—No eras mi candidata al puesto —me espeta, con sus labios convertidos en una línea fina.

—Ah. Vaya. No sabía que tú formabas parte del proceso de selección.

—La decisión final fue de los jefazos. Yo dejé muy claro quién quería que entrara, pero... En fin, esto me recuerda que aún no he visto tu trabajo sobre los grafitis de South Bronx. Me gustaría meterlo para mañana. Si es válido, puede quedar programado de ahora y nos vamos a casa con la satisfacción del trabajo bien hecho.

—Voy a buscarlo a mi mesa, sí. —Me levanto, un poco más seria, porque ese encargo me ha recordado todo nuestro mal comienzo de ayer.

Cuando regreso, lo tiro con un pelín más de agresividad de lo que me habría gustado sobre su mesa. Él alza la mirada sorprendido, pero lo ignoro y me siento en una de las dos sillas que hay frente a él. Si le llama la atención mi actitud desafiante, no dice nada.

—¿Qué es esto?

—Un reportaje extenso sobre el arte urbano de los grafitis de South Bronx —digo con voz aburrida.

—Pero ¿de dónde has sacado esto?

—¿En serio, Tyler? —me envalentono porque, de verdad, no entiendo qué demonios le ocurre—. ¿Voy a tener que aguantar durante todo el tiempo que trabaje aquí que pongas en duda lo que hago? ¿Qué crees? ¿Que me traigo un asistente debajo del brazo para que haga mi trabajo?

—No te lo pregunto por eso. Yo... —lo dice en voz baja, mientras busca por su mesa algún papel y abre, frenético, cajones del archivador que ocupa la pared del fondo—. ¿Tú eres Holly Rose?

—Esto no puede estar pasando...

—A ver, Holly, hablo en serio. ¿Este reportaje es el que preparaste como

prueba para entrar a trabajar aquí?

—No. El que preparé era mucho más extenso y currado, pero tuve mucho más tiempo para...

—¡Joder! —Se levanta de golpe de la silla, justo cuando parece encontrar lo que estaba buscando y lo tira delante de mí—. ¿Esto lo escribiste tú?

—Sí, claro. —Compruebo que los documentos que me muestra son mi reportaje original sobre el Bronx y el artículo de opinión sobre Donald Trump—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Yo seleccioné estos trabajos como los mejores, pero me dijeron que los había escrito un chico, un tal James no sé qué. Mira. —Mueve el ratón de su ordenador sobre la alfombrilla y abre un par de documentos. Veo que los títulos de mis dos trabajos de prueba aparecen en un Excel junto a otro nombre—. James Hollister. Ese es el tío que pone aquí que los hizo.

—Pues te puedo asegurar que fui yo. Aún tengo las fotos en la tarjeta de mi cámara si quieres comprobarlo.

—No, no. No hace falta, por supuesto. —Se queda mirando fijamente la pantalla y me lee la información que aparece asociada a mi nombre—. Aquí dice que tu reportaje sobre arte era un análisis de los cuadros principales del MoMA. Ahora que no nos oye nadie, te diré que era lamentable. Tópicos y más tópicos, acompañados de información sacada de la Wikipedia.

—¿Eso es lo que pensabas que había escrito yo?

—Sí —confiesa, con una sonrisa tímida y juraría que algo sonrojado—. Lo siento. Siento mucho haberte tratado así, pero de verdad que me parecía increíble que no hubieran seleccionado a la persona que escribió el artículo de Trump y lo de los grafitis. Que has resultado ser tú, vaya.

—Pues sí. —Se me escapa un poco la risa, y creo que he iniciado el proceso interno de reconciliación con Tyler.

—El artículo de opinión defendiendo a los votantes de Trump... hay que tenerlos muy bien puestos para elegir un tema así para entrar en una revista moderna y transgresora.

—Siempre he pensado que es más sencillo defender la tesis contraria a la que coincide con tu opinión.

—Mmmm... —Se echa hacia atrás en su silla y se queda unos momentos pensativo—. Explícame eso.

—Si defiendes algo que no es lo que piensas, tienes que documentarte y fundamentar esa opinión. Si te limitas a escribir lo mismo que opinas, es fácil

que te dominen las pasiones y no utilices argumentos objetivos.

—Me gusta. —Se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja y a mí me causa un pequeño confort interno haberla provocado con un argumento profesional. Prefiero no ponerme en contacto con la parte de mí que necesita con fervor sentir ese reconocimiento en los estudios y el trabajo—. Creo que vamos a trabajar bien juntos, Holly. Perdona. De nuevo. Me he comportado como un gilipollas, ¿no?

—Un poquito. —Me permito sonreírle yo también—. Olvídalo. Empezamos mañana de cero.

3

Empezando de cero

Cuando llevo diez días en *Millenyal*, ya soy incapaz de recordar cómo era mi vida antes de trabajar en la revista. Es fascinante cómo la mente humana se acostumbra a lo bueno. He trabajado en menos de dos semanas más horas de las que recuerdo haber dedicado a ninguna asignatura de la carrera. La proximidad de las elecciones, y la incertidumbre sobre los resultados que arrojan las encuestas, tienen la redacción de nuestra revista como la de casi todos los medios del mundo: en permanente alerta. He tenido que aguantar las quejas de Hazel, que dice que ya no me ve nunca despierta, aunque yo en el fondo sé que lo que le molesta es llevar dos semanas alimentándose de comida a domicilio y precocinados de dudosa procedencia. Mis padres refunfuñan al teléfono cada vez que hablamos, que es mucho menos de lo que a ellos les gustaría, claro, porque sigue pareciéndoles una idea nefasta que no aproveche el apellido familiar para tener un trabajo que no me consuma todas las horas del día.

Que les den a todos. Cuando una persona tan rematadamente dormilona como yo se levanta cada día a las siete como impulsada por un resorte, es que la cosa va bien.

No me han hecho falta muchos días para entender por qué Tyler es el tío más respetado de la redacción. No tiene que ver con la antigüedad ni con que sea el jefe en funciones, sino que es más una cuestión de carisma. De carisma y de que sabe de todo, el muy... Lo he visto asesorar a compañeros en artículos sobre cultura asiática, energía nuclear, motos de competición y cocina molecular. Así, a diestro y siniestro. Hasta me arrepiento un poco de haber pensado que era un fan del deporte sin cerebro cuando vi el fondo de pantalla de su ordenador.

Algunos días me toca encargarme de reportajes extensos, que me tienen ocho o diez horas con la cabeza metida en el ordenador sin tiempo ni para saludar a mis compañeros. Otros, me encargo de escribir artículos cortos, sobre exposiciones que se inauguran en galerías alternativas, restaurantes de

moda o tendencias de estilo que me encuentro en Instagram o en esa gran pasarela que son las calles de Manhattan.

Con Tyler, pese a nuestro abrupto comienzo, las cosas marchan bien. Se nota que todavía no está cien por cien seguro de mis habilidades, lo cual supongo que es normal, teniendo en cuenta que él lleva tres años trabajando aquí y yo poco más de cinco minutos. Pero me ha ido dando autonomía y he creído —o querido— distinguir un brillo de satisfacción cuando revisa mis trabajos.

El viernes a media mañana, pese al subidón de adrenalina de estas dos primeras semanas, estoy deseando que llegue el mediodía e irme a casa. Mis planes soñados para el fin de semana son dormir, comer, dejar que Hazel me cuente sus aventuras de estos últimos días, volver a dormir y no dejar de hacerlo hasta las siete de la mañana del lunes.

Dejo de pensar en mi almohada y mi edredón nórdico, que son dos de mis mejores amigos, y me levanto para preguntarle a Tyler si tiene algo en mente para mí o puedo ir dejando preparadas algunas cosas para la semana que viene hasta que dé la hora en que es decente que me vaya a casa.

Me lo encuentro sentado en su silla, con las piernas sobre el tablero de la mesa y la mirada perdida tras los cristales, en una pose entre intelectual y macarra que hace que se me dispare el corazón al verlo. En serio. Se me dispara. Ya quisiera yo que no fuera así.

—¿Tyler? ¿Puedo pasar?

—Sí, sí, claro, Holly. Dime.

—Venía a preguntarte si teníamos algo urgente, para organizarme un poco el resto de la mañana.

—Pues, si te digo la verdad, llevo todo el día dándole vueltas a algo.

—Tú dirás. —Me siento en la silla que hay frente a la suya.

—Ayer escuché por casualidad una conversación entre dos chicas sobre relaciones. Y me ha dado una idea. Vamos a ver... Ellas hablaban de que los hombres y las mujeres queremos de forma diferente, que las relaciones son difíciles precisamente por eso, porque vosotras queréis de forma apasionada y nosotros... nosotros somos más tranquilos, tenemos menos necesidad de demostrarlo o incluso de decirlo. Y todo eso genera malos entendidos.

—No sé yo si estoy muy de acuerdo con eso, pero bueno... ¿Qué quieres que haga?

—Alguna vez hemos metido para los fines de semana contenidos más

ligeros, de sexo, relaciones, con un puntito de humor o un rollo más picante. ¿Te ves preparando algo así? ¿Modernito y transgresor sobre las relaciones?

—Me veo.

—¿En lo que queda de jornada? —me pregunta, dubitativo, y me gusta que, por mucho que yo haya estado haciendo méritos, él no dé por hecho que me da igual irme o no a mi casa.

—Sí. No te preocupes.

Tardo un poco en meterme en materia, porque el cansancio de la semana ha empezado a hacer mella en mí, pero consigo encaminarlo justo cuando las tripas me empiezan a sonar. Hago una escapada volando al chino del primer día, que se ha convertido en mi suministrador habitual de alimento en horas de oficina, y vuelvo con algo de comida grasienta y deliciosa para degustar mientras le doy forma definitiva al artículo.

A eso de las seis de la tarde, creo que al fin tengo la versión definitiva, y más me vale que sea así, porque los párpados se me cierran del cansancio acumulado de las dos últimas semanas. Todos mis compañeros se han marchado ya. Salvo casos excepcionales, nadie viene por la redacción en sábado, y los viernes por la tarde se convierten en una carrera de fondo por ver quién abandona antes la oficina, incluso aunque algunos tengan que cubrir las noticias del fin de semana al llegar a casa. Solo queda Tyler, metido en su despacho, como siempre. No lo he comprobado personalmente, pero empiezo a sospechar que vive aquí.

—Perdona, Tyler, me ha costado un poco encauzarlo, pero creo que lo tengo.

—No te preocupes. Me queda trabajo aquí para horas todavía. —Resopla, al tiempo que tira las gafas sobre el tablero de su mesa y se frota los ojos con fruición—. Déjame ver eso.

Se pasa un buen rato leyendo mi artículo, gesticulando cada vez que se encuentra alguna de las frases más impactantes; o eso es lo que supongo. En estos apenas diez días trabajando juntos, he aprendido que en la cara de Tyler se puede leer como en un libro abierto. Todos los compañeros sabemos si un trabajo le va a gustar o no casi en cuanto posa los ojos en él, y adivinar a primera hora de la mañana, solo con ver su cara, si entra en la oficina de buen o de mal humor se ha convertido ya en una rutina delante de la máquina de café.

—Pero, Holly... —Levanta la vista hacia mí, con una media sonrisa

dibujada en la cara—. ¿Pretendes que todo el jodido estado de Nueva York deje de creer en el amor?

—Emmm... Me pediste una visión modernita y transgresora, ¿no?

—«Chicos y chicas, despertad. El amor no existe» —lee, y yo me hago un poco pequeñita en mi silla, porque siempre me ha dado un pudor espantoso escuchar mis textos leídos en voz alta—. «Si queréis llamarlo amor y tatuáros la palabra con letras de purpurina en el medio de vuestra estabilidad emocional, no me vengáis luego con lloros». ¿Has perdido el juicio?

—Yo... emmm... —titubeo, y me enfado conmigo misma por permitir que Tyler me haga dudar de mis convicciones—. No.

—¿«Un compañero de vida sobre el que las expectativas sean realistas y que, si se marcha, no te deje con el corazón roto. El fin de los ‘para siempre’. A eso deberíamos aspirar todos y todas»?

—Sí. ¿Hay algún problema, Tyler? Me pediste una visión personal del amor. Y se suponía que ser transgresora era algo positivo.

—¡Joder, Holly! Una cosa es transgredir y otra es decirle a la gente que se pegue un tiro en el corazón. ¿Estás loca o qué?

—Trae, lo suavizaré un poco. —Intento arrancarle el folio de la mano, pero él es más rápido y lo aparta de mi alcance—. ¿Qué?

—Si lo suavizas, te lo cargas. Lo único bueno de tu artículo es la pasión que desprende. Lo cual es bastante paradójico, teniendo en cuenta que justo despotricas como una desquiciada contra las pasiones.

—¿Desquiciada? —El cabreo va en aumento, aunque a él parece hacerle mucha gracia toda la situación, lo cual hace que me enfade más y se me caliente la boca hasta un punto del que sé que me arrepentiré—. Me encanta conocer el juicio de valor sobre las relaciones de alguien que tiene toda la pinta de tirarse a una tía diferente cada fin de semana.

—Yo diría que algún gilipollas te ha hecho una putada bien grande —me dice, siguiendo el tonito de cachondeo, pero me toca tanto la moral que salgo disparada de su despacho, porque creo que la otra opción es partirle la cara.

Cuando estoy en mi mesa, metiendo —o, mejor dicho, lanzando— todas mis cosas dentro del bolso, Tyler aparece. Le echo un vistazo rápido, y su media sonrisa y su aire de suficiencia consiguen cabrearme todavía más.

—Vamos, Holly. Perdoooona.

—Déjalo, Tyler. El artículo es una mierda. De hecho, la idea en sí era una puta mierda.

—Está programado para mañana por la tarde.

—¿Disculpa?

—Es bueno. Una locura, pero bueno. Solo estaba bromeando un poco. —
Se sienta en la esquina de mi mesa, con su culo a menos de veinte centímetros de mi mano y ya no sé si me apetece azotarlo por imbécil o... azotarlo, simplemente.

—¿Bromeando?

—En serio, te pido disculpas. No pensé que fuera a afectarte tanto.

—Pues me afecta. No estoy demasiado satisfecha con mi vida privada, aunque eso ni siquiera es asunto tuyo —le digo, sin tener ni idea de por qué.

—Espera aquí un momento. —Sale disparado hacia su despacho, y regresa unos segundos después con dos latas de cerveza heladas.

—¿De dónde has sacado eso?

—Soy un hombre de recursos —me dice, lanzándome una de ellas, que cojo al vuelo de milagro—. Cuando las conversaciones se vuelven personales, hace falta alcohol.

—Creo que es la primera cosa con sentido que dices en todo el día. —
Firmamos la tregua haciendo un brindis al aire.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué? —le pregunto, porque ya no sé a qué se refiere.

—De por qué no crees en el amor —suelta, como si el tema fuera lo más superficial del mundo. Yo intento que no se me inmute el gesto, como si el tema no fuera lo que más puede afectarme.

—*Nop.*

—Suenas un poco traumatizada.

—Y tú suenas a psicoanalista barato.

—Y, sin embargo, es viernes, ya ha anochecido, has acabado tu trabajo y sigues aquí sentada.

—La cerveza tiene la culpa de eso. En serio, Tyler, no me ocurre nada malo. Simplemente, no tengo esa visión del amor romántico que vende tanto en el cine y las novelas.

—Ty.

—¿Qué?

—Mis amigos me llaman Ty.

—¿Y yo soy tu amiga?

—¡Claro! Siempre —me dice y, no sé por qué, esa exaltación de la amistad

tan exagerada para lo poco que nos conocemos, y tan poco justificada por solo media lata de cerveza, me hace sonreír. Qué coño. Me hace hasta ilusión.

—Pues lamento decepcionarte, pero a mí mis amigos me llaman... Holly —bromeo.

—En serio, *Holly* —enfatisa mi nombre, con una sonrisa en la cara—, ¿te he molestado con lo de antes?

—Un poco, pero ya está. Si me conocieras más, sabrías que nunca me ha durado un cabreo más de cinco minutos.

—Eso me gusta. Entonces, ¿todo bien?

—De nuevo, sí. ¿Por qué te importa tanto?

—¿Sabes, Holly? —Acaba de un largo trago su lata de cerveza, la aplasta con una mano y la encesta en la papelera que hay en un rincón—. Aunque no te lo creas, me pareces la persona más inteligente que ha pasado por esta revista en los tres años que llevo trabajando aquí. Me gusta formar un equipo contigo.

—Pero... pero... —Mi madre siempre me ha dicho que no tengo ni idea de cómo aceptar un halago, y hago una demostración magistral de ello delante de la cara de Tyler, que me mira divertido—. Solo llevo dos semanas aquí.

—Pues imagínate lo buena que serás.

—Joder... gracias.

—De nada. Por cierto, ¿has probado el pollo Kung Pao de ahí? —me pregunta, señalando la bolsa medio vacía de mi comida.

—Sí. ¿Por?

—Es gato.

—¿¿Qué??

—Hicimos un reportaje de investigación hace un año o así. Es gato.

—Pero, pero —me niego a creerlo—, estaría cerrado por Sanidad o algo así, ¿no?

—El proceso es lento, pero están en ello.

—Me estás tomando el pelo.

—Ojalá. Yo comí kilos de ese gato Kung Pao antes de que a Barbara se le ocurriera investigar.

No me da casi tiempo a escuchar el final de su frase, porque salgo disparada hacia el cuarto de baño y lo siguiente que sé es que me encuentro de rodillas, vaciando el contenido de mi estómago como si no hubiera un mañana y, lo peor de todo, con Tyler —ahora Ty—, sujetándome el pelo y mojándome la frente con papel higiénico empapado en agua fría.

—¿Es un momento horrible para confesar que era una broma para congraciarme contigo?

4

La presidenta de la *friendzone*

Entro en la redacción un viernes de finales de noviembre con el frío calado en los huesos de una manera que no me parece ni real. Casi todos mis compañeros de trabajo son de Nueva York, o llevan aquí los suficientes años como para haberse acostumbrado a estas temperaturas, pero yo tengo la sensación de estar viviendo en un infierno helado. Solo Hazel parece compartir mis impresiones. Por suerte, mi mesa en la redacción está pegada a uno de los dos enormes radiadores que caldean la sala y consigo que los dedos me respondan antes de ponerlos sobre el teclado y empezar con mis tareas del día.

—Yo no sé cómo vamos a solucionar esto. Solo se me ocurre meter una crónica de agencia, pero no va a tener el estilo de Ty...

—¿Qué ocurre? —les pregunto, porque ese maldito nombre consigue activarme siempre la alarma interna. Estoy segura de que, si no lo hubieran mencionado, ni habría prestado atención a su conversación. Cruzo mentalmente los dedos para que la crisis no tenga nada que ver con la política nacional porque estas semanas posteriores a las elecciones han sido una auténtica locura de trabajo, y empezamos a necesitar escribir sobre cualquier otra cosa.

—Tyler ha tenido una urgencia familiar y ha salido pitando para Ohio en cuanto ha llegado a la redacción. Ayer jugaron los Giants y él es el único que cubre la información de deportes. A la gente le encanta el estilo que les da a las crónicas de los partidos.

—Es que son muy buenas, sí. —Y es cierto. Nunca pensé que, con la sobredosis de deporte que viví en mi infancia, pudiera disfrutar leyendo prensa deportiva, pero el estilo de Tyler lo ha conseguido. A veces escribe dos mil palabras sobre un partido sin mencionar siquiera el nombre de un jugador, pero al acabar de leer la crónica, el lector se queda con la sensación de haber vivido el partido en directo en el estadio.

—Pues no solo no lo tenemos a él, sino que no hay nadie en toda la

redacción que haya visto el partido de ayer.

—Yo lo vi —confieso, porque he renegado del fútbol muchas veces en mi vida, pero el vicio de ver los partidos por la tele no ha conseguido sacármelo nadie. Incluso Hazel ha acabado siendo adicta.

—¿En serio?

Les respondo solo arqueando las cejas, para dejarles claro que el comentario me ha parecido mal, pero sus caras de sorpresa me parecen todavía peor.

—Yo me encargo.

Entre la crónica del partido y un par de artículos cortos que me habían quedado pendientes a lo largo de la semana, llega la hora de comer y decido irme a casa. Me paso el resto de la tarde entrando en las redes sociales de *Millenyal*, para comprobar las reacciones a la crónica del partido, que suele ser el artículo más visitado todas las semanas. Respiro aliviada cuando veo que nadie ha protestado demasiado por el cambio de redactor y me pongo hasta nerviosita cuando compruebo que uno de los *me gusta* de la publicación pertenece a un tal Tyler J. Banks.

Qué distracción tan oportuna son las redes sociales cuando una está ociosa. Y qué sencillo es descubrir un poco más sobre la gente a golpe de clic. Aunque Tyler y yo nos hemos hecho bastante amigos en estas semanas, en ningún momento dimos el paso de agregarnos a Facebook. Nos seguimos mutuamente en Twitter, pero ahí solo hablamos de temas profesionales, noticias de actualidad y demás. Comprobar que Ty tiene casi todo su perfil de Facebook configurado como privado me decepciona. Sí, tal cual. Me decepciona. A ver si vuelve pronto Hazel a casa y me da un par de bofetones para espabíllame. Y para impedirme seguir dando vueltas por sus fotos de perfil, que es casi lo único que tiene configurado como público, pero que es suficiente para que me estudie cada detalle.

Un primer plano en una playa, con esa sonrisa perfecta y los dos hoyuelos bien marcados en mitad de sus mejillas. Un grupo de chicos en un concierto *country*, con el escenario iluminado al fondo, entre los que destaca él por su estatura. Una foto con una chica —glups, decepción—, cogiéndola en brazos, en medio de lo que parece un ataque de risa de ambos. Y, por último, esa imagen que entreví en su fondo de pantalla en mi primer día de trabajo: un futbolista alzado en volandas por sus compañeros, celebrando una victoria. No sé cómo se me pudo escapar, quizá porque aún no lo conocía lo suficiente, pero él era

el protagonista de la imagen. Y verlo así, tan joven, tan feliz y tan rotundamente guapo, me distrae del hecho de que Hazel ha entrado en casa y está detrás de mí, mirando la pantalla de mi portátil, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. De hecho, lo que delata su presencia es la carcajada que se escapa de su garganta.

—¡Te gusta tu jefe! —me grita, haciendo que me sobresalte tanto que el portátil acaba sobre la alfombra.

—Joder, Hazel, qué susto me has dado.

—Pues no será porque he entrado sigilosa. Pero, claro, estás ahí, toda distraída, babeando con tu jefe en pantalón corto, y no te enteras de nada.

—Boh. No digas tonterías.

—¿Seguimos jugando al juego de «no me gustan los hombres ni las mujeres ni cualquier ser sexuado»?

—No me gusta. Solo me he encontrado con su perfil por casualidad y estaba cotilleando un poco.

—Sí, ya. Eso cuéntaselo a otra.

—Es en serio, Hazel.

Y lo es. Quiero decir... no es que me esté engañando a mí misma. Tyler me gusta. Como para no gustarme. Es agradable, me trata con respeto, compartimos muchas formas de pensar sobre el periodismo y sobre la vida en general, es gracioso... y es terriblemente guapo. Si yo fuera una chica *normal*, puede que estuviera colada por él. Si yo fuera una chica normal, quizá me molestaría en averiguar si tiene novia, o si hay alguna posibilidad de que salga con alguien del trabajo. Y yo puedo ser normal en muchas cosas, pero no en esto. Hace unos diez años que entré en la pubertad y, desde entonces, me han gustado muchos chicos. Unos eran más guapos, otros más feos, algunos inteligentes, otros deportistas... Con algunos tuve una relación larga, con otros no pasé más de cinco minutos. Unos eran amigos y siguieron siéndolo, y hasta estuvo Hazel por el medio. No sé, creo que he cubierto todo el espectro. No se me puede acusar de no intentarlo. Lo único que tenían todos ellos en común era lo que sentían por mí: nada. Absolutamente nada. Y lo único que obtuve yo de todo aquello fue dolor, una inseguridad que dudo que se me cure algún día y la decisión que tomé hace ya más de un año: dejar de intentarlo.

Recupero mi portátil, cierro Facebook y cualquier otra cosa que me recuerde al trabajo y me dirijo a la cocina, donde Hazel debe de estar planificando alguno de sus atentados culinarios, mientras canta, en un brutal

alarde de madurez, «Holly tiene novio, Holly tiene novio» a voz en grito. La hago callar de una colleja, le echo un vistazo al contenido de nuestro frigorífico y decido preparar una cena mexicana a base de tacos y nachos. Y margaritas. Sobre todo, muchos margaritas.

Lo siguiente que sé es que despierto en el sofá del apartamento, que no destaca por ser demasiado cómodo, con una resaca equivalente a un camión de reparto aplastando mi cabeza. En realidad, no es que me despierte yo, sino que lo hacen los gemidos de Hazel a mi lado. Parece que dormir sobre la alfombra no ha sido muy buena idea. Como tampoco lo fue que me convenciera para que la dejara fumar en el salón, con la ventana abierta, y que se nos olvidara cerrarla en pleno invierno. Bueno, a noviembre le llaman otoño por estos lares, pero no tienen ni la menor idea de lo que es eso. El caso es que, además de resacosas y doloridas, estamos también congeladas.

Tardamos unas cuantas horas en volver a ser seres humanos racionales y en dejar de comunicarnos con gruñidos. Un par de duchas –cada una–, mucha Coca-Cola y un poco de comida basura después, nos juramos no volver a beber y decidimos irnos a recorrer la ciudad.

Los primeros fines de semana en Nueva York nos los pasamos conociendo cada rincón, pero en los últimos tiempos, con mi ritmo de trabajo infernal, apenas hemos salido. Yo tengo que empezar a ponerme las pilas con los locales de moda, que no dejan de enviar invitaciones a la redacción de *Millenyal*; el día que Hazel se entere de que ni siquiera se lo he comentado, me matará. Pero mi incorporación estelar a la noche neoyorquina será a partir del próximo fin de semana.

Después de un conato de discusión antes de subir al metro, al final nos decidimos por un plan muy básico de sábado: pasear por la Quinta Avenida, ponernos los dientes largos con los escaparates de tiendas en las cuales no nos podremos permitir nada y acabar la tarde en Central Park. Cumplimos con el plan a rajatabla, con una cena improvisada en un banco del parque incluida.

El domingo, Hazel me arrastra a Harlem algo más temprano de lo que yo tenía previsto levantarme. Está obsesionada con las misas góspel y, aunque es más atea que yo, que ya es decir, se pasa los domingos recorriendo las iglesias baptistas en busca de las mejores. Ella dice que es como ir a un concierto gratis cada mañana de domingo, y la verdad es que no le falta razón.

Al salir, nos acercamos a Sylvia's a disfrutar del *brunch*, y casi nos morimos de decepción cuando vemos que todas las mesas están ocupadas. Por

suerte, una parejita muy joven nos invita a sentarnos con ellos y, aunque Hazel es un poco antisocial con la gente que no conoce, acaba haciendo buenas migas con ellos y con Katie, su hija de siete años, que nos mantiene entretenidas durante toda la comida con su conversación.

—¿Has sabido algo de Tyler? —me pregunta Hazel, ya en el metro, cuando nos disponemos a regresar a casa, en ese trayecto eterno entre el norte de Manhattan y nuestro apartamento.

—No. ¿Por qué iba a saber algo de él? —Frunzo el ceño.

—Yo qué sé. Sois amigos, ¿no? Pensé que os enviaríais mensajitos de amiguitos de vez en cuando.

—Pues no, lista. Tengo su teléfono por si algún día me hiciera falta para algo del trabajo, pero nunca nos hemos llamado ni enviado mensajes. Además, este fin de semana está fuera por una urgencia familiar.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Me dijeron eso los compañeros en la redacción el viernes.

—¿No lo has llamado para preguntarle qué le ha pasado? —La cara de Hazel no se corta en emitir un juicio de valor.

—Emmm... No.

—¿Y no te parece que es impresentable que os llevéis tan bien, te enteres de que le ha pasado algo a su familia y no preguntes?

—Puede, pero...

—¿Pero?

—Me da corte escribirle.

—Por Dios santo, Holly. Que no tenemos trece años. Eres la tía menos vergonzosa del mundo, además.

—No sé, Hazel. Tyler me impresiona un poco. Tendrá miles de chicas que le manden mensajes cuando los necesite. De hecho, a las chicas de la redacción se les caen las bragas cada vez que él les guiña un ojo. Yo no pinto nada ahí.

—Tú, como mínimo, eres su compañera de trabajo. Y su amiga, a juzgar por las veces que te has quedado con él a tomar una cerveza después del trabajo. Mándale un mensaje, aunque ya llegues tarde.

—No sé...

—Coge. El. Puto. Móvil.

Ignoro su bordería, entre otras cosas porque me he dado cuenta de que tiene razón. Abro el WhatsApp, lo busco entre mis contactos y, antes de

escribirle, amplió la foto de su perfil, que resulta ser la misma que tiene de fondo de pantalla en el trabajo y de perfil en Facebook. Algún día intentaré averiguar algo más sobre ese momento del que tan orgulloso parece.

Holly: Hola, soy Holly. Me he enterado de que has tenido una urgencia familiar. Espero que esté todo bien.

Compruebo que ha recibido y leído el mensaje, pero no me responde. Hazel se ríe de mi impaciencia, que se hace notar en el movimiento compulsivo de una pierna sobre el suelo del vagón de metro, que soy incapaz de controlar. Llegamos a casa, pasan las horas y cada vez me siento más estúpida por ese acercamiento. Que sí, mi parte racional sabe que el estúpido sería él si no me responde, pero eso a mi parte emocional le da exactamente igual.

Tyler: Hola, Holly. Perdona, venía conduciendo. Mañana ya estaré por la redacción. Gracias por preocuparte.

¿Y ahora qué? ¿Le respondo de nuevo o hago caso a su tono y doy la conversación por zanjada? Joder... ¿Qué estoy haciendo? Al parecer, he renunciado a los hombres, el sexo, las citas y las relaciones, pero no a comportarme como una imbécil a la hora de responder a un mensaje.

Tyler: Mañana voy a estar a tope de trabajo. Te voy a necesitar, ¿vale?

Holly: Vale.

No es que haya recuperado de repente la elocuencia, pero al menos él ha movido ficha para facilitarme las cosas.

Tyler: Hasta mañana, Holly.

Holly: Hasta mañana, Ty.

||

Como Tyler predijo ayer, la jornada del lunes se convierte en una locura. Además de revisar el trabajo atrasado de varios compañeros, tiene que escribir sus artículos y planificar el trabajo de la semana. Después de algunos picos de estrés que nos han dejado hasta sin comer, a eso de las siete de la tarde, parece que la marea ha amainado y que la rutina habitual de la redacción se ha reestablecido. Aunque, si esto es lo que ocurre solo con que Tyler se coja un día libre, no querría estar en su pellejo.

—¡Uff! Hemos capeado el temporal bastante bien, ¿no? —me dice, sentado, o más bien *tirado*, en la silla de su despacho.

—No ha estado mal. Estoy muerta. —Se me escapa un bostezo, mientras tomo asiento justo enfrente de él.

—¿Demasiado muerta como para aceptar una invitación a cenar?

—¿Eh? ¿Qué? —balbuceo, como una imbécil, porque el corazón se me ha puesto en modo taquicárdico y está haciendo un bailecito nervioso por toda la redacción.

—Tendremos que cenar, ¿no? Va siendo hora. Prometo no llevarte a comer gato.

—Muy gracioso. Está bien —acepto. Como si hubiera alguna posibilidad de que fuera a rechazarlo...—. Tú dirás a dónde vamos.

—Hay un sitio de hamburguesas aquí cerca que está bastante bien. Comes carne, ¿no?

—Más de la que debería.

—Pues te va a encantar.

Entramos en un local con una pinta un poco cutre, pero, si algo he aprendido de Nueva York en estos meses, es que, cuanto peor pinta tenga el local, más deliciosa será la comida. Unas cuantas mesas pegadas a la pared, rodeadas por sillones de vinilo azules y blancos, y una barra casi oculta por el humo de las planchas dan la bienvenida a una curiosa mezcla de habitantes del barrio y turistas que parecen haber encontrado el local por casualidad.

Echo un vistazo a un menú pegajoso y me decido por una hamburguesa doble, con cebolla caramelizada, guacamole, queso cheddar y *bacon*. Así, por lo *light*. Tyler pide algo todavía más grasiento, y eso me alivia un poco la conciencia. Si llega a pedir una ensalada, mi yo más inseguro habría salido corriendo del local.

—Gracias —me suelta, de repente.

—¿Por qué? —le pregunto, extrañada.

—Por todo. Por cubrirme el viernes con la crónica del partido, por lo de hoy, por el mensaje de ayer, por aceptar venir a cenar...

—Ha sido un placer. Todo ello. —Le sonrío—. ¿Has ido a tu casa este fin de semana?

—Sí. Mi hermana Annie tiene... problemas. De salud, me refiero. De vez en cuando tiene una recaída, y sé que le viene bien que yo esté cerca. Me llamó mi madre el viernes cuando acababa de llegar a la redacción y salí pitando para Ohio.

—¿Eres de Ohio?

—Sí, del este del estado. A unas ocho horas en coche de aquí. Tú eres de California, ¿no?

—De Los Ángeles, sí.

—Oye, quería hacerte una pregunta, pero estoy casi seguro de que te va a ofender.

—Pues no la hagas.

—Es que me pica la curiosidad. —Se ríe, justo en el momento en que la camarera deja delante de nosotros las dos bandejas, llenas a reventar de patatas, por si las hamburguesas no fueran suficiente.

—Pues adelante —lo animo, mientras doy un mordisco nada femenino a mi hamburguesa.

—¿Cómo es que una chica como tú sabe tanto de fútbol?

—Define «una chica como tú» —le digo, empezando a cabrearme ya con él, como casi siempre que discutimos.

—No sé. Una chica a la que le gusta la moda y que no tiene mucha pinta de ser una fanática del deporte.

—¿Acabas de llamarme gorda? —se me escapa la pregunta y, para empeorar la escena, la acompaño con otro mordisco a la hamburguesa.

—¡Joder! ¡No! ¡Claro que no, Holly!

—Pues esa es la sensación que me ha dado con eso de no tener mucha pinta de ser fan del deporte.

—Me refería a que... Bueno, vale, no sé muy bien a qué me refería.

—Holly 1, machista redomado 0.

—¡Yo no soy un machista! —se defiende, un poco indignado, pero sin poder evitar que se le escapen las carcajadas.

—No eres un machista, pero te sorprende que una chica pueda saber tanto de fútbol como tú.

—Eh, eh, para el carro, bonita. No creo que sepas tanto de fútbol como yo.

—Pruébame.

—No quieres pasar por eso.

—*Co, co, co, co* —hago una imitación tan perfecta de una gallina que hasta los ocupantes de la mesa contigua se vuelven entre risas.

—Está bien. Tú lo has querido. ¿Último campeón de la Super Bowl?

—Por Dios, Ty. Juega un poquito más fuerte, querido. Los Broncos.

—Te toca.

—Equipo más antiguo de la NFL.

—Arizona Cardinals. Empezó en Chicago, pero...

—Sí, sí, vale. Te lo sabes. Tu turno.

—Jugador con el récord de puntos en un solo partido.

—Ernie Nevers, de los Chicago Cardinals. En 1929. Cuarenta puntos. Seis *touchdowns* y cuatro puntos extra ante los Chicago Bears.

—Vale. Eres demasiado buena. Pregunta final: campeón de la liga universitaria en la temporada 2008-2009.

—Mmmm... Eres consciente de que esa pregunta es una locura, ¿no?

—Puede ser. —Me regala una sonrisa de oreja a oreja, mientras le pide a la camarera dos cervezas más.

—Pues yo diría que fue Columbia —le digo, jugándome un órdago, porque un par de fichas que tenía dispersas por mi cabeza acaban de cuadrar perfectamente.

—¿Por qué?

—Porque no sabes lo suficiente de fútbol como para controlar la liga universitaria, así que entiendo que esa temporada en concreto la recordarás porque tú estabas en la universidad. Estudiaste en Columbia, y juraría que tu fondo de pantalla es el equipo de fútbol festejando algo. ¿Voy bien?

—Conocimientos de fútbol masculinos e intuición femenina, todo en un solo cuerpo. Fantástico, Holly.

—¿He acertado, machista de mierda? —Me repantigo en mi asiento y le tiro una patata frita, porque su comentario ha sido un poco ofensivo, pero la cerveza ha hecho de atenuante.

—*Sip*. Otro día te cuento esa historia. —No sé por qué, pero me da la sensación de que su gesto se ensombrece, y cambia de tema al instante—. A ver, Holly, no me llames machista, que te juro por mi vida que no lo soy. Pero te aseguro que necesito saber de dónde te salen los conocimientos de fútbol. No porque seas una chica, es que sabes más de fútbol que tíos con los que he jugado años.

—Usa el poder de la deducción, Tyler. Eres periodista, por Dios bendito, no me puedo creer que no te hayas dado cuenta aún.

—¿De qué?

—Soy de Los Ángeles... Mi madre es Kim Rose...

—¿Sí?

—En serio, necesitas leer más información de ocio. No de la nuestra, de la de cotilleo puro y duro.

—¡Habla claro, que me vas a matar con la intriga!

—¿Mi apellido no te suena de nada? ¿Estás seguro?

—¿Rose? —Sus ojos, como platos, reflejan el momento exacto en que se da cuenta de algo que no me apetece que sepan el resto de mis compañeros de trabajo, pero Ty... él ya es mucho más amigo que compañero—. ¡No! Dime que tu padre no es Kenneth Rose.

—El mismo.

—¿Me estás diciendo que en tu casa hay cuatro anillos de la Super Bowl?

—Dos con los 49ers y dos con los Cowboys.

—¿¿Me estás tomando el pelo??

—No. —Se me escapa una risita con la tercera cerveza, que ha llegado acompañada de un chupito de tequila—. Me he criado en ese ambiente. Mi padre se retiró poco después de nacer yo, así que no lo recuerdo en activo, pero sí como comentarista, entrenador... Además, mi madre es doña mamá gallina, así que los chicos de los equipos a los que entrenó mi padre siempre andaban por casa, yo iba a los entrenamientos y todo eso. Me gusta.

—Sí que iba a dejar yo a mi hija adolescente pasarse el día rodeada de jugadores de fútbol...

—Bueno, por suerte, mi padre vive en este siglo y es consciente de que él no tiene autoridad sobre mi cuerpo y mi sexualidad —le digo, porque es cierto y porque no puedo parar de pincharlo con ese ligero machismo, que me da la sensación de que es fingido.

—*Touché.*

—Yo creo que nunca me vieron como a una chica. Además de que era la hija del entrenador, siempre fui un poco la presidenta de la *friendzone*, ¿sabes?

—¡No! —Se carcajea y aprovecha la ocasión para pedir un par de chupitos más—. ¿Qué coño es eso?

—Pues que siempre he sido la mejor amiga de todos los chicos, pero la novia de ninguno. No sé, es como que repelo el enamoramiento. —No sé si me escapa o realmente quería decírselo, pero me sorprende haberle contado algo que, en toda mi vida, solo he hablado con Hazel—. Bueno, no sé, algo así.

—¿Por eso te jodió tanto lo que te dije aquel día con tu artículo de «no busquéis el amor»?

—No sé. Sí. Supongo. No me gusta hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta. No me ha ido bien con los tíos y estoy fuera de eso. No quiero saber nada de relaciones ni de hombres ni de nada. Nada. ¿Cambiamos de tema?

—Vale —acepta—. Así que tu padre es Kenneth Rose y tu madre es una diseñadora famosa. ¿Se puede saber cómo has acabado currando en una revista de tercera con el sueldo de mierda que nos pagan?

—Pues precisamente porque nunca he querido que se supiera que ellos son mis padres. Bien entendido, estoy muy orgullosa de ellos. Han sido los mejores en lo suyo y, además, son unos padres maravillosos. Pero quería trabajar mi carrera por mí misma, como hicieron ellos con las tuyas. Hablando de eso... que todo esto quede entre nosotros, ¿vale? No quiero que se sepa en la revista que mis padres son... eso, famosos.

—Tranquila. ¿Eres hija única?

—Sí. Bueno, tengo a Hazel, que es mi compañera de piso desde que tenía dieciocho años y la adoro. ¿Tú? ¿Solo tienes esa hermana?

—Sí. Annie —suspira—. Es la mejor del mundo.

—¿Hermana pequeña?

—Melliza. ¿Nos vamos? Es casi medianoche y corres el riesgo de que me quede dormido encima de esta mesa.

—¿Tan aburrida soy?

—¡No! —Se ríe, nos levantamos y me pasa un brazo por el hombro cuando el frío de la calle nos golpea en la cara. Ty coge su enorme bufanda de lana y me la enrolla al cuello—. Ay, chica de Los Ángeles, vas a tener que aprender a vestirte para el frío de Nueva York. ¿Te vas en metro?

—Sí. Lo cojo aquí al lado.

—Te acompaño.

Paseamos en silencio hasta la boca de metro donde nuestros caminos se separan. No sé si es una paranoia que ha ido creciendo dentro de mí, pero siento el ambiente enrarecido, como si salir de esa pequeña burbuja de confesiones de la hamburguesería nos hubiera dejado un poco tocados.

—Holly, yo...

—Dime. —Me vuelvo hacia él, me saco su bufanda y se la coloco alrededor del cuello, tal como él ha hecho conmigo hace unos minutos. No voy a decir que cuando mis dedos tocan la piel fina de su cuello noto una descarga eléctrica, pero... en serio. La noto.

—Nada.

Me deja con la intriga, pero no tengo apenas tiempo para pensar en ella porque, durante un segundo, estoy convencida de que va a besarme. O, mejor dicho, hace cinco años, cuando aún vivía en la inocencia de no saber que repelo a los hombres, habría estado convencida de que iba a besarme. Se extiende el silencio entre nosotros, aunque la estación de metro está tan bulliciosa a estas horas como en hora punta por las mañanas. Tyler me mira, yo lo miro a él y, de repente, el momento se esfuma. Se agacha un poco sobre mí, me da un beso en la mejilla y se va sin mediar palabra.

5

¿Qué está pasando aquí?

—¡Chicos! ¡Reunión urgente en mi despacho! ¡Vais a flipar!

Han pasado algunas semanas desde aquel primer viernes en que Tyler y yo compartimos hamburguesas, cervezas y tequila, y esa parece haberse convertido en una tradición que da comienzo a los fines de semana. Incluso Hazel se nos ha unido un par de veces, después de cansarme de escuchar sus protestas porque «ese buenorro me está robando a mi mejor amiga». Y sí, he vuelto a ver acercamientos extraños que siempre, absolutamente siempre, acaban evaporándose con la misma rapidez con que llegaron.

—Tú dirás, jefe —lo pica Barbara cuando entra en el despacho—. ¿Con qué vamos a flipar?

—Llevo unas semanas gestionando algo con los jefazos. —Así es como llamamos siempre a los directivos del grupo de comunicación al que pertenece *Millenyal*. Bueno, *Millenyal* y la mitad de medios del estado—. Acreditaciones para la Super Bowl. Y...

—¿Y?! —le pregunto, dando ya saltitos sobre mí misma.

—Y lo hemos conseguido. Vamos a hacer un especial de la hostia durante la semana anterior y la siguiente. Adaptaremos todos los contenidos de la revista a la Super Bowl. Deportes, por supuesto. Ocio, con las actuaciones del intermedio y todos los famosos que estarán allí. Tecnología, economía, viajes, televisión, todo.

—¡Joder! ¡Enhorabuena, Ty! —Brian, el especialista en tecnología de *Millenyal*, se acerca a palmearle la espalda—. Es el primer evento que cubrimos fuera de Nueva York, ¿no?

—Sí. Y espero que no sea el último.

—¿Quién viajará? —pregunta Barbara, y los rostros de todos alternan entre Tyler y yo.

—Yo viajaré, claro. —Esboza una mueca como de disculpa—. Y me llevaré a uno de vosotros. Los que os quedéis aquí haréis un monográfico por persona. Sobre Houston, que es donde se celebrará... qué ofrece la ciudad,

por qué visitarla. El impacto económico en la ciudad y en el país. Importancia para la televisión, no olvidéis que es el evento más visto del mundo. Un poco también de opinión: la Super Bowl como símbolo de la América profunda... o no. Ese tipo de cosas. Haremos un par de reuniones antes de que llegue la fecha para ir cerrando todo.

—¿Cuándo es? —pregunta David, nuestro compañero inglés, que se encarga de la información internacional.

—El primer fin de semana de febrero —respondemos Tyler y yo, al unísono.

—Bueno, todo el mundo de vuelta al trabajo. —Ty da una palmada y todos vamos saliendo de su despacho poco a poco.

Los días se convierten en una vorágine de trabajo mayor aun de lo habitual. Las vacaciones de Navidad están próximas, y todos queremos dejar trabajo adelantado para poder irnos a nuestras casas unos días. Además, la preparación del monográfico de la Super Bowl nos está consumiendo muchísimo tiempo también, sobre todo porque Tyler no ha comunicado aún a quién se llevará a Houston, aunque toda la redacción da por hecho desde el primer día que seré yo. No sé si eso me hace ilusión, me pone nerviosa o me crea más incertidumbre.

Tyler... Su actitud me descoloca. Al menos a ratos. En el trabajo, siempre es impecable. Me respeta, me pide opinión cada vez con más frecuencia, me felicita cuando un artículo mío funciona bien con la audiencia. Fuera de la redacción, seguimos quedando a menudo, pero su humor va y viene. Puede pasarse toda una tarde escuchándome contar anécdotas sobre mis padres, mis amigas o mis perros, sin hacer ni siquiera amago de aburrirse. O puede, como el último viernes que pasamos en esa hamburguesería que ya se ha convertido en nuestro refugio cuando acaba la semana de trabajo, acabar marchándose sin dar ninguna explicación después de que yo le cuente lo que sé de Houston, donde pasé unas vacaciones con mis padres hace unos años. Así, sin más. Levantarse de la mesa sin mediar palabra y largarse a su casa, para después actuar el lunes como si nada hubiera ocurrido.

¿Lo peor? Que me hace pensar demasiado. Pensar en los porqués de sus rarezas. Pensar en que me vuelve un poco loca. Y pensar, sobre todo, que no me gusta nada haber vuelto a entrar en el círculo vicioso de darle a un hombre ese poder sobre mí.

6

Compartiendo locuras

La idea de trabajar en algo que siempre soñé, y que ese trabajo traiga como aliciente añadido un montón de invitaciones a los locales más de moda de Manhattan... suena bien. Poder disfrutar de esas noches de fiesta junto a mi mejor amiga, que encima está encantada porque puede conocer a algunos VIPs del *star system* de la ciudad... suena fenomenal. Llegar a trabajar a la mañana siguiente con el peso de un montón de cócteles sobre el estómago, la cabeza y la conciencia... ya no es tan agradable.

Entro en la redacción de *Millenyal* con la sensación de haber dormido un par de minutos, aunque en realidad han sido un par de horas. Es jueves, hace un frío de mil demonios y tengo por delante un millón de artículos a medio escribir que deberían estar listos antes de que me vaya de vacaciones.

Tyler me sorprende saludándome delante de la máquina de café con un beso en la mejilla, una costumbre a la que es fiel en los días en que está de buen humor. Hoy es un día un poco raro, al menos para mí, porque es la última jornada que compartiremos antes de las vacaciones de Navidad.

—¡Dios! Apártate, Ty. Debo de oler fatal.

—¡Qué va! Hueles a manzana, como siempre. —¿Perdón?

—Huelo a haberme acostado a las cinco de la mañana y a haber obtenido un máster en cata de cócteles.

—¿Noche loca ayer? ¿Otra vez?

—Qué culpa tengo yo de que todos los locales de la ciudad quieran una crónica de su inauguración en *Millenyal* —le digo, mientras me bebo de un sorbo un café doble que a mí me ha parecido un chupito.

—Tus padres van a denunciarnos cuando te vean en Navidad.

—Mis padres están más que acostumbrados a mi ritmo. Creo que lo heredé de ellos, de hecho.

—Quién me iba a decir a mí cuando entraste en mi despacho con aquella pinta de modosita que estaba ante una especie de Paris Hilton reencarnada.

—¿Pinta de modosita? —Me da un poco la risa al oír su descripción de mí

—. Me parece que tú te piensas que solo las chicas guapas tienen derecho a divertirse.

—Yo no he dicho eso. Ni he dicho nunca que tú no seas guapa. — Taquicardia en curso—. En cambio, yo te he oído decirme a mí que me tiro a una tía cada fin de semana y no he protestado. Aún.

—Ay. —Sé que tiene razón, pero me duele demasiado la cabeza como para elaborar un argumento en estos momentos, así que opto por la opción más fácil. Y más justa—. Tienes toda la razón. Perdona.

—Disculpas aceptadas.

—¿Amigos?

—Siempre. —Se despide camino de su despacho con una sonrisa que me desarma y hace que se me olvide de inmediato la resaca.

Paso la mañana escribiendo la crónica de la inauguración de anoche, y también la de una exposición de fotografía increíble que visité a principios de semana en el MoMA. Me levanto unas ochenta veces a la máquina de café, pero no consigo tener la cabeza todo lo despejada que me gustaría. Tampoco lo logro con los dos platos de pad thai que me meto entre pecho y espalda a la hora de comer (con la comida china no me he vuelto a atrever).

—Esto sí te ayudará de verdad. —Tyler se deja caer por mi mesa a eso de las cuatro de la tarde, con una lata de medio litro de cerveza helada en la mano.

—Aparta eso de mi vista.

—Venga ya. Has acabado todo lo que tenías para hoy. Deja de calentar la silla y vete a tu casa. Pero, antes, bébete esto.

—Es una idea nefasta, Ty —le digo, pero me contradigo al abrir la lata, que deja escapar un silbido que llama la atención de un par de compañeros. Me disculpo con una sonrisa un poco avergonzada, que no tengo yo muy claro que sea normal esto de beber en horas de trabajo.

—Tengo una propuesta para un artículo largo.

—Dime que no es para hoy, que mis neuronas están exprimidas ya al máximo.

—No, no. Podrías ir haciéndolo poco a poco en estos días antes de tus vacaciones. ¿Bajamos a tomar algo y te lo cuento?

—Vale. Pero solo si ese *algo* es agua —bromeo, porque lo cierto es que al segundo sorbo de cerveza ya tenía ganas de vomitar y no es esa una experiencia por la que me apetezca volver a pasar en la redacción.

—Bueeeeno, tendré que aceptar.

Bajamos a la hamburguesería de siempre, y Tyler se pide una hamburguesa con tal contenido calórico que no puedo dejar de preguntarme qué demonios hace para mantener ese cuerpo que tiene.

—No me mires así —me dice, con la boca medio llena—. No he comido.

—Yo no digo nada. —Me río—. A ver, cuéntame esa idea brillante que se te ha ocurrido.

—Bueno, no es que sea nada brillante. Se me ha ocurrido para publicar en los primeros días del año un reportaje tipo «Prepárate para el viaje de tu vida: te contamos nuestras mejores experiencias». Algo así. Por aprovechar el tirón de los propósitos de Año Nuevo y esas cosas.

—Vale. Me gusta. ¿Tiro de testimonios que yo conozca?

—Sí. Tus amigos, gente de la redacción, tú misma... Lo que quieras.

—Huy, tendré que pensármelo mucho para decidir cuál ha sido el mejor viaje de mi vida.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—Me pasé dos meses de mochilera por Europa el tercer año de carrera.

—¿¿Dos meses??

—Sí. —Se me escapa una carcajada al recordar la locura que fue aquel viaje—. Recorrimos dieciocho países, Hazel y yo. A ratos nos uníamos a otros grupos de gente que estaba viajando. Estuvimos un par de semanas trabajando en un bar en Bruselas porque se nos acabó el presupuesto y nos negamos a llamar a mis padres para pedirles un rescate. La verdad es que fue increíble.

—Solo con ver con qué ilusión lo cuentas, creo que ese será el elegido, ¿no?

—No te creas. El año pasado, Hazel y yo nos jugamos nuestro viaje de verano a los dardos. Vamos, que tiramos un dardo sobre un mapa de Estados Unidos y nos fuimos a pasar dos semanas al sitio que salió.

—¿Y ese sitio fue...?

—Wisconsin.

—Apasionante.

—Nos lo pasamos genial. Dos semanas montando a caballo y viendo carreras de la NASCAR. —Nos reímos de nuevo, y Ty mira su reloj.

—Tengo que volver a la redacción. Me muero de pereza, pero me queda muchísimo trabajo por delante o no llegaré con todo hecho a las vacaciones.

—Vale, pero antes me cuentas tu viaje favorito. Así me voy con parte del

artículo pensado.

—¿El mío? Yo ni siquiera he salido de Estados Unidos.

—Bueno, hay muchos lugares a los que viajar por aquí.

—Naaaa... He viajado muy poco. En realidad, he hecho muy pocas cosas.

—Me parece ver un gesto de lamento en su cara—. Creo que lo más lejos que he llegado fue un fin de semana que pasé en San Francisco con mi hermana.

—Ah, pues cuéntame eso. San Francisco es un destino atractivo, seguro que a la gente le interesa.

—En realidad, hicimos poco turismo. Fuimos allí con un objetivo y es lo que hicimos.

—¿Ah, sí? ¿Qué objetivo?

—Mmmm... No sé si contártelo.

—¡Venga ya, Ty! Siempre tengo la sensación de estar yo contándote cosas a ti, y que tú no sueltas prenda.

—Vale —se rinde—. Nos fuimos a San Francisco a hacernos un tatuaje.

—¡Hala! ¿¿Tienes un tatuaje?? No te pega nada.

—Ya ves.

—¿Y por qué en San Francisco?

—Annie estaba empeñada en que nos lo hiciera Camden Reed. No sé si sabes quién es.

—¡Claro! Lo sigo en Instagram. Tiene unos trabajos increíbles. Oye, ¿y dónde?

—¿Dónde qué?

—Dónde tienes el tatuaje.

—En las costillas. Por si te lo preguntas, sí, duele horrores. ¿Tú no tienes ninguno?

—No, es uno de mis proyectos sin acabar. De hecho, en ese viaje por Europa íbamos a tatuarnos, pero no pudo ser.

—Eso tendremos que resolverlo en algún momento. —Creo que nunca el uso de un plural había hecho tan feliz a nadie.

—Teníamos todo cerrado, pero Hazel se cagó en el último momento. No me preguntes por qué, porque tiene como seis *piercings*, pero lo del tatuaje le dio miedo.

—¿Y qué era?

—Solo te lo cuento si me prometes que no te vas a reír.

—Si me lo pintas así, no puedo asegurar nada. —Se ríe a carcajadas, sin

cortarse un pelo, y yo le lanzo una servilleta para hacerlo callar.

—¿Has leído *Harry Potter*?

—¿Hay alguien que no haya leído *Harry Potter*?

—Pues...

—«*After all this time? Always* [\[1\]](#)». He acertado, ¿no?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Quizá te conozco más de lo que crees. ¿Y por qué no te lo haces?

—No sé... Me gustaba la idea de hacérmelo con ella, ¿sabes? Con alguien que, para mí, es un 'para siempre'.

—¿Tú no eras la que no creía en los 'para siempre'?

—Hay excepciones. Hay gente que es una excepción en sí misma.

Nos quedamos los dos en silencio, sonriendo, mirándonos. Joder, si por un momento fuera capaz de volver a sentir, a ilusionarme, a creer... sería exactamente esta atmósfera la que querría que hubiera entre la persona elegida y yo. La pena es que la elección, como siempre, no está en mi mano.

—¿Puedo verlo?

—¿El qué?

—El tatuaje.

—Aún no.

—¿Necesitas más cerveza o qué?

—No. Te lo enseñaré si algún día soy capaz de contarte la historia que tiene detrás. —De repente, su cara es mucho más seria que hace un momento —. Me marchó, en serio. Voy a salir de la redacción a las cuatro de la mañana como no me vaya ahora.

—Yo me marchó a casa.

Salimos juntos del bar, y él me acompaña hasta la boca de metro. El intenso frío hace que el aliento se nos escape en volutas hacia el cielo. Tyler sigue serio, como si el final de nuestra conversación hubiera tocado uno de esos puntos de su pasado que todavía desconozco, y que cada día estoy más convencida de que tienen más influencia de lo que parece en su presente. Casi como si supiera que ese es el pensamiento que me cruza la cabeza, sus palabras me lo confirman justo antes de despedirnos en la entrada del metro.

—Esto no viene a cuento de nada, pero llevo unos días queriendo decirte algo, antes de que nos vayamos a casa.

—Dime. —Segunda taquicardia en curso.

—A veces, tiramos a la cara de los demás nuestros mayores complejos.

—No sé... no sé qué quieres decir con eso.

—Que siento haberme reído de ti por tu visión de las relaciones aquel día.

—Pero, Ty... Lo hemos hablado mil veces. No le des más importancia a aquello.

—Sí, sí se la doy. Yo... yo estoy muy jodido, Holly. —Su mirada se dirige al suelo, y yo no encuentro el valor para pedirle que me mire a la cara. Sí, he pensado varias veces que algo se esconde detrás de esa actitud despreocupada que tiene Tyler el noventa y nueve por ciento del tiempo. Pero no pensaba ni que fuera para tanto ni, mucho menos, que fuera a confesarse en medio del atardecer de un día de invierno apoyados sobre el pasamanos de las escaleras de una boca de metro de Manhattan.

—Ty...

—Feliz Navidad, Holly. Te voy a echar de menos estas semanas.

Su despedida me deja sin palabras y el beso con el que acaricia la comisura de mis labios se lleva mi aliento con él. Tardo unos segundos en reaccionar y ser capaz de bajar las escaleras, pero, cuando lo hago, un único pensamiento me invade la mente: cómo puedo echar ya de menos a alguien a quien conozco desde hace solo dos meses y de quien me he despedido hace menos de dos minutos.

7

No es esto lo que soñaba

Tyler se fue a Ohio el día después de nuestra extraña despedida, y la siguiente semana se me pasó en una vorágine de trabajo por terminar y planes navideños genuinamente neoyorquinos. Hazel y yo patinamos en el Rockefeller Center, recorrimos los escaparates de todos los grandes almacenes de lujo disfrutando de sus increíbles decoraciones, fuimos a un espectáculo en el Radio City Music Hall y disfrutamos de la iluminación de Times Square y la Quinta Avenida.

En Nochebuena, preparé una cena propia de la mejor reunión familiar, aunque solo cenamos Hazel y yo en la pequeña mesa de la cocina de nuestro apartamento, con mis padres presentes vía FaceTime aunque estuvieran al otro lado del país. Brindamos todos juntos, y solo el hecho de que ya tuviéramos en la mano los billetes para volar a Los Ángeles para pasar el Fin de Año hizo que mi madre dejara de protestar por el hecho de haber pasado separadas, por primera vez, Acción de Gracias y Nochebuena.

El día de nuestro vuelo, al final, llega casi por sorpresa. Tyler se empeñó en que pidiera algunos de los días libres que me corresponden por las horas extra que he trabajado, así que estaremos seis días en Los Ángeles.

La fiesta de Fin de Año de mis padres es clavada a la de todos los años. Mi madre se ha ganado a pulso la fama de anfitriona perfecta, y el jardín de nuestra casa está lleno de gente de procedencias tan diferentes que es increíble que todo transcurra en paz y armonía. Por aquí andan los jugadores del equipo al que entrena ahora mi padre, además de unos cuantos antiguos compañeros que ya se han convertido en amigos; también gente del mundo de la moda, a los que se distingue a la legua por sus atuendos. Amigos míos del instituto y unos cuantos compartidos con Hazel de Stanford. Familiares. Vecinos. En total, más de doscientas personas que beben, brindan, sonrían, bailan y convierten la última noche del año en una euforia compartida que siempre me ha encantado.

Son más de las cuatro de la mañana cuando Hazel y yo decidimos retirarnos. Siempre que venimos a mi casa de Los Ángeles, casi por tradición,

compartimos habitación. Ella cae dormida sobre la cama gemela a la mía en cuanto su cabeza toca la almohada, pero yo no soy capaz. Y no son las copas que me he tomado dando vueltas en mi cabeza las que me lo impiden, ni la música que suena lejana en los estertores de la fiesta, ni el calor de una noche de diciembre, al que parece que ya me había desacostumbrado... No. No es nada de eso. Es la ausencia. Me falta algo, y no sé qué es. O sí lo sé, pero no quiero admitirlo. Desde que me bajé del avión en el aeropuerto internacional de Los Ángeles, no he conseguido sentirme plena. Ni el reencuentro con mis padres, aunque me di cuenta al verlos de cuánto los había echado de menos, ni los mil planes a los que nos han arrastrado mis amigos, ni siquiera esta noche, que siempre ha sido mi fiesta favorita del año. Nada ha conseguido llenar ese pequeño vacío que... que no puedo seguir ocultándome a mí misma que tiene nombre y apellidos, ojos azules y una mesa a pocos pasos de la mía en la redacción de una pequeña revista a dos mil setecientas ochenta y nueve millas de esta cama, en la que no dejo de pensar en él.

Joder. Me he enamorado de Tyler. Enamorado. Yo. La que había renunciado para siempre al amor, al sexo, a los hombres y, ya que estamos, también a las mujeres.

Yo, que a los quince años soñaba con Woodstock, que escuchaba a Charles Aznavour y a Édith Piaf y me imaginaba en el futuro viviendo en una buhardilla mohosa de París. Que pensaba que me enamoraría de un hombre mayor, europeo, comprometido, liberal. Que respetara mi espacio durante el día y me hiciera el amor como un salvaje por las noches. Con quien hablaría de política internacional, de arte vanguardista y de literatura americana contemporánea. Con quien probaría la cocina de los lugares más exóticos, con quien escucharía grupos de los que nadie ha oído hablar y con quien me correría después de que hiciera música sobre mi piel.

Yo, que a los veinte pensaba que sería reportera de guerra y que recorrería el mundo con un portátil y una cámara de fotos. Que me enganché al cine independiente, conocí todos los locales de California, experimenté un poco con las drogas y viajé a todos los lugares que tuve oportunidad. Que ya no soñaba con enamorarme, pero sí con conocer a un hombre que me quisiera, que me deseara y con el que me divirtiera.

Yo, camino de los veintitrés años, estaba viviendo mi sueño neoyorquino, escribiendo sobre arte, ocio y moda. Viviendo con mi mejor amiga. Disfrutando cada día de una ciudad que se me había metido bajo la piel. Y

enamorada. Enamorada del prototipo de chico americano, con sus pintas de *quarterback*, sus ojos perfectos, su pasión por el fútbol, su afición por el *country* y sus modales de chico del interior.

No quería enamorarme, pero lo he hecho. Creía que sabía cómo era mi prototipo de hombre ideal, pero no tenía ni idea. Porque, al final, solo hay un prototipo de hombre perfecto: el que te mantiene despierta la primera madrugada del año, contando las horas que te quedan para volver a verlo.

—Estás pensando en Tyler, ¿verdad? —La voz de Hazel, aunque habla entre susurros, me sobresalta. Habría jurado que la estaba oyendo roncar hace cinco segundos.

—Quizá —reconozco.

—Estás colada por él.

—Yo no me cuelo por tíos —le miento, porque bastante paso adelante he dado reconociéndomelo a mí misma como para ser capaz también de decirlo en voz alta.

—Tú no quieres colarte por tíos, pero ha pasado. Habrás querido evitarlo, pero ha pasado.

—Hazel...

—Y es bonito. —Hazel se levanta, se mete conmigo en la cama y nos acurrucamos un poco juntas—. Es bonito, Hols... Tyler es un buen chico.

—Un buen chico al que no le intereso.

—No es eso lo que veo yo cuando estáis juntos.

—Deja la imaginación tranquila, Hazel.

—Y tú aprende a vivir, Holly. *Vuelve* a vivir. No dejes que cuatro desgraciados estropeen una historia que podría hacerte muy feliz.

8

No me hagas esto

—¿Estamos todos? —pregunta Tyler justo cuando el último compañero entra en su despacho. Aunque ya hace un par de días que yo regresé de mis vacaciones, hoy es la primera jornada en que estamos ya todos los compañeros incorporados a nuestros puestos. No sé cómo demonios lo hace, pero consigue guiñarme un ojo en un gesto burlón sin que nadie se dé cuenta. Si su objetivo era que me flaquearan las rodillas, sí, lo ha conseguido. Mucho —. Bien. Vamos a ver todo el tema de la Super Bowl. Cobertura que vamos a hacer in situ y también desde aquí. Steve, tú coordinarás cuándo publicaremos cada cosa. Un poco lo que suelo hacer yo, que desde allí me resultará imposible.

—Perfecto, tomo nota. —Steve parece vivir una epifanía cada vez que Tyler se dirige a él, así que está a punto de escapárseme la risa, pero una mirada fulminante de Ty, que se lo ha debido de ver venir, me la corta de raíz. Maldita capacidad para meterse en mi mente.

—Bien, en mi despacho hay un *planning* con los artículos que hay que escribir cada día sobre el tema y a quién le toca cada uno. El resto del tiempo, vida normal. No vamos a hablar solo sobre la Super Bowl, ¿de acuerdo? Holly —doy un pequeño respingo al escuchar mi nombre—, intenta meter temas de arte y cultura esos días, que no nos acusen de hablar solo de deporte.

—¿Qué? —le pregunto, porque no acabo de asimilar lo que me acaba de pedir.

—Eso, que metas temas más *femeninos* —me dice, marcando el signo de las comillas con los dedos—. A Houston me acompañará David.

—¿Yo? —pregunta, atónito, David, nuestro compañero londinense, pero yo ya no escucho más porque salgo del despacho de Tyler pegando un portazo.

No estoy acertada y me doy cuenta casi al instante. Estaba segura, completamente segura, de que sería yo la elegida para ese viaje. Y sería un puntazo importante para mi carrera, cubrir un evento de ese tipo apenas cuatro meses después de entrar a trabajar. Sería mi oportunidad de vivir desde

dentro, desde las cabinas de prensa, el acontecimiento más importante del año. Creí que me lo había ganado con mi trabajo en estos meses, con las noches quedándome en la redacción con un litro de café y unos rollitos de primavera con carne de gato. Con estar siempre atenta, trabajando desde casa, pendiente de las redes sociales para que fuéramos los primeros en dar las noticias de alcance.

Todos esos argumentos son los que me expulsan fuera de su despacho y los que dan el portazo, pero las lágrimas que asoman a mis ojos en cuanto salgo al pasillo... esas llegan porque ya me había visualizado a mí misma seis días con Ty en Texas. Trabajando duro, codo con codo. Quizá tomando una copa al acabar. Seguir abriendo grietas a las cosas que escondemos.

Cuando llego al cuarto de mantenimiento, ya solo me preocupa la vergüenza por lo que acabo de hacer. David es un compañero estupendo, aunque es cierto que no tiene ni la menor idea de fútbol, al menos no del *fútbol* que se juega a este lado del Atlántico. Pero, sin duda, no se merecía mi desplante. Igual que el resto de compañeros, que llevan más tiempo que yo en *Millenyal* y que también se van a quedar aquí, sin necesidad de tener una rabieta de niños.

Dejo resbalar mi espalda por la pared, hasta acabar sentada junto al armario del cuadro eléctrico. Me agarro la cabeza con las manos, intentando decidir cuál es la mejor manera de acercarme a pedir disculpas sin morir de vergüenza por el camino. Derramo las últimas lágrimas y rescato un pañuelo de papel del bolsillo de mis vaqueros para secarme la cara.

Me acabo de levantar para volver a la redacción, cuando escucho abrirse la puerta y, sin necesidad de más, sé que es él. No sé si es su olor, que soy incapaz de definir, pero que reconocería en cualquier lugar, o el particular sonido que hace al arrastrar sus zapatillas, o si, simplemente, he adquirido en estos meses la capacidad para intuir su presencia. Es un hecho. No hay otra opción. Es Tyler.

Lo veo cuando su figura queda bajo la luz mortecina del único fluorescente que ilumina el cuarto. Su postura corporal delata lo cabreado que está y su cara no es mucho mejor. El rictus asusta, y casi desearía que no empezara a hablar, pero no tengo tanta suerte.

—¿Te das cuenta de que has quedado como una cría ahí dentro?

—Créeme, me doy cuenta de muchas cosas —le respondo, chulita, porque estoy muy avergonzada por mi actitud, pero no se me ha olvidado que su

elección no ha sido justa.

—¿Ah, sí? Entonces, supongo que también te has dado cuenta de que le has faltado al respeto a un compañero que, hasta ahora, ha hecho su trabajo de forma impecable.

—Sí, Tyler, sí —le digo, acercándome un poco a él—. Me doy cuenta de todo lo mal que lo he hecho, créeme. Pero no me toques los cojones.

—¿Disculpa? —Mi exabrupto lo sorprende y se le nota. Arquea las cejas y, si hubiera alguna posibilidad de que tuviera más cara de cabreo, lo he conseguido.

—Sabes que era la mejor opción para acompañarte a la Super Bowl. Puedo ayudarte a cubrir toda la información de fútbol y soy la única de la redacción que se encarga de hablar de moda, famosos y demás, que en la Super Bowl puede que haya alguno —le digo, con toda mi ironía—. Y, además, aunque odio usar esto, sabes que mi padre podría abrirnos puertas a las que ningún otro periodista podrá acceder.

—Mi elección ha sido otra... ¡y punto! —me grita, perdiendo esa facha impertérrita a la que estoy acostumbrada en lo profesional.

—Una elección con pene, casualmente.

—¡Oh, por Dios! ¡Ni se te ocurra pensar que ha sido una decisión sexista!

—Pues dime tú cómo le llamas a llevarte a cubrir la Super Bowl a un compañero que no tiene ni puta idea de fútbol americano y que no reconocería ni a Rihanna aunque la tuviera sentada al lado.

—¡Lo llamo tomar mi puta decisión! Es lo que me encomendaron los de arriba, y ni siquiera sé por qué tengo que explicártela. De hecho, ni un solo compañero más me ha pedido que justifique mi decisión. Háztelo mirar, Holly.

—¡No! ¡Háztelo mirar tú! —Mi tono de voz va subiendo de tal manera que me doy cuenta de que es imposible que la fina puerta metálica del cuarto de mantenimiento esté manteniendo esta conversación en privado.

—Haz el favor de no gritarme. Que no se te vaya a ocurrir.

—Eres tú quien ha empezado a gritar —le rebato, aunque bajo el volumen, más por dignidad personal que por hacerle caso.

—Y tú quien ha empezado a tocarme los cojones.

—No, ese has sido tú mismo en el momento en que has tomado esa decisión incomprensible.

—Que sea incomprensible para ti no significa que yo no haya tenido mis razones.

—¡Pues no las entiendo!

—Holly... —Se queda un buen rato en silencio, midiéndome, midiéndose. Se muerde el labio inferior con cara de mala leche, y lo mucho que me gusta esa imagen se lleva consigo una pequeña parte de mi enfado—. No puede ser. Y punto.

Hace amago de marcharse, pero antes de que alcance la manilla de la puerta, lo agarro del brazo con fuerza y consigo que se dé la vuelta hacia mí.

—¿Qué no puede ser, Ty?

—No quiero pasar veinticuatro horas al día contigo, seis días seguidos, en un puto hotel de Houston en el que podría pasar cualquier cosa. —Se agarra el pelo con fuerza y tira de él, mientras yo me quedo parada en el sitio, sin ser capaz de emitir un sonido—. ¡¡¡Joder!!!

—Creía que éramos amigos —susurro, porque no sé qué otra cosa decir.

—Somos amigos.

—No entiendo una mierda, Tyler. No te entiendo a ti.

—¿Crees que tú eres fácil de entender, Holly?

—No intentes compararme.

—Eres la persona más difícil de entender del mundo. Toda tu personalidad es un enigma imposible para mí.

—No pensé que hubieras dedicado ni un segundo a intentar descifrarme — se me escapa, pero es que me han sorprendido tanto sus palabras que no he sido capaz de retener las mías dentro.

—He dedicado mucho tiempo a pensar en ti en estos meses. Mucho más tiempo del que puedas llegar a imaginar. Y es por eso por lo que no puedes venir conmigo a Houston.

—¿Qué? —Es el único sonido que puedo emitir, porque estoy a medio camino entre confusa e ilusionada. Bueno, a medio camino no. Tengo los dos pies plantados en medio de la confusión, pero se ve la ilusión al fondo.

—No quiero que pase algo de lo que acabaría arrepintiéndome.

—¿Algo de qué?

—¿Es que no lo notas? Joder, ¿soy el único gilipollas de los dos que nota que tú y yo... conectamos?

—¿Qué? —Tengo la sensación de que solo repito eso, como un loro con las neuronas fundidas, pero es que estas cosas no me pasan a mí. Nunca. Jamás un hombre ha reconocido que entre él y yo hubiera ninguna conexión. Y la primera vez que me pasa... va a ser con el tío más bueno que he visto jamás.

—Nada. Olvídalo.

—No, no lo olvido. ¿Qué quieres decir? —Necesito reafirmarme. Necesito saber que es verdad. Que puede que haya una lejana posibilidad de que yo le guste. De que sienta una atracción, aunque sea mínima. Yo. Gustarle. Por momentos, estoy convencida de que empezarán a sonar risas enlatadas y alguien me confirmará que todo esto es solo una broma.

—No me hagas esto. —Empieza a acercarse a mí, y creo que es la primera vez que percibo la dimensión de su cuerpo. De sus hombros anchos, de sus brazos fuertes, de su imponente presencia física que, por primera vez en mi vida, me hace sentir pequeña. Se acerca y se acerca, hasta que la distancia entre nosotros es tan escasa que percibo su calor. O quizá es el mío—. Si ahora mismo no tienes el puto corazón a punto de salirse del pecho, es que definitivamente soy un gilipollas.

No veo venir su abrazo, quizá porque no es lo que espero. ¿La verdad? Llegados a este punto, esperaba un beso. Y no es que me queje. Dios, todo lo contrario. Hay algo más íntimo en este abrazo. Más... nuestro. Más propio de esa extraña camaradería de amigos, compañeros de trabajo y de ese algo más que no he querido ver por miedo a volver a caerme con todo el equipo. Me acurruco un poco contra su pecho, golosa, queriendo disfrutar de cada centímetro de su piel, de cada olor, de cada latido de su corazón, que no sé si me imagino o escucho.

Ojalá fuera una tía valiente, capaz de alzar la cabeza y posar mis labios sobre los suyos, pero la prudencia que llevo años construyendo no me permite atreverme. Además, llegados a este punto, creo que ni lo necesito. Porque ese abrazo nos ha enviado una corriente de electricidad por todo el cuerpo que los dos hemos notado. Y sí, hablo en nombre de los dos porque es imposible que a él le haya pasado desapercibida. Su cuerpo pegado al mío habla por sí mismo. Su cadera adelantándose. Un bulto sospechoso haciéndose notar.

—¡Joder! —Salgo casi despedida cuando él se aparta. No pensé que se pudiera echar de menos algo que solo ha sido tuyo unos segundos, pero tampoco me da tiempo para procesarlo porque la desolación se me instala en el pecho cuando él golpea la pared con la palma de la mano y sale del cuarto casi a la carrera, no sin antes acabar con el atisbo de esperanza que podía haber nacido en mí—. Olvídalo. Esto no puede ser.

9

Nos vamos

Un sobre de tamaño folio me recibe sobre la mesa de la redacción. En él solo está escrito mi nombre, pero reconozco la letra de Tyler antes incluso de comprobar el contenido. No sé por qué, pero echo un vistazo alrededor, hasta asegurarme de que los pocos compañeros que están ya en sus puestos no me prestan atención.

Vuelco el contenido del sobre en mi mesa, y me encuentro con un billete de avión a mi nombre con destino Houston y una acreditación, también a mi nombre, para la Super Bowl y todos sus actos previos. El corazón se me dispara de la pura anticipación, y la mirada se me desvía, sin que yo pueda evitarlo, al despacho de Tyler, que trabaja con los ojos fijos en la pantalla de su portátil, aunque algo me dice que sabe que lo estoy mirando.

Encuentro una nota escrita a mano en medio de todos los documentos: «Siempre fuiste tú, siento muchísimo haber hecho el imbécil el otro día. Me he disculpado con David y ha quedado todo aclarado. PD: Soy un cagón y no me he atrevido a decírtelo en persona».

Después de leer su nota, podría sentir muchas cosas, pero siento... miedo. Pánico. Pánico a que esas palabras, después de haberme sentido especialmente vulnerable el otro día en el cuarto de mantenimiento, borren todo rastro de mi prudencia. A que me pinten una sonrisa en la cara. A que me ilusionen. A que vuelvan a poner mis emociones en manos de alguien ajeno, después de un año controlándolas yo al milímetro.

Poco a poco, después de unos minutos en shock, la ilusión va sustituyendo a ese miedo cobarde que me invade cada vez que recuerdo hasta qué punto Tyler se me ha colado dentro. ¡Voy a ir a la Super Bowl! Y no como la hija de una estrella del fútbol retirada, como tantas veces hice en mi infancia, sino como profesional. Como periodista. Rescato mi móvil del bolso para mandarle un mensaje a Hazel, lleno de exclamaciones, emoticonos y promesas de celebrarlo con una gran cena cuando llegue a casa.

Me pienso un poco si decírselo a mis padres. Acabarán sabiéndolo, claro,

pero sé que mi padre querrá que aproveche sus contactos para abrirme puertas, y todavía me debato entre hacerlo o no. Sin duda, Tyler y los responsables de *Millenyal* querrán que lo haga, pero yo no lo tengo claro, así que pospongo esa llamada para dentro de unos días.

Lo que no puedo posponer más es disculparme con David. En realidad, si tuviera valor, debería disculparme con todos los compañeros por mi lamentable espectáculo de ayer, pero nadie parece haberle dado demasiada importancia y el ambiente en la redacción es el mismo de siempre, así que me escudo en eso para no humillarme públicamente más de lo que ya hice.

—David. —Lo intercepto de camino al *office*, donde siempre guardamos galletas y algunos dulces que cada uno traemos el día de nuestros cumpleaños, y donde hacemos pequeños descansos a lo largo de las duras jornadas.

—Dime, Holly. —Se dirige a mí con su impecable acento inglés y una sonrisa en la cara, que hace que me sienta más cómoda pero también un poco más culpable.

—Yo... quería disculparme por lo de ayer. No tenía ningún derecho a enfadarme por lo de la Super Bowl. He sido la última en llegar y me comporté como una niña.

—Holly, a mí me da la vida que vayas tú. Si no juega Beckham, yo no lo considero *fútbol* —me dice, haciéndome reír y consiguiendo que se me pasen los nervios de golpe—. Vamos, todos sabemos que eres la mejor preparada para cubrir esa información. Y también sabemos que Tyler quería desde el principio que fueras tú. No sé qué locura le dio ayer, pero menos mal que ha entrado en razón.

—Gracias, David. —Le doy un pequeño apretón en el brazo—. Y perdona, de nuevo.

—Olvidalo.

David vuelve a su mesa y yo me distraigo un rato probando los pastelitos de calabaza que trajo ayer Barbara, mientras Tyler da vueltas sin parar por mi cabeza. O por todo mi sistema nervioso. Al final, tomo la decisión que me sale de dentro, lo que, en realidad, estaba deseando hacer desde el momento en que recibí el sobre con la documentación de la Super Bowl.

Salgo del *office* echando un vistazo de reojo al despacho de Tyler. Está de pie, hablando por teléfono, así que me acerco sin hacer ruido, entro en su despacho justo en el momento en que cuelga la llamada, y cierro la puerta. Se queda un poco sorprendido, porque esa puerta no está cerrada nunca, y

supongo que su estupefacción va a más en el momento en que paso mis brazos por su cintura y lo aprieto contra mi cuerpo. Al principio no reacciona, pero enseguida rodea mis hombros con uno de sus brazos y apoya la barbilla sobre mi pelo.

—Gracias, Ty —digo, aunque mis palabras suenan ahogadas contra su pecho.

—Qué tonta. Gracias a ti por no tirarme los billetes a la cara, que igual es lo que deberías haber hecho.

—No —le digo, con voz de niña pequeña—. Quiero ir a la Super Bowl.

—No es la primera a la que vas, ¿verdad?

—Emmmm... —Le dedico mi mejor sonrisa burlona—. Es la undécima.

—Nos lo vamos a pasar de muerte, nena.

10

El olor a césped y el sabor a nosotros

El dos de febrero no llega por sorpresa, no. He llegado a plantearme cuestiones sobre mi salud mental en el momento en que me percaté de que tenía un calendario con una cuenta atrás, con el día dos marcado en rojo, encima de la mesa de la redacción, otro en la mesilla de mi dormitorio y otro pegado a la puerta de la nevera con un imán con forma de oso que compré hace mil años en Berna.

Hazel se despide de mí como si me fuera a la guerra, y algo así debe de creer, dado que se ha levantado a las cinco de la mañana para decirme adiós. Tyler me envía un mensaje cuando estoy saliendo por la puerta, para avisarme de que me está esperando en un taxi frente al portal de mi edificio, y es ahí cuando me atacan los nervios de la aventura que se nos aproxima los próximos seis días. Los primeros cuatro los dedicaremos a trabajar como locos, pero, desde el momento en que acabe el partido y la celebración posterior, tendremos un día y medio libre en Houston, ya que fue imposible conseguir vuelos de vuelta antes del martes por la tarde. Houston, y medio Texas, va a estar colapsado esta semana por un evento que mueve tanta gente y tanto dinero que a veces resulta difícil de creer.

Llegamos a nuestro hotel una media hora después de aterrizar en el aeropuerto de Houston. Es un alojamiento típico de negocios de las afueras de la ciudad, pero cuenta con la gran ventaja de estar a pocos metros del estadio NGR, que es el epicentro de todos los actos que tendremos que cubrir en los próximos días. Y del partido, claro. Nos asignan dos habitaciones en la primera planta, contiguas. No sé si es fruto de mi imaginación o la pura realidad, pero me parece que vivimos un momento un poco violento cuando nos quedamos solos en el pasillo y, a continuación, cuando introducimos las tarjetas en las cerraduras magnéticas. Nos dedicamos un par de sonrisitas incómodas, antes de quedar media hora más tarde en el *hall* del hotel.

Cuando nos encontramos, apenas tenemos tiempo para hablar, ya que nos meten en un autobús de la organización, a pesar de que el estadio se encuentra

a apenas cinco minutos a pie del hotel. Hoy comienzan las ruedas de prensa, y me ha tocado encargarme de las fotos y vídeos del evento. Ty y yo nos lo jugamos a cara o cruz en el avión, y perdí. Los dos preferimos manejarnos con las palabras que con las imágenes, así que pongo todo mi esfuerzo en conseguir las mejores fotos posibles de Matt Ryan y Tom Brady, los *quarterbacks* de los dos equipos y verdaderas estrellas del partido que se aproxima.

Los siguientes tres días se nos pasan en una vorágine de entrevistas, ruedas de prensa, llegada de famosos a la ciudad y diferentes eventos a los que la organización invita a la prensa. No hemos dormido más de tres horas ninguna noche y, cuando llega la hora del partido, creo que tanto Tyler como yo casi preferiríamos meternos en la cama a dormir que disfrutar de la oportunidad única de vivirlo desde nuestra cabina de prensa. Casi, porque todo el cansancio se evapora en el momento en que nos instalamos en lo alto de ese estadio impresionante, aún medio vacío, y hacemos un pequeño *briefing* para repartirnos las tareas.

Hemos decidido que, durante el primer tiempo, yo me encargaré de retransmitir los lances del juego a través de la plataforma online de la revista, mientras que él aportará datos curiosos, imágenes que vayan llegando a través de las agencias y memes y otras reacciones que encuentre en las redes sociales. Y, en el segundo tiempo, invertiremos los papeles. Cuando queda algo menos de una hora para que comience el partido, en las cabinas contiguas la actividad es frenética, pero nosotros tenemos todo resuelto y nos permitimos un respiro.

—¡Aaah! El olor a césped... —Los labios de Tyler se ensanchan en una sonrisa, pero no se me escapa el deje de melancolía de sus palabras.

—¿Lo echas de menos?

—¿El qué?

—El fútbol. —Se me queda mirando fijamente, pero no responde a mi pregunta—. Perdona, no es asunto mío.

—No —me responde, tras pensárselo un poco—. Sigo jugando de vez en cuando con un equipo aficionado.

—¿Eras bueno?

—Me defendía.

No me da tiempo a ahondar mucho más en el pasado deportivo de Tyler porque, cuando nos queremos dar cuenta, las masas gritan enfervorecidas y los

dos equipos salen al campo entre vítores. Siento un pinchazo de anticipación que debe de ser genético, puesto que, en realidad, yo nunca he sido demasiado aficionada de ningún equipo. En mi casa siempre hemos seguido a los Cowboys y a los 49ers, por ser los dos equipos en los que desarrolló mi padre su carrera, pero los nervios previos a un partido son algo que comprendo muy bien, aunque solo sea por las horas que pasé en mi infancia y mi adolescencia siguiendo a los equipos universitarios a los que entrenaba mi padre en California.

—Cincuenta dólares a la victoria de los Falcons. ¿Aceptas? —me propone Ty, que no debe de saber aún que es imposible que yo diga que no a una apuesta.

—Acepto. Veo clara la victoria de los Patriots.

—Pssss. Y dirás que sabes de fútbol...

En cuanto comienza el partido, ya no tenemos tiempo para mucho más. El ritmo de la retransmisión que estamos haciendo en directo es frenético, pero nos llegan mensajes constantes de nuestros compañeros diciendo que la audiencia está siendo impresionante, así que ni siquiera notamos el cansancio acumulado.

Cuando llega el descanso, ya estoy pensando en decir adiós a mis cincuenta dólares. Los Falcons ganan por veintiuno a tres, y Tyler no deja pasar la ocasión de reírse de mi escaso poder de adivinación.

—Venga, te propongo un trato —me dice, en los escasos cinco minutos que podemos permitirnos descansar entre uno y otro tiempo.

—No, no. Sin compasión. Quizá tenga que pagártelo a plazos, pero nunca dejo una apuesta sin zanjar.

—Tranquila, tranquila. Mi propuesta es que, gane quien gane...

—O sea, tú.

—O sea, yo... Que nos lo gastemos en corrernos una juerga de las que no se olvidan, mañana, en cuanto dejemos cerrado el trabajo.

—Hecho.

Escribo a la velocidad del rayo una crónica de la actuación de Lady Gaga en el intermedio y, cuando va a empezar la segunda parte, me fallan un poco las fuerzas.

—Si este evento lo patrocina Budweiser, ¿me puedes explicar por qué no hay una triste cerveza en las cabinas? —protesto, mientras rebusco entre los productos de cortesía que los organizadores han dejado para la prensa.

—Tienes Coca-Cola.

—Bueno, a falta de alcohol, me conformo con un subidón de cafeína —me resigno, mientras me sirvo una lata en un vaso de cartón.

—Y tienes un compañero maravilloso que no tiene escrúpulos a la hora de beber en el trabajo. —Sonríe, mientras saca del bolsillo interior de su maletín dos pequeñas botellitas de Jack Daniel's y vierte el contenido en nuestros vasos.

—¡Dios! ¡Te quiero!

Gracias a todos los dioses, el partido empieza en ese preciso instante, sin tiempo para que asimilemos los dos segundos de silencio que han seguido a mis palabras. Maldita ausencia de filtro cerebro-boca.

En el tercer cuarto, los Patriots juegan algo mejor y me vengo arriba, entre el subidón de adrenalina de estar narrando el partido, la camaradería genial que estamos viviendo Tyler y yo y... bueno, y supongo que un poco por el whisky también.

—Doblo la apuesta a que los Patriots remontan.

—Deja de beber, Holly —me responde Tyler, entre risas, en un momento tranquilo del partido—. Venga, triplicamos. ¡Qué cojones! Estoy reinvertiendo en una noche de fiesta.

El cuarto periodo se convierte en uno de los momentos más vibrantes de la historia de este deporte. No es solo que lo opine yo, sino que mi padre me ha bombardeado el móvil de tal manera que no sé cómo la batería ha resistido. Este año no han podido viajar a ver la final en directo, como hacen casi siempre, porque mi madre está inmersa en la presentación de una nueva línea de moda de hombre, y hace ya algunos años que decidieron que no viajarían nunca uno sin el otro. Demasiados años de separaciones forzosas a causa de los partidos de mi padre.

El caso es que los Patriots hacen un parcial de diecinueve a cero, consiguen empatar el partido y forzar una prórroga que nos va a obligar a redoblar esfuerzos en el trabajo, pero que a mí me aproxima a ganar esa apuesta que, en realidad, no me importa nada por el dinero, sino por el orgullo de machacar a Tyler.

—No me lo puedo creer. Si no hubieras estado aquí todo el tiempo, habría creído que has bajado al vestuario de los Falcons a drogarlos, solo para ganarme la apuesta.

—Vas a perder, Banks.

La prórroga vuelve a ser un recital de los Patriots, que finalmente se imponen por un tanteo global de treinta y cuatro a veintiocho. Los jugadores de los Falcons se quedan desolados sobre el césped, pero el estadio entero solo tiene ojos para los Patriots. Todas las cámaras rodean a su *quarterback* Tom Brady, y las agencias nos envían cientos de imágenes de su mujer, la supermodelo Gisele Bündchen, en las gradas.

Tyler y yo sobrevivimos a las siguientes horas porque nos apoyamos el uno en el otro. Cuando el cansancio puede con Tyler, yo tiro de él; y viceversa. Nos compadecemos cuando vemos a compañeros de otros medios que tienen que hacer el trabajo solos.

Son casi las cinco de la mañana cuando al fin hemos dejado enviados todos los artículos que sacaremos desde aquí: la crónica del partido, la de los famosos asistentes, las reacciones en redes sociales, las ruedas de prensa posteriores al partido... Del resto de información se encargarán a partir de mañana nuestros compañeros desde la redacción, así que volvemos al hotel con esa satisfacción que da el trabajo bien hecho... o, al menos, terminado.

Caigo en la cama casi inconsciente, después de despedirme de Tyler con algo a medio camino entre un gruñido, un «buenas noches» y una promesa de fundirnos trescientos dólares mañana.

Cuando suenan dos pequeños golpes en la puerta de mi habitación, estoy tentada a meter la cabeza debajo de la almohada y seguir durmiendo, pero, no nos engañemos, sé que es Tyler, y la modorra tarda segundos en desaparecer. Le abro en pijama, sin prestarle demasiada atención, mientras esbozo una disculpa por haber dormido hasta tan tarde.

—Has dormido, exactamente, nueve horas y media.

—Pero ¿qué hora es?!

—Las tres.

Al principio, mis ojos se abren como platos por la sorpresa, pero, cuando me giro hacia él, se les multiplican los motivos para hacerlo. Tyler está apoyado sobre el escritorio de la habitación, vestido con unos vaqueros oscuros, una camiseta negra que le sienta como un guante, una camisa de cuadros abierta y unas gafas de sol, también negras, reposando sobre su pelo castaño.

—¿Te vistes o nos vamos en pijama?

—Sí, sí, perdona. —Joder, me he quedado paralizada, como una imbécil, mirándolo—. Tardo diez minutos.

Me meto en el cuarto de baño con la ropa que he elegido y, menos de los diez minutos prometidos después, salimos por la puerta de mi habitación, sin tener muy claro el destino.

Pasamos la tarde paseando por el centro de Houston, parando aquí y allá a tomar una cerveza. Entramos al Centro Espacial y solo lo abandonamos cuando anuncian que van a cerrar sus puertas.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos fundimos la mitad de mi dinero en una cena por todo lo alto? —me propone, cuando salimos de allí.

—¿Y la otra mitad?

—Esa va a caer en el bar del hotel, me temo.

—Pues vamos a intentar ir con el estómago lleno. No quieras coger mañana el vuelo con la resaca de una gran borrachera.

—¿Habla la experiencia?

—Cuando te has pasado un vuelo de nueve horas envuelta en sudor frío por haber decidido despedir un viaje por todo lo alto la noche anterior, aprendes una lección.

Tyler busca en su móvil un buen lugar para comer y, tras asegurarse de que me gusta —y de qué manera— la carne a la brasa, elige un *steakhouse* bastante elegante. En la puerta, dudamos un poco por nuestro atuendo. Ty se abrocha la camisa y consigue un aspecto algo más cuidado, pero yo poco puedo hacer con mi camiseta *oversize* de manga corta y mis zapatillas de deporte.

Salimos de allí casi dos horas después y, si nos habíamos propuesto empezar a beber con el estómago lleno, sin duda, vamos por buen camino. Hemos devorado dos solomillos impresionantes, con todas las guarniciones imaginables. Al menos, hemos tenido la decencia de comer mucha ensalada para compensar.

En el hotel, ni siquiera tenemos que preguntarnos qué hacemos. Nuestros pies se dirigen inexorablemente al bar principal, el único que permanece abierto veinticuatro horas. Es un supuesto bar típico irlandés, aunque lo que es en realidad es un bar típico de hotel. Una gran barra de madera color cerezo, múltiples botellas de alcohol detrás de ella, unas cuantas mesas bajas rodeadas por sofás de terciopelo verde oscuro y un piano en medio del espacio.

Elegimos una mesa para dos en un rincón, y compruebo una vez más esos modales un poco anticuados de Ty que no puedo evitar que me encanten. Aparta la mesa para dejarme pasar, me ayuda a sacarme la cazadora de cuero,

me pregunta qué quiero tomar y se acerca él a la barra a pedir... chorradas que no valoraría si las hiciera cualquier otra persona, pero que me ponen tontorrón en medio de esta nebulosa de enamoramiento loco que tengo últimamente.

—Antes de estar demasiado borracho como para decir algo coherente, quería que supieras que me has dejado muy impresionado estos días.

—¿Ah, sí? —le pregunto, mientras le doy un sorbo al whisky con Coca-Cola que me acaban de servir. Y que no es suficiente como para justificar el tono de coqueteo que yo misma me he dado cuenta de que he usado.

—Joder, Holly, hemos clavado el especial de la Super Bowl. Los jefazos deben de estar encantados. No se van a molestar en felicitarnos, pero algo me dice que no va a ser este el último evento que cubramos fuera de Nueva York.

—Gracias. La verdad es que no creo que lo hubiera conseguido sin tu ayuda.

—Tonterías. Los conocimientos de fútbol y la capacidad para escribir bien ya los traías antes de entrar aquí.

—Ya, pero te has portado muy bien conmigo desde que llegué a *Millenyal*.

—Bueno, el primer día no me porté demasiado bien, ¿no? —Me guiña un ojo, burlón, y yo le respondo enseñándole el dedo corazón.

Pasamos dos horas bebiendo, hablando y contándonos un poco nuestras vidas. Y riendo. Riendo mucho. Tyler me habla de su infancia en un pequeño pueblo de Ohio, de su hermana melliza Annie, de cómo él fue siempre el tranquilo de los dos, mientras que ella se metía en todos los líos posibles. Me cuenta cómo fue su llegada a Nueva York, el shock brutal que supuso para un chico de campo aterrizar con apenas dieciocho años en una de las mayores ciudades del mundo. Cómo en Columbia hizo amigos rápido y se enamoró de la ciudad de tal manera que supo que jamás se marcharía de ella.

Yo le cuento que crecí como la hija única de dos padres famosos, pero que hasta la pubertad no me di cuenta de que aquello era algo anómalo. Que mis padres se empeñaron en que estudiara en un instituto público para que tuviera contacto con realidades muy diferentes a la de mi barrio de West Hollywood. Que me encantaba acompañar a mi padre a los entrenamientos y que acabé convertida, de niña, en la mascota de todos los equipos a los que entrenó. Que quise estudiar cerca de casa porque aún no me sentía preparada para cortar por completo el cordón umbilical y que conocer a Hazel en Stanford fue el gran golpe de suerte de mi vida. Y que, al acabar la carrera, las dos supimos

que Nueva York sería el destino elegido para hacernos mayores de verdad.

Las horas transcurren como si fuéramos dos viejos amigos poniéndose al día tras un tiempo sin verse, cuando en realidad somos dos casi desconocidos empezando algo que se parece mucho a una amistad profunda. Cuando nos cansamos de burlarnos el uno del otro, las cosas, sin que lo vea venir, se ponen un poco más serias.

—Cuéntame qué te pasó.

—¿Cuándo? —le pregunto, sin entender a qué se refiere.

—Con los tíos. Quiero conocerte, Holly. No me preguntes por qué, pero me apetece saber más cosas de ti. Y creo que no llegaré a hacerlo si no me cuentas qué fue eso que te hizo tanto daño.

—Vamos, Ty. Hoy es un día para celebrar, no para hablar de mierdas.

—En serio. Se me han pasado por la cabeza un millón de escenarios horribles. Y me da miedo.

—¿Te da miedo?

—Me da miedo que me importe tanto. Y me da miedo confesarlo con esta facilidad, aunque echaré la culpa al whisky.

—No fue nada... dramático. —Empiezo a hablar porque su introducción lo merece. Le importo, joder. Le importo lo suficiente como para preocuparse—. Quiero decir... No me violaron ni abusaron de mí ni nada por el estilo. Es, simplemente, que no gusto a los hombres. No es un trauma, ni un complejo. Es la constatación de una realidad. Punto.

—Eso que dices es un montón de mierda —me suelta.

—Si no estás en mi piel, Tyler, no te atrevas a juzgar por lo que he pasado. No sabes nada.

—Sé muchas cosas. Sé reconocer un montón de mierda cuando la escucho.

—Debe de ser cojonudo tener veintiséis años y considerarse tan sabio.

—Es bastante mejor que tener veintitrés y considerarse incapaz de gustar a un hombre.

—En serio, Ty, eres demasiado guapo para entenderme. Estoy segura de que entras en un bar y, a los cinco minutos, tienes ocho bragas metidas en el bolsillo.

—Cielo santo, paren las rotativas. ¿Eso que has dicho es un piropo? Me voy a desmayar de la emoción, en serio. Di la verdad, ¿te has enterado de que me estoy muriendo o algo?

Le doy un puñetazo en el hombro, nos reímos, la tensión del intercambio de

frases anterior queda en el olvido y aprovechamos la coyuntura para pedir otros dos whiskies.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con nadie, Holly?

—No te voy a responder a eso.

—En serio. ¿Cuánto?

—Júrame que jamás lo usarás para reírte de mí.

—Te lo juro. —Su cara adquiere un rictus serio. Muy serio—. Jamás me reiría.

—Un año y cuatro meses, más o menos.

—¿Qué pasó?

—Me cansé.

—¿De qué?

—De que nada se pareciera en lo más mínimo a las cosas con las que siempre soñé.

—¿Te parece realista vivir de sueños?

—No. Si lo que soñara fuera con un príncipe a caballo escalando hasta mi balcón. Pero es que yo soñaba con cosas muy normales. Tener una relación normal. Sentir que le gusto, aunque solo sea un poco, a la persona con la que estoy. Que mi novio me dé un beso en el medio de Times Square sin que le dé vergüenza que lo vean conmigo. Creo que me merecería eso.

—Todo el mundo se merece eso. Tú seguramente te merecerías incluso lo del príncipe a caballo.

—Pues parece que no es así. A ratos... —Hago una pausa y utilizo el whisky que queda en mi vaso para intentar tragar el nudo de lágrimas que se me está formando en la garganta—. A ratos lo echo de menos. Esa emoción de enamorarse, ya sabes. Pero vivo mucho más tranquila así, sabiendo que no estoy con nadie porque yo lo he decidido, no porque a los tíos les dé tanto asco que no puedan ni meterse en la cama conmigo.

—Holly, ¡por Dios!

—No digas nada. Algún día te contaré la historia completa y quizá me entiendas mejor. Ahora, vamos a limitarnos a emborracharnos y hablar de cosas insulsas.

—Me parece fenomenal. —Me regala una de esas sonrisas. Sí, de *esas*—. Pero te voy a decir solo una cosa: tú aún lo buscas. El amor, digo. Y ojalá lo encuentres. Joder, no creo que nadie se lo merezca más de lo que te lo mereces tú.

Me lo merezco, sí, supongo. Pero no será con él. Es demasiado guapo, demasiado inteligente, demasiado perfecto. Juega en otra liga. Deja de soñar con cosas que no están a tu alcance, Holly.

La madrugada se nos echa encima y decidimos retirarnos a nuestros dormitorios. Nuestro vuelo de vuelta sale a primera hora de la tarde, así que mañana ya simplemente nos iremos directos del hotel al aeropuerto. El trayecto en ascensor, aunque solo es una planta, se me hace eterno, y sé que el alcohol y mi imaginación están conspirando para que la paranoia me acompañe. En el pasillo hacia nuestras habitaciones, todo se multiplica por mil. Yo lo miro de reojo y no soy tan tonta como para no darme cuenta de que él también lo está haciendo.

—Bueno... —me dice, cuando ya está ante su puerta.

—Bueno...

—¿Puedo decirte algo, Holly?

—Claro.

—Tú me... me... —Tyler resopla y yo me estremezco un poco—. Me pareces una tía estupenda.

No me da tiempo a contestar, ni a dejar volar la imaginación para creer que el comienzo de su frase parecía destinado a tener un final diferente, porque lo siguiente que siento son sus labios en mi mejilla. Bueno, en un punto entre la mejilla y la comisura de los labios que debería tener nombre propio dentro del estudio anatómico porque, en serio, no es la mejilla. Sus labios se quedan ahí, quietos, durante unos segundos y, cuando nos separamos, se mete en su habitación a toda prisa.

Aunque no tan rápido como para que su expresión torturada me pase desapercibida. Un gesto que no entiendo, que no sé interpretar, pero al que no puedo dedicar un pensamiento demasiado profundo porque todo mi cuerpo está centrado en comprender por qué siento que ese punto entre mi mejilla y mis labios está a punto de incendiarse.

11

Mi secreto, tu secreto

—Me tienes totalmente abandonada, cerda. —Hazel da un sorbo a su cerveza, mientras me roba el último trozo de pollo *korma* de la tarrina de comida india que he comprado de camino a casa al salir del trabajo.

—Hazel, no tengo tiempo ni para dormir. Y, además, te saco de fiesta al menos una noche por semana. ¡Gratis! Soy la mejor compañera de piso de la historia.

—Sí que lo eres. Pero te echo de menos. ¿Alguna novedad con Tyler?

—Que es mi nuevo mejor amigo. Ya sabes, es mi rollo. La mejor amiga de los tíos —refunfuño.

—Pero qué victimilla eres, por Dios.

—¿Y si cambiamos de tema?

—Sí, mejor. Yo... tengo algo que contarte. Pensaba callarme como una puta porque me da pavor que algo salga mal, pero...

—¿Pero...? —le pregunto, emocionada, porque me encantan las sorpresas y, sobre todo, porque Hazel está esperando la respuesta al primer *casting* del que salió con buenas expectativas desde que nos mudamos a Nueva York.

—Me han cogido para la obra esa experimental del Village.

—¡¡¿En serio?!!

—¡Sí! Estreno en dos semanas. ¿Vendrás?

—¿Y tienes que preguntarlo?

—Me dan dos entradas. Mmmmm... —Empieza a emitir sonidos insinuantes, hasta que le tiro un cojín para hacerla callar—. Solo te las daré si me prometes que irás con Tyler.

—Vale. Pero se lo pedirás tú uno de esos días que te unes a nosotros después del trabajo.

—Es vergonzoso lo cobarde que eres, Holly Rose.

El día del estreno de la obra de Hazel es el primer día en meses que consigo salir de casa sin bufanda, guantes y gorro. Marzo ya se está acabando y parece que, al fin, Nueva York se ha enterado de que existe una estación llamada primavera.

Desde que volvimos de Houston hasta ahora, Tyler y yo hemos pasado muchísimo tiempo juntos. Trabajando más horas de las que nos pagan y quedando fuera del trabajo cada vez más a menudo. De momento, los fines de semana siguen siendo territorio vedado, pero lo compensamos cenando juntos y tomando cervezas al salir de la redacción. Más cervezas de lo que es sano para nuestros cuerpos. Más veces de lo que es sano para mi mente.

El viernes salimos de trabajar cansados, pero la obra de Hazel ha conseguido hacernos ilusión a los dos. A mí, por descontado. Y a Tyler, porque sé que se ha encariñado con mi amiga y, las últimas veces que hemos quedado los tres, Hazel no ha hablado de ninguna otra cosa que de su papel protagonista en *Percepción X308*. Sí, ese es el título de la obra y, no nos engañemos, no augura nada bueno.

—¿Qué se supone que debo esperar de una obra de la que ni siquiera la protagonista es capaz de resumir el argumento? —me pregunta Tyler, entre risas, mientras intentamos encontrar el teatro del Village.

—Es que no tiene argumento. Es una sucesión episódica de alegorías experimentales.

—Holly. Soy un tío culto. En serio. Y no he entendido una mierda de eso que acabas de decir. —Se nos escapan las carcajadas a los dos, y la situación se agrava cuando nos damos cuenta de que hemos estado todo el tiempo delante del *teatro*. Solo que este no resulta ser tal, sino una especie de garaje reconvertido.

—¿Vamos?

—Qué remedio.

Las siguientes dos horas y cuarto —¡dos horas y cuarto!— son lo más parecido a una pesadilla escénica que me puedo imaginar. Hazel ha estado fantástica, o eso es lo que a mí me ha parecido, pero la obra en general ha sido algo incomprensible. La traca final llega cuando Hazel, en su papel de moderna mujer de hojalata venida de Oz (o algo así me ha parecido entender), se desnuda por completo en el centro del escenario. Con nuestras *privilegiadas* entradas de primera fila, creo que habría podido hasta contarle las estrías si las tuviera. Tyler, en cuanto asimila lo que tiene delante, gira la

cabeza hacia el suelo a una velocidad que me sorprende que no se haya dislocado el cuello.

Conseguimos contener el ataque de risa hasta salir a la calle, pero, una vez allí, ya no hacemos otra cosa mientras esperamos a que mi amiga se cambie – o, mejor dicho, se vista–.

Cuando Hazel me manda un *whatsapp* informándome de que le han propuesto ir a cenar con el resto del elenco para festejar el estreno y que no se puede librar, me quedo un poco decepcionada. En parte, porque lo pasamos muy bien cuando salimos los tres por ahí, pero, sobre todo, porque supongo que esto implicará que Tyler emprenda el camino a su casa, y yo... Yo ya soy una especie de *yonki* de su compañía, que sufre cuando tiene que prescindir de ella y cuenta las horas hasta el siguiente chute.

—¿Te apetece que hagamos algo guay? —me pregunta, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Algo guay?

—Sí, es que hoy... —Se queda un segundo con la mirada perdida, y solo habla cuando ya estoy convencida de que esto va a ser otro de esos misterios suyos que me generan tanta incertidumbre—. Hoy es mi cumpleaños.

—Pero ¿qué dices, Ty? —Me abalanzo sobre él sin pensarlo dos veces y le doy un sonoro beso en la mejilla—. ¡¡Felicidades!! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Bah, no soy yo mucho de celebrar mis cumpleaños. Cuando estaba en casa, sí, porque lo celebraba con Annie, pero aquí... Es diferente.

—Vaya, lo siento mucho. Y lo único que se me ha ocurrido a mí es arrastrarte a la peor obra de teatro que haya tenido que presenciar nunca un ser humano.

—Eso va a ser difícil de perdonar, sí. Pero ¿sabes? No se me ocurre nadie mejor con quien pasar el día que contigo.

—¡Oh! Muchas gracias por eso. —Me quedo tan cortada que soy incapaz de decir nada más—. Por cierto, ¿veintisiete?

—Veintisiete. Me hago mayor, Holly.

—¡Qué va!

—Eso es fácil de decir para alguien que acaba de cumplir veinticuatro.

—Claro que sí. Los típicos tres años que suponen una diferencia insuperable. Venga. Va. Hoy mandas tú. ¿Qué quieres que hagamos?

—Vives en Brooklyn, ¿no?

—*Sip.*

—¿Has estado en el paseo de Brooklyn Heights?

—No. La verdad es que he dedicado tanto tiempo a conocer Manhattan en estos meses que me he olvidado de mi propio barrio. Conozco Prospect Park, a los hípsters de Williamsburg y poco más.

—Pues, para mí, tiene las mejores vistas de Manhattan. ¿Te apetece que cojamos algo de comer y cenemos allí?

—¡Claro!

—Genial, porque... quiero hablar contigo de algo.

Otra vez sus misterios, sus secretos. Mis dudas, mis incertidumbres. La ilusión.

Me acerco a una de esas pizzerías tan típicas de Manhattan con porciones a poco más de un dólar y cojo suficiente comida para los dos. Tyler para un taxi antes de que me dé tiempo a consultar en mi móvil la *app* del metro para orientarme. Ty no vuelve a abrir la boca durante el trayecto en taxi, y tampoco lo hace mientras caminamos hacia el lugar que ha elegido para que nos sentemos.

Al final, se decide por un banco de madera, uno de los pocos que está aislado, sin otros alrededor. Deja la caja con la pizza en medio de nosotros, y yo saco las dos latas de cerveza que he comprado.

Si en algo ha tenido razón Tyler, es en que las vistas de la ciudad desde aquí son lo más espectacular que he visto en toda mi vida. Los rascacielos de Lower Manhattan, con sus ventanas iluminadas, que siempre me han hecho preguntarme cuánta gente trabaja en ellos de noche. El Empire State a la derecha, con mi edificio favorito de Nueva York, el Chrysler, mostrando orgulloso su cima. Y, justo ante nosotros, la torre One del World Trade Center, con su luz azulada alzándose hacia el cielo.

Me quedaría sin respiración por las vistas si no me estuviera robando ya el aliento la presencia de Tyler a medio metro de mí.

—¿Qué querías decirme, Ty? Me estás asustando un poco —me atrevo a preguntarle, porque cualquier cosa es mejor que la angustia.

—Ven aquí. —Palmea el espacio junto a él en el banco, dejando la caja de pizza en el suelo a su lado. Me pasa un brazo por la cintura y el otro por los hombros, y no puedo evitar tensarme—. Hay algo que no te he contado y no me parece bien, después de lo que tú sí me contaste a mí en Houston.

—Pues cuéntamelo —le digo, justo cuando él me suelta y yo echo de

menos un contacto que solo hemos tenido durante unos segundos. Nos recostamos un poco sobre el respaldo del banco, con nuestras cabezas ligeramente giradas para no perdernos de vista.

—Tienes una idea de mí algo diferente a la realidad.

—¿Qué idea tengo de ti? —Frunzo el ceño.

—Que me tiro a una tía diferente cada sábado.

—¡Yo no pienso eso! —me defiendo, aunque... claro que lo pienso.

—Sí lo piensas.

—Vale, puede que piense algo parecido.

—Pues eso. Que no... que no es cierto. ¿Cuánto tiempo me dijiste que hacía que no follas con nadie? ¿Un año y medio, más o menos?

—Un año, cinco meses y trece días —le digo, haciendo un cálculo mental que me recuerda, de paso, que hace cinco meses y trece días que conozco a Tyler. Y me parece que lo conozco de toda la vida.

—Llevas la cuenta, ¿eh?

—Si supieras cómo fue la última vez, tú también recordarías la fecha, créeme.

—¿Qué pasó?

—Me acosté con un tío aleatorio, al que acababa de conocer en una discoteca. Estuvimos cuarenta y cinco minutos en su piso, intentando que se le pusiera dura. Cuando ya tuvo claro que no lo iba a conseguir, me echó. Tuve que ponerme las bragas en el rellano.

—Vaya hijo de puta.

—Sí, bueno. Uno más.

—¿Uno más?

—¿Por qué esta conversación ha empezado contigo queriendo confesar algo y ha acabado conmigo humillándome hasta el infinito?

—No te has humillado. La única persona que me parece humillada en todo este asunto es ese gilipollas que te hizo pagar su frustración.

—Sí, bueno, lo que sea.

El silencio se cierne sobre nosotros. No sé a dónde ha ido a parar la confesión de Tyler, pero el anochecer llega sin que su voz vuelva a sonar. Vemos encenderse las luces de la ciudad y solo es en ese momento cuando me doy cuenta de que el silencio, con Ty, es uno de los lugares más cómodos que conozco. Tanto, que al final decido contarle mi historia completa.

—Me he acostado con cinco personas en toda mi vida. Ninguna fue capaz

de correrse. Ese es mi secreto. Vamos, que si te lo tomas al pie de la letra, casi se me podría considerar virgen.

—¿En serio? —me pregunta, con el único tono de voz que puedo tolerar después de lo que acabo de decir. Neutro, un poco alucinado, pero sin ninguna burla.

—En serio. De hecho, a la mayoría ni siquiera llegó a ponérseles dura.

—¿Quieres contármelo?

—Ya lo estoy haciendo, ¿no? —Resoplo, y Tyler me da un beso en la frente, justo antes de levantarse un momento, acercarse a un carrito de comida ambulante y volver con dos cervezas heladas—. Gracias. No me vendría mal algo más fuerte, pero esto servirá. Primer novio, Ethan. Estuvimos juntos los dos últimos años de instituto. No había fuegos artificiales en la cama. De hecho, si los había, eran solo para mí. Él no llegó a correrse nunca. Yo no tenía ni idea de sexo y no le daba demasiada importancia. No sé, supongo que siempre supe que algo iba mal, pero él me gustaba mucho y prefería no planteármelo demasiado. Me llegaba lo que teníamos.

—¿Qué pasó?

—Que me dejó cuando se fue a la universidad. Resulta que era gay. Siempre lo había sido, claro, pero le pareció buena idea utilizarme como tapadera desde que se dio cuenta hasta que se fue de casa y pudo vivir libremente su sexualidad.

—Joder.

—No fue fácil de asumir, aunque reconozco que nunca había estado demasiado enamorada de él. Si no, supongo que habría dolido más. Me fui a la universidad y me apeteció experimentar. Solo que... nadie quería experimentar conmigo. —Se me escapa una carcajada que es cualquier cosa menos divertida—. Todas mis amigas resultaron ser más altas, más delgadas y más guapas que yo, así que yo era la que se llevaba fenomenal con todos los tíos, con la que hablaban toda la noche, pero que, al final, se quedaba sola mientras ellos se follaban a mis amigas. En el mejor de los casos, me ganaba un morreo en una esquina de la discoteca. En el peor y más habitual, acababa durmiendo en el pasillo de la residencia porque todas mis amigas estaban en sus habitaciones *ocupadas*. Ahí empecé a desencantarme. La idea de experimentar pasó de ser algo genial, excitante y divertido a ser un agobio, una presión autoimpuesta, porque... joder, me da vergüenza decir esto...

—Conmigo no, Holly. —Me toma del mentón y me obliga a mirarlo a los

ojos—. Vergüenzas conmigo no, por favor.

—¿Sabes lo jodido? Que me encanta el sexo. Me flipa. Hubo un tiempo en el que me fascinaba. Quería probarlo todo, hacerlo todo... Creo que tengo la mente más abierta al sexo que he conocido jamás.

—Voy a decir algo muy machista, para que tengas artillería para atacarme —se burla—. Pero también muy real. Una tía abierta al sexo y a experimentar es el sueño de cualquier tío.

—No, Ty, no te confundas. Cuando los tíos pensáis eso, os estáis imaginando a Megan Fox con ganas de dejaros que le deis por el culo. —Se echa a reír y yo me contagio, pese a que estoy hablando muy en serio—. Conmigo nadie tuvo nunca ganas de experimentar. Y mi vida sexual se convirtió en una eterna expectativa incumplida. Así que encontré lo que a mí me parecía la solución ideal en liarme con Hazel. Estuvimos unos cuantos meses juntas.

—¿Eres bisexual? —me pregunta, ahora sí con un tono *muy* alucinado.

—No. Creo que no. No me importan demasiado las etiquetas, en realidad. De hecho, teniendo en cuenta mi situación actual, si tuviera que ponerme alguna, sería «asexual». En aquel momento, supongo que estaba confundida. Yo la quería muchísimo, aún la quiero, claro. Era mi mejor amiga y nos lo pasábamos bien en la cama. Al menos yo, supongo. No me di cuenta de que no había mucho más que eso.

—¿Y qué pasó?

—Que ella sí se enamoró, pero de otra persona.

—¿Te rompió el corazón? —me pregunta, y me mata de ternura que haya elegido justo esa expresión, que tan poco le pega.

—No. Me rompió un poco más la autoestima. Me alegré mucho por ella, sé que fue muy feliz en esa relación. Pero no podía evitar pensar que ni mi mejor amiga, que me adoraba, fue capaz de enamorarse de mí. No paraba de repetirme que ya no era que los hombres no se enamoraran de mí, es que las mujeres tampoco.

—¿Y después de eso?

—A ver, cómo te lo resumo rápido... Hubo un chico, el más guapo de la facultad, Tanner. Que no se diga que no aspiraba a lo más alto. Todo el mundo decía que tonteaba conmigo, pero yo no me podía creer que se fijara en mí. De hecho, lo pienso ahora y es imposible que un tío así se fije en mí, pero supongo que en aquel momento aún conservaba la esperanza. —La cara de

Tyler me dice que quiere interrumpirme, pero no se lo permito. Si hay algo que no necesito, es esa condescendencia que ya conozco muy bien gracias a Hazel —. Salimos solos un par de veces, a escondidas del resto de nuestros amigos. Él me decía que no quería que fuéramos el cotilleo del resto del grupo, pero... qué coño, yo estaba deseando que todo el mundo lo supiera. En el fondo, me dolía pensar que él se avergonzara de estar conmigo. Fueron un par de meses, aunque solo llegamos a la cama tres veces. Ninguna de las tres se corrió, no me preguntes por qué. La única explicación verosímil es que repelo a los hombres, pero ya sé que tú no crees en ello.

—Es que no es así. Pero tú misma —me dice, muy serio.

—Con Tanner se acabó todo el día que le propuse ir a un concierto juntos. Joder, ni siquiera era un plan muy de pareja ni nada. Simplemente, a los dos nos encantaba Queen y tocaba en Los Ángeles un grupo inglés que tiene fama de hacer el mejor tributo del mundo. De verdad que yo pensaba en ello como un plan de amigos. Me dijo que no se sentía preparado para tener pareja y que nosotros ya nos parecíamos demasiado a una pareja. Me quedé colgada con las dos entradas, como una gilipollas, llorando una semana. Dos meses después, estaba saliendo con una aspirante a modelo de nuestro mismo grupo de amigos. Se paseaban muy orgullosos de ser pareja; supongo que con ella no tendría problemas en la cama. Me rompió. El corazón y lo que me quedaba de autoestima.

—¿Me estás diciendo en serio que una tía culta y lista como tú piensa que ese tío no tenía un problema ajeno a ti? ¿Que lo que fuera que le pasaba en el rabo tenía que ver contigo?

—Puede que no lo pensara si la cosa hubiera acabado ahí.

—Ah, no me digas que aún quedan más gilipollas.

—Por supuesto. —Estoy a punto de reírme. No sé cómo lo hemos hecho, pero la conversación tiene el punto perfecto de trascendencia sin caer en la frivolidad.

—Después de Tanner, busqué un refugio seguro. Debería haber aprendido la lección con lo de Hazel, pero... no. Desde que habíamos empezado la carrera, todo nuestro grupo decía que Jason, uno de mis mejores amigos, estaba enamorado de mí en secreto. Empecé a quedar con él cada vez más. No te voy a mentir, no me enamoré de él como una loca, pero lo adoraba. Me caía fenomenal, nos reíamos juntos, teníamos aficiones muy parecidas... No sé, durante las semanas que duró, me parecía una idea perfecta estar con él. Una

noche, le propuse ir a mi apartamento. Tenía todo tan planificado que Hazel se había ido a pasar la noche fuera. Creo que en el segundo o tercer beso me di cuenta de que aquello *tampoco* iba a funcionar. Por suerte, no lo prolongó mucho. Me dijo que éramos demasiado amigos y que no conseguía ponerse cachondo conmigo.

—Vaya por Dios.

—¿Te lo estás tomando a broma, Tyler?

—Te juro que no. Pero me cuesta creer que haya tanto subnormal por ahí suelto.

—En fin... Después de eso, ya entré en barrena. Me sentía incómoda con dos de mis mejores amigos por haber intentado tener sexo con ellos, así que decidí que lo mejor sería acostarme con el primero que pasara. Aunque solo fuera para demostrarme que aún podía. Había renunciado a enamorarme, eso lo tenía muy claro. Pero el sexo me seguía gustando demasiado como para prescindir de él. —Hago una pausa y resoplo en voz alta—. Me da mucha vergüenza recordarme en esa época. Me enrollaba con todos los tíos que se me ponían mínimamente a tiro en una discoteca y solo me faltaba suplicarles que me la metieran contra una pared.

—¿Y qué pasó?

—Fue el último. El que me hizo ponerme las bragas en su rellano. En una discoteca, borrachos, cuatro morreos y al lío. Bueno, al *no* lío.

—El alcohol...

—Ya, ya, Tyler, sí. Conozco las excusas. La noche, que es muy traicionera, o que quizá iba drogado, o que tenía un problema de salud relacionado con eso. Quizá todos lo tenían, yo qué sé. Tengo mil amigas espectaculares y a ninguna le ha pasado nunca, ¿sabes?

—En serio, Holly, no puedes seguir culpándote.

—No es una cuestión de culpas. Sé que hay muchísimas posibilidades de que haya sido casualidad, pero el que piensa así es mi yo racional. Al irracional no consigo convencerlo de que yo no repelo a los tíos.

—Tú no repeles a los tíos.

—Vamos, Ty... —El alcohol de las cervezas que hemos compartido me envalentona. O esa es la excusa que me cuento a mí misma para lanzarme a mi siguiente frase—. Dime que, si yo fuera una tía de catálogo de Victoria's Secret, tú y yo no nos habríamos acostado ya.

—No vayas por ahí.

—¡Sí voy por ahí! —En cuanto empiezo a hablar ya me estoy arrepintiendo, pero algo dentro de mí ha estallado y ha sobrepasado el punto de no retorno. Una niñata caprichosa suplicando un polvo, eso es lo que parezco. Lo que juré no volver a ser—. No cuela, tío. ¿Me estás diciendo en serio que, si yo fuera otro tipo de tía, nunca habrías tenido la tentación de follar conmigo?

—No hables de las tentaciones que tengo o no tengo porque no tienes ni puta idea de mi vida.

—Ya, seguro que...

—Hace dos años, siete meses y diecinueve días que no me acuesto con nadie.

—¿Qué? —se me escurre la voz en un susurro, porque ni aunque le hubieran salido de repente siete cabezas me habría quedado más sorprendida.

—Que todos tenemos nuestros fantasmas, Holly —me dice, aunque ya no me mira a los ojos—. Todos.

—Lo siento.

—No te compadezcas, por favor.

—No lo hago. Me estoy disculpando. Ya sabes... por haber insinuado que te acostabas con medio Nueva York. Putos prejuicios.

—Sí. Muy putos.

Se nos echa encima otro silencio. Tan largo que me hace dudar de si debería levantarme e irme, dejarlo a solas con sus fantasmas, que sé que están atravesando su cabeza sin necesidad de que nadie me lo confirme.

—¿Quieres contármelo? —me atrevo a decir al fin.

—¿El qué?

—Por qué un tío con tu aspecto lleva más de dos años sin estar con nadie.

—No... No puedo.

—¿No puedes contármelo?

—No puedo follar. Quédate solo con eso. Es demasiado humillante explicarlo. No puedo. Punto.

No quiero que mi cara refleje toda la sorpresa que siento, pero dudo que haya conseguido disimularlo. Respeto su petición y no insisto, pero mil incertidumbres se me pasan por la cabeza. Tantas, que soy incapaz de darles forma, ni siquiera en mi interior.

Tyler se levanta y se echa a caminar. Me insiste para acompañarme a casa en metro, pero mi línea es muy segura y, además, necesito quedarme a solas.

Esta noche ha sido una gigantesca sobredosis de información, tanto por mi parte como por la de Ty, y creo que los dos necesitamos un respiro. Al final, mi última palabra es que me acompañe a la parada de metro, y él acepta a regañadientes.

Caminamos en silencio, con el peso de las palabras pronunciadas sobre nuestros hombros, aunque con algunos detalles nuevos. Algunos que nunca habían estado ahí. Su mano rozándome la cadera. Su meñique enganchándose al mío. Sus miradas de reojo. Sus sonrisas. Las mías. Él. Nosotros. Todo.

Al llegar a la estación de Clark Street, donde nuestros caminos se dividen, no necesitamos hablar para acabar fundidos en un abrazo que, para mí, es una especie de reafirmación de lo que le acabo de contar. De que no me arrepiento. De que odio lo que me pasa, pero me gusta compartirlo con él. Y creo que, para él, significa lo mismo.

Cuando nos separamos, nos quedamos muy juntos. Me mira. Siento que hay un beso en el aire, pero sé que se va a quedar ahí. Etéreo. Hoy... casi innecesario. Tyler me coloca detrás de la oreja un mechón de pelo que se me ha escapado de la coleta. Y, cuando habla, sé que lo que está a punto de decir puede cambiarlo todo.

—Aún lo buscas, ¿verdad? —me dice, con sus ojos tan clavados en los míos que tengo miedo a que pueda leerme el alma.

—¿El qué?

—Enamorarte.

—No —le respondo, y ni yo misma sé si estoy siendo sincera—. ¿Querría volver a tener sexo sin que eso fuera traumático, asqueroso y una garantía de inseguridades? Sin duda. ¿Enamorarme? En serio, si me conocieras de verdad, sabrías que los tíos no son muy aficionados a acostarse conmigo, pero lo son aún menos a enamorarse de mí. Tengo veinticuatro años y nunca he sabido lo que es que un chico estuviera enamorado de mí.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería, Tyler, de verdad. Te lo he contado todo. No intentes convencerme de lo contrario, porque me ha costado mucho aceptar la realidad. Pasé meses muy jodida, pero, desde que he asumido lo que hay, pues... No sé, es como cuando de niño sueñas con ser astronauta, pero en un determinado momento de tu vida te das cuenta de que ya nunca lo vas a ser. Pues algo así es lo que me ha tocado asumir a mí.

—Pues es una pena.

—Sí. Supongo. No sé.

—Digo que es una pena que sea imposible, porque estoy casi seguro de que, si no lo fuera, yo me estaría enamorando de ti de la manera más jodidamente loca que pude imaginarme en toda mi vida.

12

Los dos sabemos que no

—Vale, repítame qué te dijo y en qué posición estabais. —Juro que es la vez número seiscientos ochenta y cuatro, cifra arriba, cifra abajo, que Hazel me pide que le repita la despedida con Tyler del viernes.

—Te lo sabes ya de memoria, Hazel. Déjame en paz.

Me acurruco en el sofá, debajo de una manta fina, y vuelvo a prestar atención a la película que estamos viendo. Es *Tal como éramos*, una de mis favoritas de todos los tiempos. He tenido que convencer a Hazel, que dice odiarla por culpa de las muchas veces que la obligué a verla cuando compartíamos habitación en Stanford. En realidad, no se lo cree ni ella, porque siempre que la vemos canta a voz en grito *The Way We Were*, y se le llenan los ojos de lágrimas cuando Katie y Hubbell se despiden por última vez.

—Tyler es como muy Hubbell, ¿no? —Parece que hoy no me va a dar una tregua, pero, como consiste en hablar de Tyler, yo tampoco me quejo porque, recordemos, soy una yonki.

—Sí, totalmente. Siempre olvido que Tyler es un guionista en Hollywood en los años cuarenta. —Pongo los ojos en blanco y chasqueo la lengua.

—No, en serio. Míralo bien —me dice, señalando la pantalla con un polo de naranja que acaba de rescatar del frigorífico—. Ese rollito de perfecto chicazo americano. El tipo de persona a la que votaría si se presentara a presidente.

—Claro que sí, Haz. Deja volar la imaginación lo que veas, pirada.

—Yo sé lo que me digo. Intenta no ser Katie, por favor.

—¿Te refieres a la chica fea que acaba con el corazón roto? No sé por qué, pero eso me suena algo más realista.

—Guárdate toda esa autocompasión de mierda para cuando el tío más bueno de la ciudad no te susurre al oído que podría enamorarse de ti. —Me castiga tirándome un buen trozo de su helado por el escote del pijama, y acabo dando saltitos por todo el salón para librarme de esa sensación helada sobre

la piel.

—Estoy nerviosa por mañana —le confieso, cuando ya he entrado en calor de nuevo—. No sé cómo va a reaccionar, no sé ni cómo saludarlo. Estoy cagada.

—Pues tendrás que saludarlo como se saluda a un tío del que lo último que supiste es que estuvo a punto de declararte su amor incondicional.

—Ah, comprendo. ¿Y en qué libro de protocolo viene cómo debe ser ese saludo?

—En el mío dice algo sobre tirarse de rodillas bajo la mesa de su despacho.

—Hazel... —la reprendo, pero se me escapa la risa al mismo tiempo.

—¿Y si saliera bien, Holly? ¿Y si hubiera una posibilidad de que fuerais felices juntos?

—No la hay. No es algo a lo que merezca la pena darle vueltas porque... simplemente, no puede ocurrir.

—Explícame por qué. —La fulmino con la mirada y ella levanta las manos en señal de rendición—. Te juro que esta vez no lo digo en plan tía coñazo. Es que no entiendo bien qué es lo que os pasa.

—Vale... —Resoplo, antes de exponer en alto el argumento mental que llevo contándome a mí misma todo el fin de semana—. Lo mío ya lo sabes. Me da pavor volver a estar con alguien. De hecho, mira lo que te digo, creo que tengo más pánico al sexo que al amor.

—¿Eh?

—Joder, Hazel, un poco de empatía. Podría enamorarme, ¿vale? Podría llegar a confiar en un tío como para tener una relación.

—En Tyler.

—Sí, en Tyler confiaría. Y puede que eso sea un error, pero es que ya confío en él. Pero el sexo... me aterrorizaría meterme con él en la cama. Pavor. Pánico. Te lo juro.

—Estás traumatizada —me lo dice sin juzgarme, sin burla. Solo con un gesto de dolor cuando comprende que sí, es muy probable que sea eso lo que me pasa desde hace meses, o años, aunque ninguna de las dos nos hayamos atrevido a etiquetarlo como tal.

—Sí. Supongo que sí.

—Pero Tyler ya sabe todo lo que te ha pasado. Nena, creo que no eres consciente de cuánto confías en ese chico. Jamás pensé que se lo contarías a

nadie que no fuera yo.

—El problema ahora es él, Haz. Me siento fatal por contarte lo que él me confió, pero... es que es él.

—Pero ¿qué problema tiene ese tío con el sexo? Con lo bueno que está...

—No seas superficial, te lo pido por favor. Y no preguntes, porque no sé cuál es el problema en concreto. Simplemente, no puede acostarse con nadie.

—¿Impotente?

—Pues es lo primero que pensé, pero... ¿eso se puede presentar de golpe? No me ha dicho que sea virgen, *solo* que lleva años sin follar.

—Se podrá ser impotente a partir de un determinado momento, supongo. Quizá le ocurrió algo que desencadenó ese problema.

—No sé, Hazel.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Créeme, me dejó muy claro que no quiere hablar de ello. Solo tengo que... desengancharme de él. Punto.

—Querrás decir *desenamorate*.

—Sí, bueno, lo que quieras.

—Yo aún creo en vosotros —me dice, en un tono más bajo de lo habitual, y se me llena el alma de ternura al escucharle decir eso.

—Yo querría creer, pero... Seamos realistas, Hazel. Si meterme en una relación con cualquier tío sigue sin parecerme una buena idea, intentarlo con uno que es impotente, o que tiene problemas para acostarse con mujeres o lo que sea... sería un suicidio emocional. Acabaría en un diván explicando mi vida.

—Quizá tengas razón —acaba reconociendo y, cuando lo hace, siento que se me rompe un poco el corazón. Tyler y yo solo hemos existido como pareja feliz y enamorada en la cabeza de Hazel, y me gustaba que al menos ese lugar fuera nuestro.

—Me voy a dormir —le digo, ahogando un bostezo—. La semana se presenta intensa.

—¿Y cuál no lo es?

Cuando suena el despertador, tengo la sensación de que acabo de cerrar los ojos, así que lo primero que hago es lanzarme a la cocina a por una taza gigante de café. Eso no ayuda a que se me calmen los nervios por ver a Tyler, claro.

Al entrar en la redacción, ya me tiemblan las piernas casi tanto como el

primer día. Me dirijo a mi mesa intentando aparentar seguridad y sin dejar que la mirada se me desvíe al despacho de Tyler. Trabajo un par de horas sin cruzarme con él, hasta que tengo que consultarle el enfoque que prefiere para un artículo.

No necesito más de diez segundos en su despacho para darme cuenta de que el tema del viernes no se va a mencionar. Que yo encantada, ojo, pero... no sé. Es raro. Los dos nos plantamos la fachada laboral enseguida, trabajamos juntos, bien, con esa empatía que tuvimos casi desde el primer día y que, desde la Super Bowl, se multiplicó.

El resto de la semana transcurre en la misma línea, con Tyler y yo trabajando mano a mano. Y puede que el Ty con el que compartí vistas de Manhattan desde Brooklyn Heights el viernes me encante como hombre, pero al Tyler compañero de redacción, además, lo admiro. Me encanta ver su eficiencia, su capacidad para dirigir el trabajo de doce personas sin perder la calma, la magia que hace con las palabras, aunque esté escribiendo sobre un partido de fútbol, o aunque le toque redactar sus crónicas cuando ya está agotado. Me encanta que formemos un gran equipo. Me encanta que seamos amigos, haber conocido a alguien en Nueva York a quien me sienta tan unida. ¿A quién quiero engañar? Me encanta todo. Y que esté loca por él tiene solo un poco que ver con ello.

Y que pierda el filtro y acabe pidiéndole una cita, también tiene solo un poco que ver con todo lo anterior. Es viernes, estoy contenta porque mis artículos de esta semana han estado entre los más leídos de *Millenyal* y me he venido arriba con la euforia.

—¿Te apetece que hagamos algo el fin de semana?

—¿Qué? —Ay. Después de verle la cara, casi prefiero que no me conteste.

—Que yo... Que había pensado que... podíamos salir el sábado por ahí. Tengo invitaciones para la inauguración de un *roof garden* en Meatpacking y Hazel tiene ensayo.

—Pues vas sola, Holly. No puedo. Tengo otros planes.

—Ah, vale. Claro, claro. Sin problema —balbuceo, porque su tono ha sido tan tajante que me deja alucinada.

—No puedo pasar todo mi tiempo libre contigo, como comprenderás —insiste.

—Qué gilipollas eres. —No sé si lo digo con toda la intención de que me oiga o se me escapa; o quizá algo a medio camino. Pero el caso es que salgo

de su despacho como una fiera y solo soy capaz de calmarme para evitar dar el espectáculo delante de mis compañeros.

Paso las siguientes tres horas liquidando mi trabajo de la semana, tecleando con tal fuerza que me sorprende no acabar perforando el teclado, la mesa y hasta la moqueta. Cuando termino todo, meto mis cosas en el bolso y me marcho hacia el metro sin despedirme de Tyler y sin perspectiva de que se me pase el cabreo.

Al entrar en el apartamento, me encuentro una nota de Hazel, informándome de que tiene un ensayo de última hora y de que regresará a casa tarde. Fenomenal. Justo la soledad era lo último que necesitaba después del desplante de Tyler de esta mañana y de la sensación de fracaso que me ha dejado.

Me rindo a la autocompasión durante unas cuantas horas, plantada delante del televisor sin dedicar más de dos minutos seguidos al mismo canal y metida en una sudadera vieja de mi padre que me traje de Los Ángeles en un último ataque de morriña que me entró antes de cerrar la maleta. Por un momento, estoy a punto de que la cosa acabe en lágrimas, pero las mantengo a raya porque todavía es mayor el cabreo que el disgusto.

Solo me muevo del sofá cuando suena el timbre y abro sin preguntar, porque Hazel se olvida las llaves nueve de cada diez veces que sale de casa, y nada me apetece más que contarle lo indignada que estoy.

—Hola. —Es un milagro que no me dé un infarto cuando la voz de Tyler me sorprende desde el umbral de la puerta del apartamento, que había dejado entornada esperando que entrara Hazel. Hazel, o cualquier otro habitante de este planeta, menos Tyler Banks.

—Tyler. —Mi voz se queda a medio camino entre la sorpresa y el enfado.

—He tenido que cotillear cuál era tu piso en tu currículum. Si estás todo lo cabreada que deberías, puedes denunciarme por robo de datos personales.

—Me lo pensaré —le respondo, porque no puedo evitar que me haya hecho un poco de gracia su comentario, unido al hecho de que permanece en la puerta de entrada, tieso como un palo y juraría que hasta ruborizado—. Puedes pasar. Supongo.

—Lo siento, ¿vale? Joder, lo siento mucho.

—Muy bien —le contesto, dándole la espalda de camino a la cocina.

—¿Tú no eras a la que nunca le duraba un cabreo más de cinco minutos?

—¿Y tú no eras el que tenía un montón de planes con otra gente?

—¿Me estás echando?

—No querría robarte ni un segundo de tu precioso tiempo...

—¿Quieres venirte conmigo de viaje el próximo fin de semana?

—¿Disculpa? —Es oficial. Está loco.

—Quiero irme a Ohio, hace semanas que no veo a mi madre y a mi hermana. Me gustaría que vinieras. Tienen muchas ganas de conocerte.

—¿Sabes, Ty? —le digo, prolongando un poco las palabras para ganar tiempo, porque no consigo asimilar ni su propuesta ni el hecho de que le haya hablado de mí a su familia—. No entiendo nada. No entiendo cómo podemos pasar un día como el de tu cumpleaños, con todo lo que se dijo esa noche; a continuación, trabajar toda la semana como si no pasara nada; que me trates fatal en tu despacho solo por haberte propuesto ir a tomar algo y, a continuación, que te presentes en mi casa proponiéndome que nos vayamos juntos de viaje. No me gustan las locuras.

—Pero ¿qué dices, Holly? A ti te encantan las locuras.

—Sí, las que implican amanecer en otro estado sin recordar cómo he llegado allí. No las que me pueden hacer daño. Mucho daño. —Sin darme cuenta, he ido bajando la voz y, no sé si por eso o por otra razón, Tyler se acerca a mí hasta que quedamos frente a frente.

—¿Yo podría hacerte daño? —me susurra.

—Todas las personas que nos importan pueden hacerlo.

—¿Yo te importo?

—¿No te importo yo a ti? —le devuelvo la pregunta.

—Claro que sí.

—Pues eso.

—Eso —dice él, sin mucho sentido, aunque creo que los dos nos hemos entendido. El momento es un poco excitante, pero también incómodo. Nos da la risita tonta a los dos.

—¿Amigos? —le pregunto, firmando el armisticio con nuestra pequeña broma privada, que él capta al vuelo. Se le planta en la cara una sonrisa de oreja a oreja.

—Siempre.

—¿Solo amigos? —me atrevo a añadir.

—Holly...

—¿Qué?

—Que los dos sabemos que no.

—¿Pero...?

—Pero mejor vamos a dejar las cosas como están —me dice, aunque me acerca a él y me da un beso en la frente.

—Cuéntame algo sobre ese viaje. —Me aparto y le ofrezco un vaso de té helado.

—Intentamos salir lo antes posible de trabajar el viernes, ocho horas conduciendo hasta allí, pasamos el sábado y volvemos el domingo por la mañana para llegar a una hora decente.

—¡Vaya planazo! —le digo, con ironía, pero con una sonrisa en la cara—. Si me lo vendes así de apasionante, ¿quién podría decir que no?

—Es un pueblo bonito... —me dice, tímido, porque creo que se ha pensado que yo hablaba en serio.

—¿Habrá nieve?

—No, creo que no.

—¡Mierda! Nunca he visto la nieve.

—¿Cómo no vas a haber visto nunca la nieve?

—Me he pasado toda la vida en el sur de California, mis padres odian esquiar y solíamos viajar solo en verano.

—¿Vendrás?

—Claro que iré, Ty. Sabes que me apasionan las malas ideas.

13

Hogar, dulce hogar

—Estás nervioso —afirmo, que no pregunto, cuando Ty tamborilea por enésima vez con los dedos sobre el volante de su coche.

—Un poco. No sé... No sé si ha sido muy buena idea pedirte que vinieras.

—Vaya. Muchísimas gracias. Siempre me siento muy honrada con tus comentarios.

—¡No! Joder, Holly, no lo digo por ti. Es que, bueno... como que Riverport no es Malibú precisamente.

—Pues menos mal. Malibú lo tengo muy visto.

—Joder, te va a parecer una mierda mi pueblo.

—Pero ¿qué te pasa, Ty?

—No sé. A veces, me acompleja el hecho de no haber salido apenas de casa. Al final, es viajar lo que te da mundo.

—Tyler, he conocido a gente que ha recorrido medio mundo viajando en primera clase y no conocen nada más allá de su propio culo. —Desvía un momento la vista de la carretera para dedicarme una sonrisa—. Ya tendrás tiempo de viajar.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por venir, para empezar. No sé... Por muchas cosas.

—Cuéntame cosas de tu familia —cambio de tema, porque la verdad es que toda la intensidad que suele haber entre nosotros me angustia un poco. No necesito más pruebas de que siempre nos quedamos en las palabras y en esa sensación de que acabaremos besándonos, pero... no—. ¿Sois muchos?

—No, todo lo contrario. Mi madre, mi hermana y yo.

—¿Tu padre? —le pregunto, con prudencia, porque Tyler apenas me ha hablado de su familia y, para variar, no estoy segura de cuánto está dispuesto a compartir.

—Murió cuando éramos unos bebés.

—¡Oh! Cuánto lo siento.

—La verdad es que, al no acordarnos de él, nunca lo hemos echado de menos. Ya sé que suena muy mal, pero mi madre lo hizo todo tan jodidamente bien que Annie y yo fuimos los niños más felices del mundo. Ahora pienso en lo que debió de pasar y creo que todavía la admiro más.

—¿Qué ocurrió?

—Es una historia triste.

—Es tu historia. Cuéntamela.

—Mis padres fueron novios... toda la vida. Desde los trece o así. Por lo que contaba mi abuela, estaban enamoradísimos, desde niños. Se casaron a los veintidós, en cuanto consiguieron trabajo. Mi padre era carpintero, mi madre es enfermera. Se quedó embarazada enseguida y, cuando estaba de seis meses, a mi padre le detectaron un cáncer en un estado muy avanzado.

—¡Qué horror! —Me llevo las manos a la boca y me arrepiento de haberlo interrumpido.

—Le quedaban pocos meses... Mi madre siempre ha dicho que luchó por llegar a conocernos. Murió cuando aún no habíamos cumplido un mes.

—Dios...

—Yo no he echado de menos tener un padre, ¿sabes? Pero, según me he ido haciendo mayor, me rompe el corazón imaginarme a mi madre en aquellos momentos. Con veintitrés años, viuda y con dos bebés recién nacidos. Es mi heroína.

—Lo es, sin duda —digo, convencida, y me llena de emoción la expresión que se ha dibujado en su cara al hablar de su madre—. ¿Y tu hermana?

—Mi hermana es especial. Es diferente. Es perfecta. Es el amor de mi vida. Mejorando lo presente. —Giro la cabeza a cámara lenta en cuanto asimilo lo que acaba de decir, pero él me guiña un ojo en un gesto burlón que le quita trascendencia a sus palabras.

Llegamos a Riverport cuando son casi las nueve de la noche. Después de un viaje maravilloso, lleno de risas, anécdotas e historias familiares, Tyler se ha pasado los últimos kilómetros con un carácter algo taciturno, pero, por suerte para mi salud mental, he aprendido a no darle demasiadas vueltas a esos cambios de humor extraños.

Cuando para el coche, me quedo maravillada con lo preciosa que es su casa. Es pequeña, pero tiene un encanto que me resultaría difícil encontrar en ninguna de las mansiones de West Hollywood que me conozco de memoria. Es una construcción de una sola planta, con una buhardilla que destaca en lo alto

de la cubierta de pizarra, con todos los muros formados por listones de madera blanca. Un porche ocupa toda la fachada principal, con su barandilla también pintada de blanco, un balancín de madera que cuelga del techo y una mesa con tres sillones llenos de cojines de colores. Un enorme roble, plantado demasiado cerca de la casa, cuele sus ramas por los huecos del porche, y algunas de las ramas más altas chocan contra las ventanas de la zona abuhardillada.

Dos mujeres nos esperan en las escaleras de entrada. La madre de Tyler parece todavía más joven de lo que es. Menuda, rubia, con los ojos muy azules y una sonrisa franca que ha heredado su hijo. Me recibe con un abrazo que al principio me descoloca un poco, pero que, de inmediato, acepto encantada. Cuando me separo de ella, me fijo en que Ty abraza con fuerza a su hermana, casi hasta el punto de alzarla en volandas. Y no sería muy complicado porque su hermana es muy muy chiquitita, bastante más bajita que yo y muy delgada también. Morena, con los ojos oscuros y una expresión pícaro en la cara, que parece ser el único rasgo que comparte con su hermano. Es la misma chica con la que salía en una de sus fotos de perfil en Facebook, lo cual me hace exhalar un suspiro de alivio que desearía con toda mi alma que no hubiera acudido a mi mente.

—En estos momentos estás dudando que realmente seamos mellizos, ¿verdad? —me dice Annie, y no puedo evitar que se me escape una carcajada.

—Nadie se lo cree —añade su madre—. No podrían parecerse menos ni aunque hubieran nacido en puntas diferentes del planeta. Pero juro que los saqué a ambos de mi cuerpo casi a la vez. —En ese momento, parece reparar en la presencia de Tyler a su lado, y se acerca a darle un beso en la mejilla—. ¿Qué tal, cariño?

—Bien. Un poco cansado de la semana y el viaje. Pero muy bien. —Si esa es la cara de alegría que se le instala a Tyler cuando está en su casa, creo que me podría venir a vivir a Ohio.

—Os hemos esperado para cenar. Ty, ¿por qué no le enseñas la casa a Holly mientras acabo de prepararlo todo?

—Claro. Ven.

Tyler me coge la mano y yo ni siquiera me cuestiono el gesto. Me enseña el interior de la vivienda, que es algo más pequeño de lo que me había imaginado, pero también mucho más bonito. La planta baja la llena casi por completo el salón, con todas las paredes revestidas en madera, una pequeña

chimenea de piedra y muebles clásicos pero muy coloridos. La cocina ocupa una gran zona, con sus muebles antiguos pintados en color verde menta. Una puerta, al fondo del salón, conduce al dormitorio de su madre, con todas las paredes blancas, a juego con los muebles. El único toque de color lo aportan una vistosa colcha de *patchwork* y una foto enmarcada en un tamaño bastante grande de dos niños de unos seis años, con enormes sonrisas melladas.

De vuelta en el salón, junto a la puerta del cuarto de baño, unas escaleras de madera oscura conducen a la planta superior. Un pequeño rellano con las paredes llenas de fotos separa las dos habitaciones. La de Annie, pintada en color lavanda y con una cama de hierro forjado lacada en blanco, un armario a juego y un enorme escritorio bajo la galería por la que parece querer colarse el roble del jardín. Atravesando por el cuarto de baño llegamos a la de Ty, en tonos azules y muebles de madera oscura, aunque no es eso lo que me llama la atención. Lo hace la enorme vitrina que preside una de las paredes, llena de trofeos, medallas, fotos suyas con uniforme de futbolista y hasta portadas de periódicos enmarcadas en las que él es el protagonista.

—Me parece que subestimaste un poco tu carrera como futbolista cuando estuvimos en Houston, ¿no?

Me responde solo con un pequeño encogimiento de hombros.

—¿Te gusta? Ya ves que es una casa muy pequeña. A lo mejor estarías más cómoda en un hotel. Hay un Best Western a la salida del pueblo...

—Ty. —Me acerco a él y le acaricio la mejilla—. Me encanta. De verdad. Tu madre, tu hermana y la casa.

—¿En serio?

—En serio.

—Ven. Deja tus cosas en la habitación de Annie.

—Pero... —Escuchamos a su madre llamarnos desde la cocina, y empezamos a bajar las escaleras—. No me parece bien echar a Annie de su habitación. Puedo dormir perfectamente en el sofá.

—No pasa nada, Holly —me responde la interesada—. He dormido más veces en el cuarto de Ty que en el mío.

—Tuve que ponerles dos camas cuando ya no era muy normal que durmieran juntos todas las noches —me cuenta su madre, y ellos ponen los ojos en blanco en un movimiento sincronizado.

Como queríamos llegar a Riverport lo antes posible, ni siquiera hemos comido, así que, cuando nos sentamos a la mesa, agradecemos el despliegue

que ha preparado Jane, la madre de Tyler. Picoteamos un poco de pastel de verduras, pero nos reservamos casi todas las ganas para un pollo relleno de frutos secos que hace que toda la casa desprenda un olor delicioso.

—Mamá, lo de cenar ligero no lo has captado bien, ¿no? —se burla Tyler.

—¿Y desde cuándo tú haces ligera alguna comida, cariño? Holly, tendrías que haberlo visto comer cuando tenía quince o dieciséis años. Casi tengo que buscarme un segundo trabajo para poder mantenerlo.

—Mamá, no necesito esta ración de humillación pública delante de Holly.

—Venga ya, hermanito, como si tú no hubieras contado mis peores anécdotas de la infancia cada vez que traía un novio a casa.

Un silencio incómodo y una mirada asesina de Tyler a su hermana cruzan la mesa, pero pronto su madre cambia de tema y volvemos al perfecto ambiente familiar anterior. Me sorprende a mí misma pensando en que a mis padres les encantaría la familia de Ty, y me doy una colleja mental por permitirme esas fantasías.

Cuando Tyler y yo entramos en un bucle de bostezos contagiados, su madre nos envía, sin rechistar, a la cama. Me fijo entonces en que Annie tiene problemas para caminar. Tyler la ayuda a levantarse de la silla, y ella le da un manotazo que finjo no ver. Echa a andar delante de nosotros hacia la planta de arriba, y me quedo un momento preguntándole a su madre qué tiempo se espera para mañana, para que no sea evidente que tenemos que esperar a que Annie suba, a un ritmo muy lento, las escaleras.

Ya en el rellano de la buhardilla, Ty me despacha con un poco de prisa, antes de meterse en su cuarto con su hermana, pero le dedico una sonrisa, porque ya lo voy conociendo, y estoy casi segura de que lo que quiere es evitar que le pregunte qué le ocurre a Annie.

Cierro la puerta de la que será mi habitación estas dos próximas noches y me pongo el pijama invernal que me he traído y que hace que, media hora después, pese a que se me cierran los ojos del cansancio, sea incapaz de conciliar el sueño. Me he acostumbrado tanto a vivir en un permanente estado de hipotermia que esta noche cálida me ha sorprendido. Me levanto a abrir la ventana, una afortunada decisión que me permite, minutos después, convertirme en espía de excepción de una conversación que me deja a medio camino entre la culpabilidad por haber escuchado lo que no debería, la ilusión por unas palabras que no se borrarán fácilmente de mi cabeza y la incertidumbre de, como siempre, tener la sensación de que Tyler me esconde

casi tantas cosas como me cuenta.

—*No me puedo creer que sigas saliendo al tejado a fumar, Annie.*

—*¿Qué quieres? ¿Que lo haga dentro de casa y mamá me mate por ello?*

—*Y muy bien que haría. Ya no es solo que eso sea una mierda. Es que te puedes tropezar y matarte.*

—*Y tú puedes seguir siendo así de exagerado y de anciano. ¿Qué ha sido del Ty que me encubría cuando éramos críos?*

—*Tienes veintisiete años, mocosa. Ya va siendo hora de que tenga que dejar de encubrirte delante de mamá.*

—*¿Qué coñazo eres.*

El rasgar de un mechero me sobresalta un poco, porque soy muy consciente de que no debería estar escuchando. De hecho, no debería haber salido de la cama ni debería haberme sentado en el suelo bajo la ventana para escuchar mejor.

—*Me gusta.*

—*¿Fumar?*

—*No, gilipollas. Me gusta Holly.*

—*Es genial.*

—*Tienes que decírselo, Ty.*

—*No, Annie. No quiero hablar de eso. Por favor.*

—*Ya. Pero se da la circunstancia de que yo sí quiero hablar de eso. ¿Por qué no hablas con ella?*

—*No puedo.*

—*Sí puedes.*

—*¡Hostia, Annie! Si te digo que no puedo es porque lo he intentado y... me ahogo, te lo juro.*

—*Joder, Tyler, basta ya de autocompasión.*

—*No es autocompasión, Annie, es...*

—*¿Crees que para mí es fácil? ¿Crees que no tengo días malos?*

—*Si los tienes, no se nota.*

—*Pues los tengo, créeme. Días en los que tener ánimos para levantarme de la cama es un esfuerzo tan agotador que me cuesta aguantar en pie. Días*

en los que lo veo todo negro. Súmale los días de migrañas y... no, Ty, no siempre soy la persona más feliz del mundo.

—¿Estás mejor? ¿De las migrañas?

—Sí. Y no hace falta que corras a mi lado cada vez que mamá te dice que me encuentro mal. Pero gracias por hacerlo. Significó mucho para mí que estuvieras aquí aquel fin de semana. Me encontraba realmente mal.

—Vendré siempre que tú necesites que venga.

—Ya lo sé.

El silencio cunde entre ellos. Estoy a punto de volverme a la cama, creyendo que su conversación se ha acabado, cuando Annie vuelve a hablar.

—Ty... ¿No crees que puedes estar dejando pasar la oportunidad de ser feliz de nuevo?

—Deja el tema, Annie.

—No. Tienes que superar de una puta vez lo que ocurrió.

—Repito: no quiero hablar de ello.

—¿Y si fuera ella, Ty?

—Deja de decir eso, Annie.

—¿Por qué?

—¡Porque es ella! Porque no hace falta que me lo digas tú, ni que te intercambies miraditas con mamá cuando creéis que no os veo ni hace falta que yo reflexione sobre ello. Créeme, hace meses que no puedo pensar en otra cosa. Estoy loco por esa chica, joder.

—Oh. Ty...

—Es muy difícil, Annie. Todo es demasiado difícil.

—¿Te acuerdas de lo que me decías siempre durante la rehabilitación?

—¿Que todo iba a salir bien?

—Eso también. Pero que nada que fuera fácil merecía realmente la pena.

—Ya.

—Nunca te vi rendirte, Ty. Nunca. En toda mi vida. No me creo que vayas a dejar escapar a Holly sin luchar.

—Es más difícil de lo que puedas creer. Ella también arrastra una historia. Está muy insegura de sí misma.

—¿Y no crees que sería mejor que os ayudarais el uno al otro a superarlo que estar enamorados en silencio y sufrir por ello?

—Yo solo sé que ojalá Holly se viera a sí misma como la veo yo.

—Eso solo la ayudaría a ella.

—Ya. Es que he llegado a un punto en que solo quiero verla feliz. Yo... a veces me porto fatal con ella.

—¿Tú?

—Sí, Annie. Me frustró, joder. Me frustró porque me gusta y querría poder estar con ella como un tío normal, como el Ty que era antes.

—Ni te atrevas a pensar que no eres un tío normal. Llevo demasiado tiempo luchando para que la gente me vea normal a mí como para tener que preocuparme ahora por ti.

—Ya sabes a lo que me refiero, Annie.

—Arregla tu mierda, Ty. Esa chica es perfecta para ti.

—Déjalo mejor en que es perfecta, a secas.

¿En calidad de qué estoy aquí?

El fin de semana en Riverport fue perfecto. Podría buscar otra palabra, pero solo esa le hace justicia a lo que vivimos en esa pequeña población de Ohio que se ha ganado ya un lugar en mi memoria para siempre.

El sábado por la mañana, desperté con el sol lamiéndome la cara. Abrí los ojos poco a poco y, mientras trataba de ubicar dónde me encontraba, un carraspeo en la puerta me hizo espabilar de golpe. Un carraspeo que pronto se convirtió en risa.

—¿Siempre duermes más de nueve horas? —Ty apoyaba un hombro contra el marco de la puerta de mi habitación. Tenía las piernas cruzadas, y llevaba puestos unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca de manga larga. En sus manos, humeaba una taza amarilla, y a mí me pareció que el olor a café ya lo invadía todo.

—¿Qué hora es? —le pregunté con voz pastosa.

—Más de las diez.

—¿Tanto he dormido? —No sé por qué me sorprendí, ya que todos los fines de semana duermo alrededor de diez horas, supongo que porque mi cuerpo sabe que tengo que recuperar el sueño perdido durante la semana.

—Te he traído esto. El desayuno está abajo, pero pensé que quizá lo necesitarías para ser capaz de salir de la cama. —Me acercó la taza de café, se la agradecí con una sonrisa y me la bebí casi de un trago.

—Me visto y bajo, ¿vale?

—Puedes bajar en pijama. Mi madre y Annie no se han vestido tampoco.

—¿En serio? Pero tú...

—Yo he madrugado para ir a correr un rato. Madrugar, ¿sabes? Es eso que ocurre cuando no te despiertas a media mañana.

—¿Bajamos o qué?

Después de comernos casi todo el pantagruélico desayuno que Jane nos tenía preparado, Tyler me convenció para enseñarme Riverport y sus alrededores. Yo estaba deseando que nos quedáramos solos, claro, aunque me

daba apuro que Ty no pasara nada de tiempo con su madre y su hermana. Al fin y al cabo, a mí me tiene muy vista. Pero no hubo manera de convencerlo de lo contrario. Según él, me merecía un tour completo de la América rural.

Cogimos su coche y nos dirigimos al centro del pueblo, en el que se respiraba ese ambiente de sábado por la mañana cargado de personas haciendo recados, familias paseando y niños jugando en los parques. Riversport es un pueblo bonito, con edificios de dos y tres plantas, casi todos pintados de blanco y con comercios de esos que ya no existen en las ciudades: pequeños cafés, tiendas de comestibles muy diferentes a un supermercado, panaderías que lo mismo venden *muffins* que prensa...

Tyler no paró de contarme anécdotas que había vivido en cada rincón y no pude evitar sentir una punzada de envidia por esa infancia despreocupada de pueblo. Yo fui muy feliz cuando era niña en Los Ángeles, pero nunca fui caminando a ninguna parte y a nadie se le habría ocurrido permitir que volviera sola del colegio o que repartiera periódicos en bicicleta. Pasamos por delante de la escuela donde estudiaron Tyler y Annie, de la iglesia a la que iban hasta que se rebelaron en la adolescencia y no volvieron a entrar, del campo de fútbol donde aprendió a golpear el balón.

Mucha gente nos paró para saludar a Ty, que no soltó mi mano en ningún momento. No sé en qué momento las entrelazamos, ni siquiera sé si fue él o fui yo quien lo hizo, pero a los dos nos pareció lo más natural del mundo. Una chica, más o menos de su edad, y que juraría que tenía un interés un poco más allá del de saludar a un viejo compañero de instituto, le preguntó si yo era su chica, y su respuesta fue: «Es Holly». Sin negarlo. Sin confirmarlo. Solo pronunciando mi nombre, como si eso lo dijera todo.

Sobre las dos, me convenció para ir a comer a un *dinner* que, según él, preparaba las mejores albóndigas de chucrut del estado. No es que a mí me pareciera el plato más atractivo del mundo, además de que no tenía demasiada hambre ni me parecía bien dejar solas a su madre y su hermana. Pero él me obligó a probarlas, y acabé cogiéndole el gusto a esa extraña mezcla de col fermentada, bacon y carne picada.

Ante mi insistencia, volvimos a casa después, a pasar un rato con Jane y Annie. Tomamos café con ellas, dejé que me contaran un millón de anécdotas de ese Tyler adolescente al que me encantaría haber conocido, aguantamos sus protestas cuando su madre sacó el álbum de fotos con los mejores momentos de su infancia y nos emocionamos cuando nos enseñó también algunas fotos de

su boda y del padre de los mellizos.

Me enteré de que el segundo nombre de Tyler es John, como el de su padre; de que, de pequeño, tuvo un perro llamado Peanut, y que lloró tanto cuando murió que decidió que nunca tendría otra mascota; de que le rompió la nariz a su mejor amigo del instituto cuando se enteró de que se había convertido en el primer novio de Annie; y de que odia con toda su alma el aguacate, las zanahorias y la mermelada de naranja.

Le pedimos a Annie su bici, porque Tyler se empeñó en enseñarme una parte del bosque un poco alejada de la casa, pero que no es accesible en coche. Pedaleamos por unos caminos tan escarpados que di gracias por no dejarme los dientes en una roca, pero todo compensó cuando llegamos a un pequeño lago rodeado de montañas. No sé si fue una sugestión mental, pero habría jurado que respiré más hondo allí de lo que lo había hecho en toda mi vida.

—Dios mío, Ty... Esto es precioso.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Nos sentamos en los escalones de una rampa que descendía hacia el lago. Me descalcé e introduje los pies en el agua, lo que hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. No debía de estar a más de doce o trece grados. Tyler lo notó, me pasó un brazo por los hombros y acabamos con nuestros cuerpos casi encajados el uno en el otro.

—No hay mucho más que ver por aquí.

—¿Y crees que hace falta? Podría quedarme toda la vida solo con estas vistas.

—Sí. Yo también.

Giré los ojos hacia él y vi que me miraba. No a las impresionantes vistas que teníamos delante. Ni a las montañas agrestes, ni a las cimas nevadas ni a la cristalina agua del lago. Solo a mí. Recordé la conversación que había escuchado la noche anterior y se me plantó un nudo en el estómago. ¿Y si fuera posible? Las palabras que tantas veces me había dicho Hazel se representaron en mi mente, por primera vez con una esperanza de realidad. *Estoy loco por ella*. Joder. Yo sí que estaba loca por él.

Y, si estábamos locos el uno por el otro, ¿por qué no podría ser? Sí, yo le tengo pánico al sexo. Sí, él dice que no puede hacerlo. Pero ¿realmente eso importa tanto? Si de verdad nos queremos, si nos entendemos como lo hemos

hecho este fin de semana, si hemos llegado en seis meses a sentirnos más cercanos de lo que sentimos a la gran mayoría del mundo, ¿de verdad el sexo iba a estropearlo todo?

Vimos cómo el sol empezaba a ponerse entre las dos cimas más altas de las montañas que nos rodeaban, mientras mi cabeza se perdía en esos pensamientos y la de Tyler... bueno, en lo que sea que está siempre la cabeza de Tyler cuando guarda silencio y sus ojos velados me impiden acceder a su interior.

—Deberíamos ir volviendo —me susurró—. Si se nos hace de noche, nos va a costar hacer el camino en bici.

—Sí, vamos.

—¿Te apetece hacer algo esta noche?

—No sé. ¿Qué opciones hay?

—Podríamos ver una peli.

—Mmmmm... ¿Hay un autocine por aquí cerca?

—¡No! —me respondió, entre risas.

—Jo... Creí que todos los pueblos de América tenían uno.

—Holly, deben de quedar como diez autocines en todo el país. ¿En qué década vives? ¿En los setenta?

—Déjame en paz —le di un golpe en el hombro, y no llegamos a concretar nuestros planes.

Cuando estábamos ya cerca de su casa, nos sorprendió el olor a leña quemada y carne a la brasa. No sé si fue consciente de ello, pero Tyler aceleró sus pedaladas, y en pocos minutos estábamos delante del porche, donde Jane y Annie habían montado una barbacoa y una tira de costillas se cocinaba, impregnando con su aroma todo el jardín delantero.

—¿Y esto? —les preguntó, con una sonrisa que no le cabía en la cara—. Apartaos de ahí. Esto es trabajo para un hombre.

—Ven, Holly. Deja que el orangután cocine para nosotras. —Annie me llevó dentro, donde me apresuré a ponerme unos calcetines gruesos y unas zapatillas de deporte, porque mis pies todavía no se habían recuperado de la inmersión en el lago—. Espero que te guste la carne a la parrilla.

—¿Y a quién no? —Le sonreí.

—¿Sabes, Holly? —Annie se sentó en su cama, la que yo le había expropiado durante esos dos días, y entonces entendí que se me aproximaba una conversación que no sabía si me apetecía mantener—. Lo haces feliz.

—¿Qué?

—Que haces feliz a mi hermano. Hace años que no lo veo disfrutar como este fin de semana. Es como... como si volviera a sonreír como lo hacía cuando éramos niños.

—Él también me hace muy feliz a mí —le confesé.

—No te voy a dar un sermoncito de hermana porque no me pega nada. Me limitaré a cortar los frenos de tu coche si algún día lo haces sufrir.

—No tengo coche.

—Me las arreglaré. —Nos sonreímos, y ella volvió a tomar la palabra después de un silencio que, extrañamente, no fue incómodo—. No te rindas con él, por favor. Si lo quieres, y creo que sí lo haces, ten paciencia. Tiene la puta cabeza dura como una roca.

—He tenido la oportunidad de comprobarlo, sí.

—Pero, debajo de la roca, está la persona más leal, más cariñosa y más buena que conocerás en toda tu vida.

—Y de eso... de eso también creo haberme dado cuenta.

Cuando volvimos al jardín, Jane estaba repartiendo las costillas en nuestros platos, y Tyler se encargaba de preparar ocho hamburguesas sobre la rejilla de la barbacoa. Annie entró a por pan, queso en lonchas, lechuga y unas rodajas de tomate. Unos minutos después, todos estábamos sentados en la mesa del porche, engullendo más comida de la que nuestros cuerpos deberían haber tolerado.

Con dos termos de café y una conversación pausada, vimos la noche caer sobre el campo. Jane se retiró primero, haciéndonos prometer que la despertaríamos a la mañana siguiente, aunque decidiéramos volver a Nueva York muy temprano. Annie se quedó un rato más, acurrucada en los brazos de su hermano, y yo me sentí una privilegiada por poder contemplar de cerca esa escena familiar. Cuando bostezó por cuarta vez consecutiva, Tyler la mandó a la cama, dándole una patada en el culo de paso, y le prometió que no tardaría en subir. Ella arqueó las cejas y se metió en la casa, presa de un ataque de risa.

—¿Te apetece ver una peli, entonces? —le pregunté, cruzando los dedos para que dijera que no, porque nada me apetecía más que quedarme allí el resto de la noche. O de mi vida.

—Me apetece que nos tiremos en el balancín a ver las estrellas. ¿Me he convertido en una chica? —me preguntó, burlón.

—Un poco. —Le guiñé un ojo—. Pero te lo perdono porque ni en Los Ángeles ni en Nueva York se ven las estrellas como aquí.

Nos quedamos allí durante un tiempo que no soy capaz de medir. Quizá fueron minutos, quizá horas, quizá para siempre. El pulgar de Ty dibujaba espirales en el dorso de mi mano. Mi cuerpo ardía al contacto con el suyo. Sus labios se acercaron a mi cuello y estoy segura de que sintieron mi pulso palpitando frenético. No sé cómo ocurrió, pero sus manos volaron a mi cintura y, cuando me quise dar cuenta, me había colocado a horcajadas sobre su cuerpo. Mis rodillas se clavaron en el cojín del balancín, mis manos volaron a su nuca, sus ojos se fundieron con los míos.

Y, al fin, ocurrió.

Nos habíamos besado otras veces, aunque nunca en los labios. Nunca era un beso en la mejilla normal. Nunca era un gesto casual entre dos conocidos que se encuentran. Ni entre dos amigos. Siempre eran unos labios suaves quedándose más tiempo del necesario sobre la piel. O una mano posada sin querer evitarlo sobre la piel del cuello. O unos dedos que empujan el pelo hacia donde no puede molestar. Nunca fueron besos tontos.

Pero nada me había preparado para lo que estaba por venir.

No hizo falta un anuncio más solemne que su mirada. Ni siquiera dudé. Ni todas las incertidumbres, miedos y secretos que inundaban mi relación con Ty desde que lo conocí pudieron borrar de mi mente la certeza de que aquello era lo correcto.

Su gesto se crispó un instante, en esa mueca que ya había aprendido a distinguir como algo a medio camino entre el dolor, los nervios y la emoción. Hubo un silencio. No fue largo ni corto. Fue... perfecto. Fue el prelude de meternos de cabeza en el viaje más apasionante de nuestras vidas. Dejamos que la pasión sellara el billete, aunque sabíamos que quien lo emitía era el amor. Bueno... quizá él no lo sabía. Quizá seguía creyendo que aquello no era para él. Yo ya sabía que para mí no había vuelta atrás. No quería que la hubiera.

—Párame, por favor —me susurró, tan bajo que creo que lo escuchó el corazón antes que el oído.

—¿Por qué?

—Porque yo ya no voy a poder. Y sabes que no va a poder ir más allá de esto.

—¿Y si *esto* es todo lo que quiero?

No me respondió. Me acercó a él, con su mano en mi nuca, y nuestros labios se encontraron a medio camino. A medio camino entre la prudencia y el miedo. Con esa certeza de que puede que nos estuviéramos equivocando, pero que ese error sabía mejor que todos los aciertos que hubiéramos vivido antes. Su lengua trajo a mi boca un sabor conocido, aunque no tenía duda de que no lo había probado jamás. Sabía a la sal sobre la piel después del primer baño de las vacaciones. A algodón de azúcar al bajar de la noria. A aquella primera cerveza que supe que iba a engancharme sin remedio. Apoyada contra el respaldo de madera de un balancín perdido en un pueblo de Ohio, con sus manos en mis caderas y su aliento haciéndome cosquillas en los labios, me reconcilié con el amor de verano que nunca tuve. Descubrí que ese amor adolescente se puede vivir a los veinticuatro y en pleno abril.

Una de sus manos se dirigió a mi culo y me apretó contra él. Estaba loco si pensaba que podía pasar por alto que su erección se clavaba en la parte delantera de mis vaqueros. Aunque creo que su intención era precisamente dejarlo claro.

—Párame, Holly —me dijo, esa vez más alto, con la voz más firme.

—No voy a pararte —le respondí, en un jadeo—. No quiero que pares.

Su otra mano desabrochó el primer botón de mis vaqueros, y uno de sus dedos no tardó en descubrir lo excitada que me tenía aquella situación. Al primer roce, creí que iba a estallar, pero me dieron las pocas neuronas que me quedaban en pie para decidir hacer lo mismo con él.

—No. —Su negativa se me clavó como un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué no?

—Te lo dije, Holly. —Su voz sonó tan torturada que no pude evitar dejar otro beso, breve y dulce, sobre sus labios—. No puedo. No puedo ir más allá de esto.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes, Holly. No puedo.

Y puede que fuera verdad porque, de repente, el bulto de su pantalón ya no estaba y el momento de excitación había pasado. Pero... pero no todo lo demás.

—¿En calidad de qué estoy aquí, Ty? —le hice la pregunta con el corazón en un puño, pero su agarre seguro sobre mi cintura me recordó que no quería soltarme. Que el amor no es lo mismo que el sexo. Que no me estaba rechazando. Sobre todo, que no me estaba rechazando.

—En calidad de lo máximo que puede estar alguien en mi vida. Nunca se me ocurriría traer a casa a alguien que no lo significara todo para mí.

—¿Somos algo así como una pareja, aunque sea rara?

—Algo así. —Asintió y, a continuación, le dio la risa—. Muy raros... pero sí.

No supe responderle con palabras, así que dejé que mis labios volvieran a los suyos. Y seguimos besándonos hasta que nos obligamos a separarnos.

Al día siguiente, volvíamos a Nueva York. Al día siguiente, volvíamos a la vida real.

15

Rota

El traqueteo del metro camino del centro de Manhattan no logra distraerme de que, dentro de unos veinticinco minutos, volveré a ver a Tyler. No hace ni doce horas que nos despedimos, cuando me dejó en mi apartamento después de un viaje en coche en el que no hablamos expresamente de lo que había ocurrido la noche anterior, pero tampoco evitamos el tema. Su beso, suave y duro a la vez, delante de mi portal, me sorprendió, hasta que me obligué a recordar que, como dijo él, podíamos ser raros, pero éramos algo parecido a una pareja.

En el trabajo, noto a Tyler un poco distante, pero prefiero no pensar en ello. Él mismo me dijo durante el fin de semana que siempre lo pasa mal cuando vuelve a Nueva York después de unos días en casa. Que sufre una especie de *jet lag* emocional, y echa más de menos que nunca a su madre y, sobre todo, a su hermana. Así que trabajo tranquila durante toda la jornada y no me permito pensar demasiado en él hasta que acabo todas mis tareas. Echo un vistazo a la redacción y compruebo que, como siempre, ya solo quedamos nosotros en toda la oficina.

—¿Puedo pasar?

—Holly, nadie pregunta antes de entrar aquí. —Se ríe—. ¿Por qué sigues haciéndolo?

—¡Yo qué sé! —A mí también me da la risa, porque estoy feliz, porque una parte de mí se ha liberado y porque... estoy a punto de pedirle una cita al hombre más guapo de este mundo. Yo. Una cita. A un hombre. Guapo—. Venía a preguntarte si este fin de semana te apetecería que hiciéramos algo. Cine y peli, o algo así.

—¿Cine y peli? —me pregunta, arqueando una ceja, con tono de voz neutro.

—¡Sí! —Yo sigo con el subidón de endorfinas propio de la suicida emocional que soy. La suicida emocional que no sabe si ha recuperado la confianza o solo ha bajado unas barreras que tardó un año en levantar y tras

las que se sentía segura. Segura pero incompleta—. Que seamos una pareja rara no significa que no podamos hacer las mismas cosas que la gente normal.

—Holly...

—Joder. —Tardo más de la cuenta en darme cuenta de que la persona que tengo delante no es el Tyler de Ohio. Es el otro, ese que a veces me parece un desconocido—. ¿Qué ocurre?

—No puede ser, Holly.

—¿Cómo dices?! ¿Otra vez, Ty? —elevo la voz porque no me puedo creer que volvamos a pasar por lo mismo.

—Llevo toda la noche pensando. Toda la puta noche sin ser capaz de cerrar los ojos ni un momento porque, cuando los cierro, solo te veo a ti.

—¿Y eso es malo?

—Es malo porque no puede ser. Porque no podemos. Porque te voy a hacer daño.

—Daño me haces con tu rechazo, Ty.

—Y, si dejamos que esto vaya a más, Holly, va a ser un rechazo constante. Yo no puedo acostarme contigo. Bueno... ni contigo ni con nadie, claro. Te aseguro que, si pudiera plantearme siquiera la idea de estar con una mujer en ese sentido, solo serías tú.

—El sexo no lo es todo, Ty. —Me siento un poco patética al tratar de convencerlo, pero, al mismo tiempo, sé que estoy luchando por aquello en lo que creo. Porque creo en Tyler y en mí más de lo que he creído en nada en toda mi vida—. Entiendo tu problema, pero tú y yo... Joder, tú y yo podemos hacer lo que queramos. No dejes que eso te defina.

—¿Eso?

—No dejes que ser impotente te defina. Nos defina —me atrevo al fin a decir la palabra porque, si de verdad quiero que lo nuestro funcione, los tabús tienen que empezar a desaparecer.

—¿Disculpa? —Tyler se levanta de su silla como impulsado por un resorte, y yo no puedo evitar imitarlo.

—Ty... no pasa nada.

—¿Quién te ha dicho a ti que soy impotente?! —me grita, y yo ya no sé si dudo de sus palabras o de la propia idea que me he construido en la cabeza.

—Yo... Tú... Tú me lo dijiste. Me dijiste que no podías practicar sexo.

—Me vas a volver loco, Holly —susurra. Del grito al susurro. De lo más alto a lo más bajo. La historia de nuestra vida.

—¡No! ¡Tú me vas a volver loca a mí! —Empiezo a caminar por su despacho como una desquiciada—. Puedes, no puedes. Te gusto, no te gusto. Quieres estar conmigo, me quieres lo más lejos posible. ¡Te dije que no me gustaban las locuras!

—¡Holly! Para quieta, por favor. —Cuando paso a su lado, sus dedos se ciernen sobre mi muñeca y me pega a él. Mucho. Tanto, que lleva mi mano a su entrepierna, en la que me es imposible ignorar una prominente erección—. ¿Te parece que a alguien impotente se le pondría así de dura solo por discutir contigo?

No soy capaz de contestarle, y él tampoco es capaz de hablar. Solo nos miramos. Y jadeamos. Veo su pecho subir y bajar bajo la camisa azul que lleva, y estoy segura de que él ve el mío.

Sus labios se abalanzan sobre los míos y nuestras lenguas se enredan. Hoy ya no es solo la ternura que nos envolvió en Ohio. No son las dudas ni la incertidumbre que estoy segura de que tardarán en desaparecer entre nosotros. Hoy es sexo puro. Crudo. Duro. Me empuja contra la pared, golpeamos el lateral de una estantería y dos archivadores acaban en el suelo, con un estrépito que no nos importa lo más mínimo.

Tyler se aparta un segundo de mí, me mira con un deseo que jamás he visto en otros ojos y se muerde el labio inferior en un gesto que me excita más de lo razonable. Sonríe brevemente, y sé lo que va a hacer casi al mismo tiempo que la idea le ronda la cabeza. Agarra las solapas de mi camisa y tira con tanta fuerza que no sobrevive ni un solo botón. Sus manos van directas a mis pechos. Los acaricia, los aprieta. Se agacha y los lame, antes incluso de desabrocharme el sujetador. Soy yo quien lo hace y, cuando lo lanzo lejos, su boca vuela a mis pezones. Dejo caer la cabeza contra la pared y dejo que mis jadeos se conviertan en nuestra banda sonora.

No me permite que le saque los ojos de encima, porque me agarra por las nalgas y me pega a él. Se inclina sobre la pared, hasta que su erección casi me hace el amor aunque haya dos capas de tela vaquera entre nosotros. Mis manos vuelan al botón de sus pantalones y, entonces... el momento se evapora.

Tyler se aparta de mí, pero esta vez no lo hace para mirarme con lujuria. Se aparta tanto que los centímetros se convierten en kilómetros. Se aparta tanto que un muro se alza entre nosotros, uno tan alto y tan consistente que no tengo armas para derribarlo. Su cara refleja un shock que no puedo comprender, pero que ya no me importa. Porque, en este momento, solo me importo yo

misma. Solo me importa el nudo de ansiedad y vergüenza que se me forma en el pecho. El mismo nudo que nació la primera vez que un hombre me rechazó y que fue creciendo hasta convertirse en un impedimento para continuar con mi vida. Un nudo que nunca ha sido tan grande como en este momento, que nunca ha dolido tanto, que nunca ha hecho que mis lágrimas broten con la facilidad con que lo hacen, mientras recojo mi sujetador del suelo, me lo pongo no sé ni cómo y trato de cubrir una desnudez que hace unos minutos me parecía un estado natural y que, ahora, solo me da ganas de arrancarme la piel a tiras.

—Lo siento. No puedo.

Con esas cuatro palabras, mi castillo de naipes se derrumba. Maldito el día en que dejé de esconderme. Maldito el día en que lo dejé entrar. Maldito el día en que la vida decidió que no me merecía siquiera un polvo rápido contra una pared.

16

Por favor, Holly

—¿Estás segura de que no naciste en Kent, en Gloucester o en algún sitio así de británico? —le pregunto a Hazel cuando aparece por el salón, por millonésima vez esta semana, con una taza de té entre las manos—. ¿Eres consciente de que el té es agua sucia, no una solución a los problemas?

—Me encanta que, al menos, no hayas perdido el sentido del humor.

—Las vírgenes somos así —le digo—. Ideales y sonrientes.

—¿Cuándo piensas volver al trabajo?

—No lo sé. ¿Nunca?

Desde la lamentable escena del lunes en el despacho de Tyler, he hecho poco más que dormir, llorar, escribir y comer de forma compulsiva. Ayer, Hazel, que me ha tenido más consentida que a una niña tonta, me obligó a dejar de comer dim sum de gambas cuando ya me había metido entre pecho y espalda un número indeterminado de ellos. Hoy le tocó el turno a las Pringles sabor cebolla, y mañana... Dios dirá.

El único contacto que he tenido con Tyler en los últimos cuatro días fue un email muy profesional que le envié la misma noche del lunes, informándolo de que trabajaría desde casa el resto de la semana. Es una posibilidad que la empresa nos da a todos, y algunos compañeros pasan meses sin dejarse ver por la redacción. Yo nunca lo había hecho, porque tengo muy poca confianza en mi capacidad para organizarme sin un horario marcado, pero esta semana no había otra opción. Creo que habría dejado el trabajo con tal de no ver a Tyler nunca más.

Ese mail fue mi único contacto con él, pero no fue el único de él conmigo. Desde el lunes, casi desde el mismo momento en que puse un pie fuera del edificio de *Millenyal*, he recibido como un millón de mensajes de Tyler. Bueno, no voy a fingir que no sé la cifra exacta: he recibido ciento cuarenta y ocho *whatsapps*. La mayoría de ellos, suplicando mi perdón. Otros, pidiéndome que nos veamos. El resto... no he tenido fuerzas para leerlos.

—Tenemos que hablar. —Hazel se sienta delante de mí, me quita el bote de

Pringles de las manos y apaga el televisor—. En serio, Holly. Para variar.

—Dime —concedo, porque se ha portado tan bien conmigo estos días que haría cualquier cosa que me pidiera.

—Creo que deberías ir a terapia.

—Olvídalo. Ni lo menciones siquiera.

—Holly, no puedes seguir así. Y me cago en el puto Tyler, porque te juro que pensé que él iba a ser la solución a tus problemas, pero ha acabado siendo el desastre final. Necesitas que alguien te ayude a superar todo esto, porque te conozco, y sé que jamás, en toda tu vida, vas a volver a acercarte a un hombre.

—Ese es más o menos el plan, sí.

—¿Y de verdad no crees que un profesional podría ayudarte?

—¿Por *profesional* te refieres a un puto?

—Hols...

—¿Sabes qué, Hazel? Todo esto me hace muchísima gracia. A un montón de gilipollas no se les pone dura conmigo en la cama, y soy yo la que tiene que ponerle remedio. Nos pasamos la vida yéndonos de feministas, pero, si no quiero tener a un hombre a mi lado, asumimos que necesito terapia.

—A mí me parecería genial que no quisieras tener a un hombre a tu lado. Pero no me lo parece que huyas porque tienes miedo.

—No sé, Hazel. Todavía tengo la cabeza hecha un lío. Odio a Ty, pero...

—Pero no lo odias.

—No. Lo quiero.

—Lo sé —me dice, y yo vuelvo a echarme a llorar—. Ven aquí.

—Lo pensaré, ¿vale? No puedo prometerte nada más.

—Me llega. Por el momento.

Me voy a la cama y, como tardo horas en conseguir conciliar el sueño, no despierto el sábado hasta más allá del mediodía. Cuando salgo al salón, me encuentro un ramo enorme de flores sobre la mesa del comedor. Pero no es un ramo tradicional, y no necesito leer la tarjeta para saber de quién procede. Hazel me mira desde el sofá con cara de circunstancias. Me acerco a la mesa y veo que cada una de las doce flores está hecha, en realidad, con papel de periódico doblado en un intrincado trabajo de papiroflexia. Teñidas de diferentes colores por fuera, en blanco y negro por dentro.

Encuentro la tarjeta de una escuela de origami de Staten Island, y me tiembla la mano antes de darle la vuelta para leer el mensaje de Tyler. Y, cuando lo hago, la breve ilusión que he sentido vuelve a romperse. Porque sí,

se ha esforzado en recuperarme, pero en un papel secundario para el que, después de todo lo que ha pasado, ya no estoy preparada. Ya no es suficiente.

«¿Amigos?».

Me arden las yemas de los dedos sobre la pantalla del móvil para contestar ese «Siempre» que sé que él estará esperando. Lo pienso, lo debato con Hazel durante lo que me parecen horas, pero, al final, prefiero guiarme por mi corazón, que me pide seguir manteniendo distancia.

Las horas pasan lentas y tristes. Hazel se empeña en hacer un maratón de *La jungla de cristal*, porque para interpretar es muy alternativa, pero como espectadora nada le gusta más que una buena sesión de tiros, explosiones y Bruce Willis en camiseta de tirantes. Completamos el cliché con dos tarrinas enormes de helado y media botella de un whisky tan malo que tenemos resaca antes incluso de estar un poco borrachas.

Me meto en la cama hacia la medianoche y no puedo evitar que la cabeza me dé vueltas, no por culpa del alcohol, sino por el recuerdo de que, hace siete días, estaba en brazos de Tyler en el balcón del porche de su casa de Ohio. Casi me parece sentir aún sobre mis labios el calor de los suyos, sus caricias sobre mi piel, sus palabras en mi oído. Las lágrimas me arrastran al sueño, y solo el timbre de la puerta es capaz de despertarme, aunque, al hacerlo, me parece que solo he conseguido dormir un par de horas.

El *ding dong* me martillea la cabeza, y le grito a Hazel un par de veces sin obtener respuesta. Me levanto a regañadientes y, antes de abrir, compruebo que mi compañera de piso se ha evaporado. Un domingo a las nueve de la mañana. Como mínimo, es sorprendente.

El corazón se me salta un latido, o dos, cuando abro la puerta y me encuentro con Tyler en el rellano. Y creo que lo que más me impresiona, más incluso que su presencia en mi casa, es su aspecto. Está guapo, sí. Mi vida sería mucho más sencilla si no lo estuviera siempre. Pero también está ojeroso, cansado y sin rastro de esa sonrisa socarrona que siempre ha mostrado cuando discutimos o cuando busca mi perdón. Y es que creo que a ninguno de los dos se nos escapa que, esta vez, no nos ha pasado algo que solucionaremos con un par de cervezas y dos bromas irónicas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo pasar?

—Te he hecho una pregunta. —Soy desagradable, más de lo que me gustaría, no por él, sino porque odio enfadarme. Pero es el único muro que soy

capaz de levantar en este momento.

—No he visto otra opción de hablar contigo. No contestas a mis llamadas, ni a mis mensajes. No han funcionado las flores ni la mentira de decirte que la semana que viene tienes que venir urgentemente a la redacción.

—No fue muy ético utilizar la revista para intentar resolver esto.

—Tampoco fue muy responsable dejar ese correo sin responder.

—¿Sabes, Tyler? No tengo ganas de una batallita dialéctica. —Resoplo y decido ser sincera con él—. Lo estoy pasando mal. Pero... pasará. A lo largo de esta semana espero poder volver a la oficina.

—Holly, me importa tres cojones *Millenyal* en estos momentos.

—Pues tú y yo, fuera de temas de trabajo, no tenemos nada más que hablar.

—Por favor, Holly. —Su tono es bajo y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para que no me desarme—. Un paseo. Es lo único que te pido.

—¿Para qué? ¿De qué serviría?

—Serviría para que habláramos.

—¿¿Hablar?? ¡¿Más?! Tyler, no hemos hecho otra puta cosa desde que nos conocemos que hablar. Yo ya tenía amigos antes de venir aquí, ¿sabes? Muchos amigos. No necesito más.

—¿Ya no me consideras tu amigo? —La cara de perrillo abandonado que pone me parecería fingida en cualquier otra persona, pero sé que en Tyler es sincera.

—Un paseo. Nada más. Necesito veinte minutos para vestirme.

—Gracias. —Me sonrío, por primera vez, y es entonces cuando me doy cuenta de cuánto he echado de menos ver ese gesto—. Te esperaré en el portal.

—No seas gilipollas. Puedes esperarme en el sofá.

Menos de esos veinte minutos después, salimos de mi edificio y echamos a andar por las anodinas calles de Bushwick. No nos dirigimos a ningún lugar en particular, creo que porque los dos estamos demasiado nerviosos para pensar en algo más que en todo el caos que nos invade el cerebro. Al final, soy yo quien decide tomar la iniciativa.

—No tienes de qué preocuparte, Ty. He estado hablando con Hazel y es posible que vaya a terapia para... bueno, para superar todo esto que me pasa.

—Joder, Holly... Lo siento. Dios. No sé ni qué decirte.

—No te sientas culpable.

—¿Cómo no me voy...?

—No, no. De verdad. Déjalo. En el fondo, supongo que acabaré

agradeciéndotelo. Gracias a todo esto que ha pasado, me he dado cuenta de que no he renunciado a enamorarme. Ya ni siquiera tiene que ver con el sexo. Va más allá.

—Tú no necesitas terapia.

—Creo que sí que la necesito.

—Nada de lo que te ha pasado es culpa tuya, Holly. ¿Tu primer novio era gay? Evidentemente, eso no lo provocaste tú. ¿Hazel no se enamoró de ti? Venga ya, tú tampoco de ella. ¿Te encontraste con un par de capullos que estaban demasiado borrachos como para que se les pusiera dura? Vamos, Holly. Ya lo hemos hablado. Eres demasiado inteligente como para pensar que hay algo dentro de ti que no funciona.

—¿Y tú?

—¿Qué? —Noto la tensión, latente en su voz.

—Tú también me rechazaste. Y no estabas borracho, no resultaste ser impotente ni, que yo sepa, eres gay.

—No me metas en esto.

—¿Que no te meta en esto?! Por Dios Santo, Tyler, tú estás en el medio de esto. He estado más de un año sin permitirme sentir nada por nadie. Ni que me gustara un tío, ni tener el deseo de practicar sexo en compañía.

—¿En compañía? —La primera sonrisa socarrona del día aparece con mi comentario.

—Sí. A solas no tengo ningún problema —le respondo, en tono aséptico, porque no quiero que el coqueteo y la broma tomen el mando de la situación —. Mi problema sois los demás y, en cuanto me he permitido sentir algo, vuelvo a verme rechazada.

—Yo no te rechacé.

—Sí lo hiciste, Ty. No pasa nada, de verdad. Ya está. Me olvidaré del tema.

—¿Y si no quiero que te olvides? —Los pasos nos han llevado hasta Prospect Park y, casi sin tener que mirarnos para decidirlo, nos sentamos en el césped, cerca de la entrada.

—¿Por qué no ibas a querer? —Bajo la voz a un susurro.

—Porque yo también me he permitido sentir algo por primera vez en años.

—¿Y qué vamos a hacer con eso? —Le sonrío brevemente.

—No lo sé.

—Estoy acojonada, Ty —me confieso ante él y, por primera vez en el día,

permiso que me pase un brazo por el hombro y me relajo un poco.

—¿Crees que yo no?

—¿Tú? Tú no pareces tener miedo nunca, joder. Jamás diría que lo que hay detrás de todo esto es miedo. Al menos, no por tu parte.

—¿Recuerdas cuando escribiste aquel artículo sobre los prejuicios? ¿Sobre dar una imagen que no es la real? Yo puedo parecer un tío muy seguro y... lo soy. En el trabajo, con amigos, con mi familia, en un montón de aspectos. Pero, por dentro... Joder, Holly, por dentro estoy mucho más jodido de lo que puedas estar tú. Te lo aseguro.

—No quieras ganar esta competición, cariño —le digo, en tono burlón, pero hablando muy en serio en el fondo.

—Es que la gano. Puedes tenerlo claro. Tú, al menos, has sido capaz de contarme tus demonios. Yo ni siquiera puedo hablar de los míos.

—¿Ni conmigo? —lo intento, una vez más, y acuden a mi cabeza las palabras de Annie, cuando me pidió que no me rindiera con él.

—*Sobre todo contigo.*

Después de esa frase, dejamos que el silencio se haga cargo de la situación. Llevamos juntos media mañana y no ha habido un segundo en que no hayamos estado los dos desgarrados, con nuestras emociones en una bandeja. Nos tumbamos sobre el césped, aprovechando que el día es cálido y solo nos permitimos mirarnos a los ojos un par de veces.

—¿Crees en el amor sin sexo? —me pregunta, de repente, y recuerdo que, hace solo una semana, yo estaba en Ohio planteándome algo parecido.

—No lo sé. ¿Hablas en general o de algo en concreto?

—Hablo de nosotros.

—¿No crees que el sexo es la culminación del amor? Que dos personas, por mucho que se quieran, si no se acuestan, son... No sé... ¿Hermanos? ¿Amigos? No lo sé.

—¿Y qué pasa cuando es imposible? Físicamente, me refiero.

—Ya quedamos en que ese no es tu caso, ¿no?

—Da igual. Como concepto general, ¿qué pasa si uno de los dos miembros de una pareja tiene una enfermedad que no le permite hacerlo? ¿O en las relaciones a distancia? ¿También en ese caso dejan de ser una pareja de enamorados?

—No. Supongo que no. Pero cuando el problema es que uno de los dos no quiere...

—¿Quién ha dicho que yo no quiera?

—¿Cuándo ha pasado esta conversación de ser algo genérico a volver a tratar sobre nosotros?

No me responde, y nos quedamos los dos tumbados en el césped, mirándonos a los ojos. Pero la situación es muy diferente a la de hace un rato. Tyler alarga su brazo, con mucha prudencia, hasta que las yemas de sus dedos acarician mi mejilla. Se lo permito porque... porque no podría no hacerlo aunque quisiera. Cuando llevamos ya mucho tiempo al sol, se levanta y me tiende la mano para que yo también lo haga.

Caminamos de vuelta hacia mi apartamento y, a mitad de camino, volvemos a cogernos las manos. Como en Ohio. Como si no hubiéramos pasado una semana de infierno entre medias.

Ya delante de mi portal, Ty decide hablar.

—No sé qué importancia tiene el sexo en el amor. No sé si una relación entre nosotros, sin sexo, será imposible. O si seremos unos pioneros y acabaremos escribiendo un artículo sobre las relaciones sin sexo y lo felices que son las personas que las practican. Sé que yo no puedo tener sexo, aunque te juro por mi madre que te deseo más de lo que jamás he deseado a nadie. Y también sé, por encima de eso y de cualquier otra cosa que haya sabido en toda mi vida, que estoy enamorado de ti. Tan enamorado de ti que necesito pasar a tu lado cada segundo. Y que, si vuelves a alejarte de mí como esta semana, creo que me moriré.

Un beso sella su declaración, la que jamás esperé oír de sus labios. Y sella también el comienzo de algo que no sé si es la mejor idea de mi vida o un camino sin retorno hacia el desastre. Lo único que sé es que no tengo elección. Está tan metido bajo mi piel que volver a alejarlo no es una opción.

La primavera de mi vida

Siempre he escuchado que la felicidad plena no existe. Que debemos conformarnos con una sucesión de momentos felices intercalados con una rutina normal y algunos momentos bajos. Y, también, que, cuando vivimos un momento especialmente feliz de nuestra vida, no somos conscientes hasta que pasan los años y recordamos con nostalgia tiempos mejores. Solo han hecho falta tres meses para que esas dos afirmaciones vuelen por los aires. Sí, es posible que la felicidad plena exista y, lo que es aún mejor, que podamos ser conscientes de ella en el momento exacto en que la estamos viviendo.

La primavera llegó a Manhattan como todo lo que ocurre en esta ciudad. Arrollando y por sorpresa. En un par de días, pasamos de las bufandas de lana y las maldiciones cuando la calefacción del apartamento no funciona a las sandalias y a echar de menos haber alquilado un estudio con aire acondicionado.

Y, en medio de todos esos cambios, él. Él y yo. Como una pareja rara, disfuncional y difícil de comprender para los demás, pero que, entre nosotros, encaja como dos piezas de un puzle que llevan toda la vida buscándose.

Abril se nos escapó entre citas y palabras. Citas en las que nos fuimos descubriendo, conociéndonos, explorándonos. Palabras que hablaban de quiénes fuimos y quiénes queríamos ser. Los secretos de Ty seguían a buen recaudo, pero era imposible tenerlo presente viendo cómo se entregó a lo nuestro. Con toda su alma, con caricias que me devolvieron la confianza que un día había perdido y con besos que me decían que habíamos tomado la decisión correcta. Porque sí, podíamos no tener sexo, pero los besos habían quedado fuera del trato.

En mayo nos convertimos en dos locos frenéticos, para los que no era suficiente pasar once horas diarias juntos, trabajando codo con codo, sino que necesitábamos, además, escaparnos en cuanto las obligaciones laborales nos lo permitían. Si nuestros compañeros no se dieron cuenta de que, *casualmente*, siempre hacíamos al mismo tiempo la pausa para comer, será porque no

quisieron verlo. O quizá porque no creían que yo fuera el tipo de mujer con la que saldría un tío como Ty. Sí, esos pensamientos aún me rondaban la mente alguna vez.

Los fines de semana recorriamos Nueva York como dos turistas. O, mejor dicho, como si yo fuera una turista y él un guía de excepción, que me enseñó cada rincón de la ciudad que había ido conociendo en sus nueve años en Manhattan. Hazel se nos unía de vez en cuando y, juntas, acabamos también arrastrando a Tyler a todas esas inauguraciones a las que me invitaban entre semana.

Fue un mes de dormir muy poco, pero de sonreír mucho. De disfrutar. De reír a carcajadas hasta que la tripa nos dolía. De besarnos como dos adolescentes, en medio de la calle, del parque o de la redacción, bien escondidos en rincones donde nadie podría descubrirnos. De besarnos porque no podíamos no hacerlo. Así de simple.

En junio descubrí que Nueva York sí tiene verano. Una ola de calor pasó por la ciudad a mediados de mes, y la única cosa que fuimos capaces de hacer durante esos días fue tirarnos en Central Park durante todas las horas que no estábamos en la redacción, disfrutando del silencio y la sombra de los árboles. Seguíamos saliendo más noches de las que nuestros cuerpos se podían permitir, pero ni siquiera estábamos cansados. Era como si nos insufláramos energía al mismo tiempo que la consumíamos. Aunque no la consumiéramos de la manera tradicional en que lo hacía una pareja, vaya.

No todo era perfecto, pero lo parecía. Lo parecía tanto que se nos olvidaba que, muchas noches, los dos sentíamos que nos faltaba algo. Al menos, yo lo sentía. Noches en mi sofá, besándonos, con mis manos en su culo, las suyas acariciando mis pechos, su lengua perdida en la piel de mi cuello... Noches que acababan de forma abrupta a veces, cuando Ty sentía que nos podíamos descontrolar. O de forma suave, cuando una mirada nos decía que estábamos a punto de rebasar un límite que los dos teníamos muy claro que era la línea roja de lo nuestro.

Los dos lo teníamos muy claro, pero solo Tyler sabía por qué. Y eso se me hacía cuesta arriba a ratos. Lo hablábamos, porque desde el primer momento tuvimos muy claro que lo hablaríamos todo. Todo... menos lo que Ty seguía sin contar. Él me pedía tiempo y yo se lo daba, porque sabía que algún día sería capaz de liberar sus demonios. Me repetía que, si existían los amigos con derecho a roce, por qué no podían existir también los novios sin deber de

roce. Me gustaba oírlo decir aquello, me gustaban los desafíos, y el propio concepto de nosotros era el mayor desafío al que jamás pensé que me enfrentaría.

18

Te mereces un amor que te quiera despeinada

Con el comienzo de julio, el ritmo de trabajo en la redacción se enrarece un poco. Como la audiencia en verano suele ser peor que el resto del año, los jefes insisten en que todos los trabajadores cojamos nuestras dos semanas de vacaciones a lo largo de julio y agosto. Casi todos los compañeros querían sus días en agosto, así que Tyler y yo no tuvimos demasiado problema en quedarnos con la segunda quincena de julio para nosotros. En la reunión en que cuadramos los turnos, hubo muchas sonrisas y comentarios socarrones cuando fue evidente que hacíamos coincidir nuestras vacaciones, pero nosotros nos limitamos a sonreír, sin confirmar ni desmentir nada. En realidad, creo que no hacía falta que lo hiciéramos.

Pasamos los primeros días de julio trabajando más horas de lo razonable, para dejar cerrado todo lo que no vamos a poder hacer durante esas dos semanas en las que no podemos dejar de pensar. No tenemos ningún plan especial, y eso es precisamente lo más especial del plan. Durante semanas pensamos en posibles alternativas. Yo quería que nos fuéramos a Los Ángeles y enseñarle a Tyler la ciudad. Había estado un par de veces para jugar partidos durante su época universitaria, pero apenas había conocido algo más que el campus de UCLA y el aeropuerto. Además, Hazel también viajará esos días a casa de mis padres, y me parecía una oportunidad de oro de pasar dos semanas de relax absoluto a la orilla del mar. A Ty no parecía apetecerle demasiado el plan. Decía que en Los Ángeles haría demasiado calor y que no hay nada que odie más en el mundo que la playa. Así que... lo dejamos pasar.

También pensamos en irnos a Ohio, donde habíamos estado un par de veces más después de aquella primera visita que me enamoró de Riverport. Pero, por alguna extraña razón, tampoco acababa de apetecernos. Barajamos otros viajes, otros destinos, pero no conseguíamos ponernos de acuerdo. Hasta que, una tarde calurosa que pasamos viendo una película en mi apartamento mientras esperábamos a que Hazel saliera de una audición para irnos los tres

juntos a tomar algo, nos dimos cuenta de que no era un problema de apatía. Que realmente ningún plan nos apetecía demasiado porque no queríamos distracciones. Solo queríamos estar juntos y no habría ningún lugar más especial para hacerlo que nuestro hogar. Y nuestro hogar es Nueva York.

||

El catorce de julio salimos de la redacción de *Millenyal* con la sensación de que el peso de la responsabilidad ha volado de nuestros hombros. Creo que, en este momento, podrían llamarnos para decirnos que acaban de casarse en secreto Donald Trump y Hillary Clinton que nosotros fingiríamos no habernos dado cuenta y dejaríamos que otro cubriera la noticia.

Lo primero que hacemos en cuanto ponemos un pie en la acera es lanzarnos uno a los brazos del otro, abrazarnos y dejarnos la vida en un beso que sabe a verano y a libertad.

Nos vamos a mi apartamento a toda prisa, porque Hazel se marcha hoy mismo a Los Ángeles, y queremos despedirnos de ella. La achuchamos durante un buen rato, y ella nos hace prometer que haremos todo lo que ella haría. No es que mi mejor amiga acabe de entender demasiado bien el estatus de mi relación con Ty.

—¿No vas a ir a tu apartamento a por tus cosas? —me atrevo a preguntarle, cuando ya casi es de noche, después de pasar la tarde medio adormilados en mi sofá. Lo cierto es que el apartamento de Ty es otro de esos *secretos* que no acabo de entender. Sé que vive por la zona de Murray Hill, bastante cerca del trabajo, pero jamás he estado en su casa ni él ha hecho amago de invitarme, pese a que, muchas veces, resultaría más cómodo que pasáramos tiempo allí que en mi exilio de Brooklyn.

—¿A por mis cosas? —me responde, extrañado.

—Supongo que necesitarás algo más de ropa si vas a pasar aquí dos semanas —bromeo, aunque, en realidad, lo que más me gustaría sería que las pasáramos desnudos. Son ya más de tres meses juntos y las ganas me vencen.

—Ah... Ya... —lo escucho balbucear y me preocupo—. Pensaba irme a dormir a mi apartamento.

—¿Cómo? —Me incorporo de golpe en el sofá y el bol de palomitas que estábamos compartiendo se tambalea hasta derramar su contenido sobre la alfombra—. ¿No vas a quedarte aquí?

—No pensaba, la verdad —me responde, mirando al suelo y pasándose la mano por la nuca, en un gesto que ya he aprendido a reconocer como un signo de que está nervioso. O, mejor dicho, de que hay algo que no quiere decirme.

—Pero... habíamos hablado de pasar las dos semanas juntos en mi apartamento.

—Holly, yo...

—¿Dormir también queda fuera de las opciones? —le pregunto en tono suave, aunque por dentro siento la frustración creciendo.

—No me gusta dormir con gente.

—¿Con gente? ¿Yo soy *gente*?

—Joder, Holly, no me malinterpretes. No me siento cómodo, eso es todo.

—Flipo.

No soy capaz de decir nada más, porque lo último que me había imaginado en el mundo era que empezaríamos las vacaciones con una discusión, pero no puedo evitar estar enfadada. Muy enfadada. Voy a la cocina, cojo un vaso de agua helada y me lo bebo con calma, intentando tragarme el disgusto. Escucho los pasos inseguros de Ty un momento antes de notar sus manos en mi cintura, abrazándome desde atrás, y sus palabras susurradas en mi oído.

—No te enfades, por favor. Ya te dije que no iba a ser fácil.

—¿Fácil, Ty? Hace unos meses, yo no me podía plantear ni darme un beso con un chico. Desde que tú y yo... estamos...

—Estamos juntos —me dice, con una seguridad que me abruma.

—Pues eso. Desde entonces, he sido capaz de ir superando muchos miedos. ¿Crees que para mí fue fácil que me vieras recién levantada, sin un kilo de maquillaje y sin peinar? ¿O que me tocaras donde un día juré que nadie volvería a tocarme?

—No. Supongo que no —reconoce.

—Pero lo hice por ti. No, no es verdad. Lo hice por nosotros, por los dos. Para avanzar. Dime qué has hecho tú para que demos pasos adelante —le reprocho.

—Es que yo no sabía que teníamos que avanzar. Siempre hablamos de este tipo de relación. Sin sexo, sin ese tipo de intimidad.

—¡Por Dios, Tyler! ¿Te parece que no es sexo todo lo que hacemos? Cuando me metes la mano dentro de las bragas, ¿no es sexo? Ni siquiera sé cómo puedes aguantarlo...

—Con mucha mano izquierda.

—Muy bien, Ty. Pues te felicito por tu mano izquierda, pero yo no la tengo. Yo necesito más.

—No... Si lo decía porque soy zurdo.

Me quedo un segundo mirándolo con incompreensión, hasta que entiendo su comentario y estallo en una carcajada. Él se une a mí, me abraza y me pide perdón al oído.

—Yo no quería avanzar, Holly. Me parecía perfecto tener una relación con una persona de la que estoy enamorado sin tener que hacer nada que no quiera.

—¿Pero...?

—Pero resulta que sí quiero. Quiero, pero no puedo. —Me roba el vaso de agua, bebe un poco y, a continuación, se pasa la mano por la cara en un gesto de frustración—. Dame tiempo, ¿vale?

—¿Más tiempo?

—Holly, han pasado poco más de tres meses. Te admiro por haber sido capaz de reponerte de todo tan rápido, pero, para mí, tres meses no es tiempo suficiente ni para empezar a planteármelo.

—Vale. Lo... lo entiendo, supongo.

—Me voy a casa.

—¿Ya?

—Sí. —Me mira fijamente durante un rato—. Ahora mismo, estoy muy enfadado conmigo mismo. Necesito pasarlo a solas. Odiarme un rato y volver aquí mañana para empezar, *de verdad*, nuestras vacaciones. ¿Te parece bien?

—Me parece bien. —Me permito sonreírle, y lo acompaño a la puerta.

Por suerte, el cansancio me impide darle demasiadas vueltas a la cabeza cuando me meto en la cama y, a primera hora del sábado, me despierto envuelta en los brazos de Tyler, que, sin sacarse la ropa ni los zapatos siquiera, se tumba junto a mí.

—Hazel me pasó su llave sin que te enteraras —me susurra al oído, mientras yo me desperezo y abro los ojos poco a poco.

—Buenos días.

—Perdóname por ser tan imbécil. Solo puedo decirte que no voy a ser tan idiota como para no verte despertar cada mañana. Te juro que trabajaré por solucionar mis mierdas, ¿vale?

—Vale.

—¿Esto es tuyo? —me pregunta, y yo tengo que entornar los ojos para saber a qué se refiere. Cuando enfoco, con dificultad, veo que tiene en sus

manos mis gafas, que son horrosas, por cierto, y que solo utilizo en la cama para leer y unos minutos por la mañana hasta que me pongo las lentillas.

—Ajá.

—Estás un poco ciega, ¿no?

—Déjame en paz —protesto, aunque me da la risa, y me doy la vuelta para taparme la cabeza con la almohada.

—Mira por dónde, resulta que tú también guardas tus secretitos.

—Ya ves. —Me levanto de la cama, de camino al cuarto de baño—. Voy a darme una ducha.

—¿La encontrarás sin esto?

—Me pondré las lentillas antes, no vaya a ser que me confunda e intente ducharme en el frigorífico.

—¿Para qué te vas a poner las lentillas si no vamos a salir de casa en todo el día?

—Porque... bueno, siempre lo hago.

—Pues no lo hagas hoy.

—¿Te das cuenta que me pides a mí que me deshaga de mis complejos y tú no lo haces con los tuyos?

—¡Pero si a mí me has visto con gafas cuarenta veces!

—Sí, pero tú eres uno de esos tíos a los que las gafas les añaden atractivo y yo soy la cuatro ojos del colegio.

—¡Qué equivocada estás! Tú eres mucho mejor que yo en todo, Hols... Solo falta que te enteres.

Me rindo, porque en el fondo me apetece hacerlo. Me apetece estar con él en pijama, con un moño mal hecho en lo alto de la cabeza y mis gafas del grosor del culo de una botella. Ser yo misma, ser nosotros, por más que una parte de Ty esté aún vetada.

Y así transcurren los días. Películas que no somos capaces de ponernos de acuerdo para elegir. Él siempre quiere grandes producciones al más puro estilo Hazel, y yo prefiero algo de cine europeo, para variar. Música que jamás pensaríamos escuchar, pero que lo hacemos porque es la favorita del otro. Yo me río de los discos de *country* de los que él me habla como si no se pudiera creer que no le encanten a todo el mundo, y él imita a Freddie Mercury con mi aspiradora en la mano cuando se harta de que le ponga Queen a todas horas. Recetas que compartimos, porque resulta que a Tyler se le da muy bien la cocina y los dos hemos descubierto que nos encanta hacer de pinche para el

otro. Noches que prolongamos hasta que Ty decide irse a su apartamento. Noches en las que yo respeto su lado de la cama, pese a que nunca ha llegado a ser realmente suyo.

Una mañana, Tyler aparece en mi apartamento con un gran paquete cubierto de papel de embalar. Yo lo miro extrañada desde el sofá, con una taza de café enorme entre las manos, pero él no suelta prenda y se limita a dejarlo en mi cuarto. Me levanto como una exhalación y, tras un par de súplicas innecesarias, me pide que lo abra. Desgarro el papel y me encuentro un cuadro enorme, como de un metro y medio por dos metros, con una ilustración que representa a Frida Khalo y, sobre ella, una sola frase: «Te mereces un amor que te quiera despeinada». Solo son ocho palabras, y ni siquiera es la primera vez que escucho o leo esa cita, pero, en el contexto de mi relación con Ty, lo significan todo.

Me lanzo a su abrazo y nos besamos. Nos besamos hasta que la situación se calienta y acabamos los dos tumbados sobre mi cama. Sus manos recorren mi cuerpo con una gula que, si no hubiera pasado por lo mismo cientos de veces, creería que va a acabar con las intenciones de Tyler de mantenerse célibe. Las mías se quedan quietas, porque me da pánico precipitar su alejamiento. Al final, soy yo quien rueda sobre el colchón y decido proponerle un plan fuera de casa porque la verdad es que me cuesta cada vez más mantener las manos lejos de su cuerpo. Echo un vistazo por la ventana y veo que, aunque apenas pasa de las nueve de la mañana, el sol luce en todo su esplendor en el medio del cielo. Doy un par de saltitos en cuanto se me ocurre la idea, pero decido callármela para darle una sorpresa a Tyler después de desayunar.

Preparamos café, algo así como un kilo de tortitas y unas lonchas de bacon. Le doy las gracias mil veces por el regalo, él me cuenta que lo vio hace unas semanas en el escaparate de una tienda de Chelsea y que le recordó a mí de inmediato, y lo celebramos con más y más besos.

Las vacaciones están siendo raras, sí. Quizá peores de lo que habíamos planeado. O de lo que yo me había construido en la mente, como si no supiera que tener expectativas demasiado optimistas sobre algo suele implicar más posibilidades de estropearlo. No se me pasó por la cabeza en todas esas semanas pensando en los días que tendríamos para nosotros solos que precisamente eso, el hecho de poder estar solos y sin responsabilidades veinticuatro horas al día, pondría de manifiesto esas carencias sobre las que

hemos construido lo que tenemos.

Me quito los fantasmas de la cabeza y decido irme a mi habitación para darle a Tyler una sorpresa. Rebusco en el fondo de mi cajón hasta que encuentro el único bikini que me traje de Los Ángeles a esta ciudad en la que nunca pensé que vería la playa. Me lo pongo en el cuarto de baño, después de darme una ducha, y me tiemblan un poco las manos al hacerlo. Nunca me he sentido cómoda mostrando mi cuerpo, y estoy a punto de hacer una aparición estelar ante Tyler con todos mis michelines, mis estrías y mis carnes flácidas ante sus ojos. Sonrío al darme cuenta de que, en realidad, me apetece hacerlo, y salgo al salón dando brincos y pronunciando el discurso que preparé en mi cabeza mientras me duchaba.

—Ya sé que me has dicho un millón de veces que odias la playa, pero... —le digo, a gritos, justo antes de aparecer ante él con los brazos extendidos, como si acabara de salir al escenario de un *talent show*—. No sabes cuánto puede echar de menos una chica de California darse un baño en el océano. Está un día precioso. ¿Me llevas a Coney Island?

—No. —Su respuesta tajante me sorprende, y hace que se me apague la euforia de golpe.

—¿No?

—No, Holly, te he dicho un millón de veces que odio la playa, joder —me espeta, con un tono de enfado en su voz que se me acaba contagiando.

—Joder, Ty, no me puedo creer lo egoísta que eres.

—¿Egoísta? Estoy dispuesto a hacer lo que quieras, siempre te pregunto qué te apetece...

—Pues me apetece ir a la playa —le respondo, chulita.

—¡Pues a mí no!

—¡Genial! —le grito.

—¿Sabes qué? Me largo a mi casa. Estoy hasta los cojones de que siempre tengamos que hacer lo que tú propones, de que quieras marcar los ritmos, de que me presiones para que demos pasos adelante en esta relación...

—¿¿Perdona?? ¿En qué momento hemos pasado de estar discutiendo por ver qué hacíamos hoy a que me reproches que te presiono?

—¡Es que es lo mismo! Yo sabía lo que quería, ¡joder! Me gustaba lo que teníamos. Lo hemos pasado de maravilla estos meses. ¡No sé por qué cojones tengo que estar ahora pensando en hacer cosas que no quiero hacer!

—¿Hablas de ir a la playa o de follar?

—No lo sé. —Deja de gritar y se limita a mirarme con una frialdad que me asusta—. Sé que esto no es lo que había pensado para las vacaciones. Solo quería estar contigo y tú... tú solo quieres que follemos, joder.

—¡Porque somos una pareja y llevamos juntos casi cuatro meses, Tyler!

—Estoy cansado. No me sale nada bien. No... ¡Me largo!

—¿Cómo dices?

—Me voy a mi casa. No...

—Ya, ya. Ya me lo sé. No es buena idea que te quedes estando cabreado.

—No. No lo es.

—¡Pues lárgate! —Me voy calentando por dentro hasta que le digo unas palabras que me destroza pronunciar. Y no sé si las digo porque estoy enfadada o porque quiero hacerlo reaccionar o porque prefiero ser yo quien tome una decisión que, si viniera de él, me rompería—. ¡Y no te molestes en volver!

19

Si eres capaz de perdonarme

—¿De verdad no quieres que vuelva a Nueva York? —me pregunta Hazel, preocupada, desde el otro lado del hilo telefónico.

—No, de verdad. No hace falta. Disfruta de tus vacaciones, dale a mi madre la ración de hija pródiga que le estoy negando y deja que yo me arrepienta aquí de no haber hecho las maletas y haberme marchado contigo.

—Sabes que tu padre te enviaría un billete de avión en quince segundos si decidieras venir a pasar aquí el resto de tus vacaciones, ¿no?

—Sí, pero necesito estar sola. De verdad.

—¿Estás haciendo algo más que comer helado y llorar delante de la tele?

—No —reconozco—. Dormir. A ratos.

—Joder, Holly, déjame que lo llame.

—¡No! Bajo ningún concepto. Si él no quiere hablar, que no hable.

—¿Sigues contando las horas desde que no sabes nada de él?

—No. —Setenta y seis—. No estoy tan pirada.

—No te lo crees ni tú. —La escucho ahogar una carcajada—. ¿Sabes? He estado pensando mucho y... creo que todo esto tiene que ver con su cuerpo.

—Sí, claro, eso también lo sé yo. Tiene que ver con el hecho de que quiero lanzarme sobre su cuerpo y follármelo hasta morir. Un pensamiento que es totalmente ilógico tener sobre el novio de una, al parecer.

—Estoy hablando en serio, Holly.

—¿Y qué va a pasarle, Haz? Ya has visto lo bueno que está.

—Quizá tiene un tatuaje de un conejito Playboy del tamaño de mi mano en pleno culo.

—Sí, o en el medio del rabo. Cuelgo, Hazel, se te está yendo la olla.

—Llámame si me necesitas, ¿vale? A cualquier hora, pase lo que pase. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Te quiero, pesada.

—Y yo más.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo. Mirándolo, e intentando vencer

la tentación de ponerme en contacto con Tyler. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuvimos más de tres días sin saber nada el uno del otro. Y, si no lo hago, si no lo llamo, no es por cabezonería ni porque siga enfadada con él, porque el enfado de verdad se ha ido diluyendo en la tristeza hasta el punto de que ya no sé dónde empieza uno y termina la otra o si son la misma cosa en realidad. Es porque no soportaría suplicarle, y sé que, si él da por terminada nuestra relación, como su silencio parece indicar, yo le suplicaría. Y mi autoestima no podría soportarlo. Esta vez no.

Suena un mensaje en mi teléfono y, como con cada uno de los que he recibido en estos días, se me sobresalta un poco el corazón. Pero no, no es Tyler, sino Hazel, que, pese a haber hablado conmigo hace cinco minutos, sigue insistiendo por WhatsApp. Y sé que lo hará hasta que esté segura de que estoy bien.

Hazel: «Por favor, dime que vas a estar bien. Estoy preocupada por ti y me siento culpable por estar lejos. Seguro que todo se arregla con Tyler, Holly, y va a ser todavía mejor que antes».

La madre de Hazel se suicidó cuando ella era pequeña, y sus dos hermanos mayores tienen problemas con las drogas desde que tiene uso de razón. Si no hubiera sido por un profesor de Literatura de su instituto, uno de esos centros escolares de Los Ángeles que siempre salen en los informes educativos a la cabeza del fracaso escolar y a la cola de la seguridad para los alumnos y los profesores, dudo que hubiera llegado a graduarse. Bueno, no lo dudo yo. Es ella quien siempre ha dicho que habría sido imposible. Pero, después de tontear con la mala vida un poco en la adolescencia, él la ayudó a conseguir lo que quería, que no era otra cosa que alejarse de aquel ambiente en el que todos parecían destinados a acabar muertos o en la cárcel. Y, al llegar a Stanford, gracias a una beca y a muchas horas de trabajos mal pagados, la casualidad quiso que nos conociéramos y que mi familia se convirtiera en la suya. Por eso tiene tanto miedo a que nos pase algo, a que estemos tristes o nos encontremos mal.

Holly: «Estaré bien, te lo prometo. Con o sin él. No veo cómo podríamos estar mejor de lo que hemos estado hasta ahora, pero bueno... Ya me conformo solo con volver a cómo estábamos hace unos días».

Hazel: «¿Que no podéis estar mejor? Por Dios, Holly. No teníais una relación normal. Funcionó un tiempo, pero estaba destinada a saltar por los aires».

Holly: «No sería normal, pero era especial».

Se me saltan las lágrimas al escribir ese último *whatsapp* porque una parte de mí siempre creyó que podía funcionar, que podíamos funcionar. Que el sexo no es tan importante, que no podemos dejar que domine nuestra vida hasta el punto de que, sin él, perdamos a las personas que queremos, las alejemos de nuestro lado. Pero, claro, luego está la otra parte de mí, la que no lo pudo soportar. No tanto la falta de sexo como la falta de información sobre los motivos.

El sonido del teléfono vuelve a interrumpir mis cavilaciones. Y mis lágrimas.

Hazel: «Y volverá a serlo, ya verás».

Holly: «Yo me abrí, Haz. Estaba cerrada con llave y me abrí. Soy una débil de mierda que, en el fondo, estaba deseando creer que sí merece que alguien se enamore de ella. Y él ha sido incapaz. Incapaz de enamorarse de mí e incapaz de acostarse conmigo».

Hazel: «Nunca has sido una cobarde, Holly, no empieces ahora».

Holly: «¿Y qué se supone que significa eso?».

Hazel no me contesta, al menos de inmediato, así que decido darme una ducha, que, con el disgusto de estos últimos días, no ha sido algo en lo que me haya prodigado demasiado. Aunque no me apetece nada, me obligo a lavarme también el pelo, a echarme crema hidratante al salir y a ponerme un chándal, que, por alguna razón, me parece una mejora sustancial con respecto al pijama habitual.

Cuando regreso al salón, veo que la pantalla de mi móvil parpadea, y me tomo unos minutos para prepararme un vaso de leche con galletas que me ayude a soportar la tercera sesión de terapia por cortesía de Hazel. Antes de salir de la cocina, rescato una tarrina de helado del congelador, para rendirme un poco más a la autocompasión de las setenta y nueve horas que llevo ya sin tener noticias de Tyler.

Cojo mi teléfono móvil y, entonces, mi corazón se debate entre quedarse parado en el medio de mi pecho o salir corriendo por las calles de Brooklyn.

Tyler: «Si eres capaz de perdonarme que sea un gilipollas y que me haya portado tan mal contigo, por favor, ven a mi casa esta noche. Ya está bien de secretos, ya está bien de mierda. En estos tres días me he dado cuenta de muchas cosas, pero la más importante de todas, con mucha diferencia, es... que te quiero. Te quiero muchísimo y me destroza no habértelo dicho antes.

Dime que no es demasiado tarde, por favor».

La primera confesión de Ty

No sé cómo he acabado en un taxi de camino a su casa. O, quizá, lo sé demasiado bien. Porque lo necesito. Porque lo quiero. Porque sé que no es un imbécil, aunque se lo haya llamado internamente un millón de veces en tres días. Porque sé lo difícil que es dejar atrás los miedos, aunque yo lo haya hecho mucho más rápido que él. Porque sé que no todos tenemos que curarnos a la misma velocidad de lo que nos duele. Porque su mensaje no ha sido solo palabrería. Y porque me da la gana.

Ni siquiera se lo he contado a Hazel. Solo le he respondido al propio Tyler, diciéndole que no sé dónde está su apartamento. Aunque no he querido que suene a reproche, él me ha respondido con un «joder, lo siento», acompañado de la dirección.

Me recibe vestido con un pantalón de chándal y una sudadera roja con capucha. No sé cómo deberíamos saludarnos, porque tampoco tengo muy claro cuál es ahora mismo nuestro estatus, si somos una pareja enfadada o una expareja intentando arreglar las cosas. Así que me limito a levantar la mano en un saludo un poco absurdo, antes de que él me dedique una sonrisa triste y me haga pasar al apartamento.

—Gracias por venir, Holly. No tenías por qué hacerlo. No, después de cómo me porté. —Tyler va directo al grano, como a mí me gusta, así que me giro para quedar cara a cara con él, y le devuelvo la sonrisa.

—Bonito apartamento. Juraría que los de *Millenyal* te pagan mucho mejor que a mí —le digo, un poco alucinada.

El piso de Tyler es algo así como el doble que el que yo comparto con Hazel. Es moderno, pero a la vez tiene un punto de calidez muy... masculina, supongo. Los marrones y los azules predominan en las paredes y en las cortinas, alfombras y cojines. Un salón con la cocina abierta, separada solo por un gran cristal, domina toda la estancia. Ty me enseña la habitación principal, con un cabecero de cuero pegado a una pared, un gran armario de cuatro cuerpos y un sofá junto al enorme ventanal de aspecto industrial. La otra

habitación la ha convertido en su despacho, con reproducciones de portadas de periódicos como única decoración, muy al estilo de las que hay en la redacción de *Millenyal*. Me confiesa que, cuando renovaron las que había antes allí, se trajo las antiguas para su casa. Bajo el ventanal, una cama individual con un edredón de flores desentona con la decoración general.

—Annie se empeñó en decorar su espacio dentro de mi casa —me explica, con una mueca de fastidio.

Un cuarto de baño pequeño dentro de su dormitorio y otro más grande en el pasillo completan mi visita guiada por su casa. Es preciosa, y creo que habría sabido reconocerla como suya en medio de una docena de pisos. Me hacen sonreír los pequeños detalles con los que lo identifico: la máquina de escribir antigua en una esquina de la mesa de su despacho, una pelota de fútbol muy gastada y con varias firmas dentro de una pequeña vitrina de cristal junto al sofá de su dormitorio, una gran foto del lago de Riverport en blanco y negro sobre el sofá del salón. Todo es tan Tyler que creo que me he enamorado de su apartamento casi de inmediato.

—¿Quieres tomar algo?

—No sé —dudo—. Creo que algo fuerte.

—¿Whisky?

—Por ejemplo.

Vuelve al cabo de un momento con dos vasos de whisky y una lata de Coca-Cola, aunque los dos decidimos tomarlo solo. Me apoyo en el respaldo del sofá, en el extremo contrario a donde está él, y echo de menos su calor, aunque haga ya más de tres días que no lo siento.

—Holly, yo... sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada.

—No, no lo tienes. —Me recupero de la impresión de volver a verlo, y decido levantar un poco mis defensas, porque tampoco creo que se merezca mi rendición incondicional a la primera.

—Lo sé. Por eso, solo me queda suplicar.

—¿Suplicar qué? —le pregunto, con voz suave.

—Que me des tiempo.

—No. —Espero que mi tono de voz sea todo lo tajante que refleja mi pensamiento, porque Ty me pidió tiempo hace meses, se lo di y no he visto ningún avance.

—¿No? —Juro que percibo en su voz un tono de desolación, pero su petición me ha enfadado y no me dejó ablandar.

—Pedirme tiempo es tu excusa perfecta para no hacer nada. Es lo que me has demostrado estos meses.

—Vale. Tienes razón. Me he explicado mal. Te pido... ir poco a poco.

—¿Y qué diferencia hay entre eso y pedirme tiempo?

—Que no te puedo prometer contarte todos mis secretos de golpe porque... Joder, porque solo de pensarlo me dan taquicardias, ¿sabes? Pero sí te prometo... te juro que, si vamos poco a poco, te lo contaré todo.

—Sigo sin verlo claro, Ty. Lo he pasado fatal...

—Lo sé. Y lo siento. Lo único que puedo asegurarte es que lo sabrás todo. Pronto. Muy pronto. Le he dado muchas vueltas en mi cabeza estos días a cómo contártelo, y no quise escribirte hasta que lo tuve claro, aunque me ardía el teléfono en la mano por hacerlo. Sé que me va a resultar difícil, pero...

—¿Pero...? —susurro, después de que el silencio sea más largo y más denso de lo que puedo soportar.

—Pero más difícil es imaginar una vida sin ti.

—Pensé que se había acabado —le confieso, y la voz se me entrecorta, al tiempo que una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Déjame compensarte, por favor. —Tyler se acerca a mí, me seca la cara con la yema de su dedo pulgar, y me abraza. Al principio, mi cuerpo responde con tensión, pero enseguida recuerda que está en casa, y mi cabeza se relaja contra su pecho—. Te demostraré cuánto te quiero y cuánto significas para mí. ¿Trato?

—Trato. —Es lo único que acierto a responderle.

—¿Amigos?

—Siempre. —Me da un beso lento y un poco perezoso para sellar el compromiso.

—¿Empezamos hoy?

—¿Hoy?

—¿Te quedas a dormir?

Asiento, aunque aún queda mucho por avanzar. Acabamos nuestras copas en silencio, y Ty me ofrece algo de comer. Llevo todo el día engullendo, así que le digo que no, y él me da una mano para dirigirme a su dormitorio.

—Puedes ponerte esto, si quieres.

Me pasa un pantalón de deporte de algodón y una camiseta gris de manga corta.

—¿Te importa usar el cuarto de baño del pasillo? —me pregunta,

sonrojado, cuando me dirijo hacia el de su dormitorio para cambiarme.

Niego con la cabeza, porque quiero darle confianza, seguridad. No sé muy bien cómo me siento, pero sí sé lo que es vivir llena de temores, así que hago lo que me pide. Cuando regreso a la habitación, él ya está en su lado de la cama, muy pegado al borde, así que lo imito y hago yo lo mismo en el otro extremo. Asumo que tocarnos queda fuera del plan e intento transmitirle mi aceptación con una sonrisa. Él me la devuelve y apaga la luz de su mesilla, que era la única que permanecía aún encendida.

Pensé que tardaría horas en coger el sueño, con la emoción de volver a tener a Tyler a mi lado y con el miedo a hacer algo que vuelva a precipitar que él se encierre en sí mismo. Pero no. La falta de sueño de los últimos días puede conmigo a los pocos minutos de meterme en la cama, y no despierto hasta que Ty, en cuclillas, me susurra un «buenos días» que se convierte de inmediato en mi forma favorita de despertar en toda mi vida. Me pasa una taza de café y me la bebo en la propia cama, esperando a que él haga el siguiente movimiento.

—Son más de las once. Eres la persona más perezosa que he conocido en toda mi vida.

—A lo mejor es que me quitas el sueño tan a menudo que, cuando no te viene el trastorno bipolar, tengo que aprovechar para dormir —lo pincho, y él me responde con una mueca socarrona.

—¿Qué te apetece hacer?

—No sé. Pensé que tendrías algo planificado.

—Y lo tengo. —Me sonrío con suficiencia—. Pero no hasta dentro de unas cuantas horas.

—Mmmm... Qué misterioso. ¿Me llevas de compras? —le pregunto, entrecerrando los ojos, lo que me hace recordar que he dormido con las lentillas puestas.

—Me vas a hacer sufrir para ganarme tu perdón, ¿no?

—Un poquito. —Le saco la lengua y cojo mi ropa de ayer antes de dirigirme al cuarto de baño grande. Él asiente en mi dirección, y sé que está reconociéndome el gesto—. También debería pasar por mi casa a coger algo de ropa, líquido de lentillas y esas cosas.

—Vale.

Pasamos la mayor parte del día paseando por Madison Avenue y por el distrito Flatiron. Obligo a Tyler a entrar en más tiendas de las que estaría

dispuesto a soportar si no estuviera pagando su penitencia y, al final, le hago una pequeña visita guiada por la nueva colección de mi madre, en una de sus tiendas principales, al pie del edificio Chrysler. Ty acaba comprándose un par de camisas y una bufanda, no sé si por congraciarse conmigo, con mi familia o porque realmente le han gustado. También entramos en el hall del Chrysler, a disfrutar de sus pinturas art decó y de esa decoración de principios del siglo veinte que me vuelve loca desde la primera vez que lo visité con mis padres, hace ya muchos años.

A media tarde, Tyler me dice que deberíamos ir marchándonos hacia el plan misterioso que tiene pensado para esta noche. Cogemos su coche en un garaje a dos manzanas de su apartamento y, tras una breve parada en el mío para aprovisionarme de las cosas necesarias para irme unos días al piso de Tyler, enfilamos la FDR Drive en dirección al norte de la ciudad. Cruzamos el Hudson por el puente George Washington y, poco a poco, los rascacielos y el bullicio van convirtiéndose en urbanizaciones de casas bajas y grandes zonas verdes.

—¿No me vas a contar a dónde vamos?

—Impaciente.

—Sí, mucho —refunfuño.

—En una hora, más o menos, lo descubrirás.

Dedico el resto del trayecto a hacerle preguntas a Tyler para intentar deducir a dónde nos dirigimos, pero o él está muy entrenado para resistir un interrogatorio o yo no tengo las dotes de convicción que creía.

Algo después de las siete de la tarde, tras atravesar un par de veces los límites entre los estados de Nueva York y Nueva Jersey, Tyler toma el desvío hacia el pueblo de Warwick.

—¿Qué hay en Warwick? ¿Qué hay en Warwick? —insisto, con voz de niña pequeña.

—Mmmm... Algo que solo queda en otros trescientos pueblos de Estados Unidos, más o menos. Parecen muchos, pero te aseguro que es algo bastante exclusivo.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

No me responde con palabras. Lo hace señalando un gran cartel que indica el acceso al autocine de Warwick. Abro los ojos como platos, y siento cómo se me humedecen un poco.

—¿Me has traído a un autocine?

—Dijiste que era algo que siempre habías querido hacer —me responde, encogiéndose de hombros con timidez.

Conduce el coche hasta la taquilla, donde entrega unos justificantes de reserva que ya traía impresos. Para también en el autoservicio de bebidas, y compra una cantidad indecente de palomitas y refrescos. Cuando al fin aparca, yo ya no puedo dejar de saltar sobre mi asiento.

—¿No me vas a preguntar cuál es la película?

—¡No! ¡Es que me da igual! Solo quiero estar aquí. —Miro a mi alrededor, fascinada—. ¡Me encanta!

—Es *Casablanca*.

—¡No! ¿¿En serio??

—En un artículo sobre cine clásico, la calificaste como «la única imprescindible».

—Doy demasiada información sobre mí misma en mis artículos.

—Yo no la he visto, así que...

—¿No has visto *Casablanca*?!

—Creo que no he visto ninguna película en blanco y negro.

—Eres un ignorante de la vida.

—Un ignorante de la vida que piensa meterte mano durante toda la película —me dice, justo cuando empiezan los títulos de crédito, y yo lo hago callar con un manotazo. Aunque... no es que no quiera que cumpla su amenaza, claro.

Casi dos horas, algunas lágrimas y unos manoseos nada inocentes después, vemos cómo Ilsa y Rick se despiden en el aeropuerto de Casablanca. Me vuelvo hacia Tyler, y veo que intenta, en vano, disimular que la película lo ha dejado un poco tocado.

—¿No podías haberme avisado de que acaba mal?

—Pero ¿cómo que acaba mal? —le reprocho—. Acaba con Rick sacrificándose para salvar al amor de su vida.

—Para que se vaya con otro.

—No es con *otro*. ¡Es con un héroe de la resistencia!

—Lo que quieras. Un *pringao*.

Nos da la risa a los dos, y salimos del recinto para regresar a Nueva York. En cuanto entramos en la carretera principal, la oscuridad se cierne sobre el coche. Solo las luces del salpicadero iluminan nuestras caras e, incluso antes de que él empiece a hablar, sé que es el momento perfecto para las confesiones. Cuando lo oigo carraspear, me giro ligeramente en mi asiento,

para poder verle la cara, aunque sea entre sombras veladas.

—¿Estás preparada para escuchar la primera parte de mi historia?

—¿Estás tú preparado para contármela? —Le acaricio la mejilla con la palma de mi mano, y le sonrío, deseando con todas mis fuerzas infundirle ánimos con el gesto.

—No. —Se le escapa una carcajada ahogada—. Pero es la única manera de tener una oportunidad contigo. Y, aunque parezca difícil de creer con la cantidad de gilipollices que he hecho, daría cualquier cosa por tener una oportunidad contigo.

—Te quiero, Ty.

—Joder. Y yo a ti. Muchísimo.

Baja la cabeza, y me sorprende haber llegado a conocerlo tan bien. Está muy nervioso, y un ligero temblor en sus manos confirma mis sospechas. Me quedo muy quieta, porque no quiero romper el momento, esa reflexión que necesita antes de confesarme sus demonios.

Una vez más, y van muchas en las últimas semanas, lamento no ser capaz de hacerle entender que nada de lo que haya en su pasado podrá hacer que lo quiera menos. Que deje de estar enamorada de él. Aunque me falten datos de su biografía, esos que él, voluntariamente, ha decidido ocultarme, sé que es imposible que haya hecho algo tan horrible como para que mis sentimientos desaparezcan. Quizá solo sea un palpito, quizá es lo que mi corazón quiere creer, pero lo que es un hecho es que no estoy ni un poco nerviosa ante su confesión.

—Hubo una chica —empieza, y a mí ya solo me queda escuchar—. Donna. Fue mi novia... toda la vida. Yo era el capitán del equipo de fútbol del instituto y ella era la jefa de las animadoras. ¿Crees que puede ser todo un poco más tópico? —Los dos sonreímos, aunque no se me escapa la amargura en el gesto de él—. Fuimos los reyes del baile de graduación. Todo el mundo nos admiraba, nos quería. Llevábamos siendo los más populares desde que éramos unos críos. Yo soñaba con tres cosas en la vida: jugar en la NFL, convertirme en periodista deportivo cuando me retirara del fútbol y pasar el resto de mi vida con Donna. Ni siquiera me había acostado nunca con otra chica. De hecho, salvo un par de besos sin lengua en el colegio, no había besado a otra chica. Siempre fue ella. Desde que teníamos trece años.

»Cuando nos graduamos, Donna me siguió a Nueva York. Yo iba a estudiar Periodismo en Columbia, y ella Arquitectura en la Universidad de Nueva

York. Ella cumplió dieciocho años a las pocas semanas de llegar a la ciudad, y yo me gasté todo lo que había ahorrado trabajando de camarero los tres veranos anteriores en comprarle un anillo en Tiffany's. La subí a lo alto del Empire State, me arrodillé y le pedí que se casara conmigo. Me dijo que sí, y decidimos que lo haríamos en cuanto nos licenciáramos. Ahora que lo recuerdo... joder, parece el argumento de un telefilme romántico cutre.

»En la facultad me iba bien, y en el equipo... mejor. Tuve suerte. Cuando entré, las estrellas del equipo eran dos hermanos gemelos, Travis y Preston Sullivan, pero uno de ellos se lesionó, y el otro decidió dejar el fútbol al tener que retirarse su hermano. Cuando me quise dar cuenta, estaba jugando muchísimos más minutos de los que nunca soñé en mi primer año. Donna me seguía a los partidos, a todas partes... Cada año era mejor. Me convertí en el capitán del equipo, nos invitaban a todas las fiestas... Nos comíamos la puta ciudad, Holly.

—¿Estabas enamorado de ella? —me atrevo a preguntar.

—Si me hubieras preguntado eso hace cinco años, o diez, te habría contestado sin dudar que estaba loco por ella.

—¿Pero ahora ya no?

—Tardé años en entender que aquello no era amor. No al menos como el que siento por ti. —Se me dibuja una sonrisa que nada, ni siquiera el dolor que sé que está pasando, es capaz de borrar—. Aquello era éxito. Era algo tan superficial como ser el mejor de la clase en la facultad, ser el mejor jugador del equipo, tener el mejor coche... No sé explicarlo. Ella era la mejor. La más guapa, la más inteligente, mi chica de toda la vida. Tenía que ser mi mujer.

—¿Y qué pasó?

—Pasó el día que me cambió la vida. Y ella no pudo soportar seguir a mi lado. Aguantó un año, y después me destrozó.

Nos quedamos los dos en silencio. Él, porque debe de haber agotado las fuerzas para exorcizar sus recuerdos. Yo, por lo abrumada que me siento por todo lo que acabo de escuchar. Jamás imaginé que hubiera una mujer en el pasado de Tyler. Una importante, que lo marcara. Siento una especie de celos extraños, no porque dude de sus sentimientos hacia mí, sino por la envidia de saber que ella compartió con Ty una etapa de su vida que yo jamás podré vivir a su lado. Pero, al mismo tiempo que me impacta que todo esto tenga que ver con otra mujer, sé que hay más, mucho más, que todavía no ha dicho. *El día que cambió mi vida*. Esas seis palabras reverberan en mi cabeza sin que

pueda evitarlo, pero la visión de Ty, sentado junto a mí en el coche, con manos temblorosas y gesto crispado, hace que no insista.

—No me lo vas a contar todavía, ¿verdad?

No me responde. Solo niega con la cabeza, con la mirada perdida en el vacío y un rictus serio que no ha perdido en toda la conversación. Me acerco a él, le revuelvo el pelo con mi mano y le doy un beso lento en la mejilla, sin permitirle apartar la vista de la carretera. Un beso que me encantaría que le transmitiera todo lo que ni sé decir con palabras ni estoy segura de que él quiera escuchar.

Apenas media hora después, me deja frente al portal de casa. He sido yo quien se lo ha pedido, y sé que, aunque jamás lo reconocería, él me lo ha agradecido. Sí, el plan era que me quedara en su casa los días que nos quedan de vacaciones, pero lo conozco lo suficiente como para saber que necesita rumiar en silencio todo lo que ha decidido sacarse de dentro.

Quedamos en vernos mañana. Él me dice que me recogerá a las seis de la tarde en mi casa, y yo me limito a asentir con la cabeza, antes de despedirnos con un beso rápido y una mirada que dice más que las miles de palabras que estoy segura de que ambos guardamos dentro.

21

La segunda confesión de Ty

«Ponte guapa».

Esas dos palabras en un *whatsapp* son suficientes para que me pase más de dos horas plantada delante del armario de mi cuarto. Por más que le he insistido a Tyler en un par de llamadas y un millón de mensajes para que me amplíe un poco para qué me tengo que poner guapa, no consigo que suelte prenda. Al final, recuerdo un vestido negro de la colección primavera-verano de mi madre de hace dos o tres temporadas. Ella me lo regaló con la excusa de que era perfecto para cualquier ocasión, así que decido hacerle caso, dado que es una de las personas con más estilo del planeta –y no es una exageración–.

Lo deslizo sobre mi cuerpo y, para variar, me gusta lo que veo en el espejo. Es un vestido recto, que no es un corte con el que suela sentirme cómoda, pero la confección es perfecta, además de que mi madre se encargó de adaptármelo a medida y eso se nota. Me queda un poco ajustado en el pecho y las caderas, pero no marca nada de todo eso que yo siempre prefiero que esté a buen recaudo. Me dejo el pelo suelto, liso, pero en el último momento me pongo una diadema que Hazel me regaló por mi último cumpleaños y que nunca me había atrevido a usar. Me empeño a fondo con el maquillaje y, a las seis de la tarde, me siento en el sofá a esperar que Tyler llame al timbre.

Bajo las escaleras de mi edificio arrepintiéndome de no haber buscado un piso con ascensor. Ty me está esperando abajo y, con unos tacones que no estoy nada acostumbrada a utilizar, me da miedo aterrizar a sus pies por culpa de un tropiezo. Estoy a punto de hacerlo, al final, pero de la impresión que me llevo en cuanto lo veo.

Lleva un traje negro impecable, una camisa blanca y una corbata también negra con pequeños topes en color más claro, algo horterilla, pero que a él le queda tan bien como todo el resto del conjunto. Incluso se ha cortado un poco el pelo y lo lleva ligeramente engominado. Se me hace la boca agua, y juro por Dios que no es una frase hecha. Los dos nos sonreímos con timidez en cuanto

nos vemos.

—Estás increíble, Holly.

—Gracias... Tú... bueno, tienes espejos en tu casa. Ya habrás visto cómo estás. —Me da la risa ante mi propio ataque de sinceridad.

Nos subimos a un taxi que espera junto a la acera, y veo que enfila en dirección al centro de la ciudad. Me río un poco de Tyler por su aversión al metro, y él me responde que ni loco permitiría que fuera en metro con ese vestido.

—¿Hoy tampoco me vas a decir a dónde vamos?

—A un lugar que sé que te va a encantar.

—¿Juegas sobre seguro?

—Solo... es mi forma de demostrarte que, incluso antes de estar juntos, ya escuchaba todo lo que me decías y... y me apetecía cumplir tus sueños.

No se me ocurre nada que decir a la altura de sus palabras, así que me limito a sonreír y a pensar que ojalá él supiera que estar en este taxi junto a él, junto a alguien que me quiere y se esfuerza por hacerme feliz, ya se parece bastante al sueño de mi vida.

El taxi nos deja en pleno Broadway, muy cerca de Times Square, y Tyler me ofrece su mano para ayudarme a salir del coche. Antes siquiera de que pueda decirme qué es lo que tiene preparado para mí, veo la marquesina de uno de los principales teatros del Theater District, y me abrazo a Ty de un salto. Cinco enormes letras de neón anuncian el nombre de mi grupo favorito y una estatua dorada que representa a Freddie Mercury se eleva sobre la multitud que se agolpa a las puertas del teatro.

—¿Queen? —pregunto, ilusionada, y creo que me desmayaré si ahora me dice que no.

—Creo que una vez te quedaste sin poder ver un concierto tributo y me apetecía que te sacaras la espinita.

—¿Cuándo lo han estrenado?

—Pues sí que hemos contratado a alguien enterado para la sección de cultura —se burla.

—Venga ya. Llevo días desconectada de todo lo que tiene que ver con la actualidad. Sabía que estrenaban el musical de Queen a finales de julio, pero no había vuelto a acordarme.

—Hoy, para ser exactos.

—¿¿Hoy?? ¿Es la *première*?

—*Sip.*

—Pero... ¿a quién has matado para conseguir las entradas?

—He tenido que mover algunos hilos de *Millenyal*. Bueno, no te voy a mentir. *Muchos* hilos. —Se ríe y saca dos invitaciones del bolsillo interior de su americana—. Entradas de platea.

Un empleado del teatro nos separa un cordón rojo para que accedamos al interior, pasando por delante de los fans que esperan en la acera la llegada de las *celebrities* que acudirán al estreno. Tyler me dirige hacia la octava fila, que es donde se ubican nuestros asientos, y desde donde tenemos una vista privilegiada del escenario.

Cuando se apagan las luces, me meto de tal manera en el espectáculo que casi se me olvida que tengo a Ty sentado a mi lado. Casi. Chasqueo los dedos al ritmo de la música en *Crazy Little Thing Called Love*; muevo la cabeza compulsivamente cuando suenan *I Want It All* y *The Show Must Go On*; recuerdo el numerito de Tyler bailando en mi cocina con *I Want to Break Free*; pateo el suelo con mis tacones en *We Will Rock You* y *Another One Bites the Dust*; veo a Tyler emocionarse cuando suena *We Are the Champions*, que estoy segura de que le recordará a sus tiempos deportivos; me vengo arriba como una desequilibrada con *Don't Stop Me Now* y *Friends Will Be Friends*; agarro la mano de Ty cuando un solista interpreta *I Was Born to Love You* y *Somebody to Love*; y se me cae una lágrima, como siempre, con *Who Wants to Live Forever*. Para cuando llega el gran número final, con todo el elenco cantando *Bohemian Rhapsody*, ya debo de parecer un oso panda con toda la máscara de pestañas esparcida sobre mi cara.

Cuando salimos de nuevo a la noche de Manhattan, que hoy es especialmente cálida, yo soy algo a medio camino entre un niño de ocho años con un subidón de azúcar y una adolescente que se acaba de encontrar de frente con Justin Bieber. Tyler se ríe de mí, aunque acaba reconociendo que a él también le ha gustado mucho el musical. Voy bailando y tarareando *Don't Stop Me Now*, que puede que sea la canción más pegadiza de la historia de la música, cuando él me interrumpe para desviarme por una calle perpendicular a Broadway.

—¿A dónde me llevas? —le pregunto, aún con tono cantarín.

—¿Has estado en la High Line?

—Sí, una vez, con Hazel —le respondo, recordando una tarde que pasé con mi mejor amiga en esa antigua vía férrea reconvertida en uno de los

parques con más encanto de Manhattan.

—¿En la parte guay? —me pregunta, arqueando una ceja.

—¿Cuál es la parte *guay*?

—A la que te voy a llevar yo.

Llegamos en poco rato y ascendemos por el acceso de la calle Treinta. Aprovechando lo agradable de la noche, bastante gente está disfrutando de las increíbles vistas de la ciudad que hay desde este lugar, pero Ty me conduce a una zona despejada y nos sentamos en un banco. Se afloja la corbata y se quita la americana; la deja sobre el respaldo del banco, y yo libero mis pies de la dictadura de los tacones.

Nos quedamos en silencio, y Tyler posa su mano sobre la mía. Yo entrelazo los dedos y nos limitamos a disfrutar de la calma y las luces de Manhattan frente a nosotros.

—Gracias, Ty. No sé hasta cuándo vas a estar devolviendo los favores que habrás prometido para conseguir esas entradas, pero creo que es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida.

—¿Mejor que el autocine?

—Mmmm... Empatado. Como mínimo.

—Pues imagínate lo que te tendré preparado para mañana.

—Sabes que nada de esto es necesario, ¿verdad?

—¿No quieres que cumpla tus sueños? —me pregunta, con un tono a medio camino entre burlón y solemne.

—Aun a riesgo de parecer un cliché, que tú y yo consigamos estar bien, que superemos todo esto, sea lo que sea... eso ya sería un sueño cumplido.

Asiente en silencio, y sé que ha llegado el momento de que hable. Cojo su mano entre las mías, y dejo la mirada fija en el *skyline* de Nueva York.

—El otro día te dije que mi vida cambió de un día para otro.

—Sí —susurro.

—Cambió a siete kilómetros exactos de mi casa, en Ohio, en un lugar por el que paso cada vez que regreso. Un lugar por el que pasé contigo cuando fuimos juntos.

—¿Qué ocurrió? —me atrevo a preguntar.

—Era un sábado por la noche. Yo había conseguido unir un par de días sin clases ni entrenamientos con un fin de semana y me había ido a casa, para pasar tiempo con Annie. Hacía años que no pasábamos unos días los dos solos, como cuando éramos críos.

—¿Annie nunca salió de Riverport?

—No. Es en lo único que siempre fuimos muy diferentes. Mientras yo soñaba con recorrer el mundo, ella solo quería quedarse en el pueblo. Tener un trabajo normal, vivir con mamá, formar una familia... A veces me exasperaba que fuera tan conformista. Otras veces... la admiro más que nunca por ser así.

—¿Qué ocurrió aquel sábado? —me atrevo a preguntar.

—Annie y yo llevábamos tres días sin parar. Haciendo deporte todo el día y emborrachándonos toda la noche. El sábado, yo estaba reventado y decidí quedarme en casa, pero ella se fue a una fiesta en casa de unos amigos. Eran las dos de la madrugada cuando me sonó el móvil. Era Annie. Su mejor amiga iba a conducir esa noche, pero se tomó unas cervezas y Annie no quiso regresar con ella. Siempre ha sido muy responsable con esas cosas. —Una carcajada amarga resuena en la noche de Manhattan y, pese a que la temperatura es agradable, a mí se me pone la piel de gallina en anticipación de lo que voy a escuchar—. Cogí la camioneta de mi madre y fui a recogerla. A siete kilómetros de casa, un conductor borracho invadió nuestro carril y no pude hacer nada para esquivarlo.

—Ty... —La voz me sale rota.

—Lo recuerdo todo, ¿sabes? No perdí la consciencia en ningún momento. Dimos vueltas de campana, nos despeñamos por un terraplén, chocamos contra un árbol, contra otro... Una rama hizo estallar el parabrisas, otra se coló por una ventanilla. Fue como una pesadilla convertida en realidad. Por suerte, Annie se quedó inconsciente casi al momento. Bueno, en aquel momento no me pareció una suerte. Cuando el coche al fin paró, estaba seguro de que ella estaba muerta. No sé ni cómo fui capaz de llamar a una ambulancia, porque lo único que quería era morirme con ella.

»Se la llevaron rápido. Tardé muchas horas en saber que había sobrevivido, aunque nadie sabía si por mucho tiempo. Estuvo seis semanas en coma y sufrió algunos daños irreversibles. Como tú la viste... es lo mejor que podrá estar, salvo que la medicina avance de una forma asombrosa en los próximos años. Han sido cinco años de operaciones, fisioterapia y todo tipo de tratamientos para conseguir llegar a ese estado. Estuvo más de dos años en silla de ruedas. Cada vez que la veo, me parece un milagro que camine sin ayuda, sin muletas ni nada.

—¿Qué es lo que le pasa exactamente?

—Durante el accidente sufrió una conmoción cerebral muy grave. Le afectó a la movilidad de la parte izquierda del cuerpo. Tiene muy poca fuerza en ese lado, tanto en la pierna como en el brazo. Ha tenido que luchar muy duro para poder seguir con su trabajo, para ser independiente de nuevo. Pero lo ha conseguido. Es la mejor.

—La adoras, ¿no? —Oírlo hablar de su hermana, a pesar de todo lo que aún me queda por saber, me planta una sonrisa en el medio de la cara.

—Más que a nada en este mundo. Siempre estuvimos muy unidos, desde niños. Supongo que el habernos criado sin padre, con mamá trabajando todas las horas del mundo, hizo que aprendiéramos que teníamos que cuidar el uno del otro. Desde el accidente... nos unimos aún más. Aquella semana en que salí hacia Ohio sin previo aviso fue porque tuvo un ataque muy fuerte de migrañas. Le ocurre con frecuencia desde el accidente, pero ese fue de los gordos. Mi madre me llamó un poco desesperada y, aunque sabía que no podía hacer demasiado por ella, al menos quería estar a su lado.

»¿Sabes? Es curioso... Los dos nos sentimos culpables por lo que ocurrió. Ella, por haberme llamado aquella noche. Y yo, por no haber podido evitar el accidente. En realidad, los dos sabemos que no tenemos la culpa de nada, que fue una combinación de mala suerte con grandes dosis de la Ley de Murphy. Por Dios santo... mi hermana me llama porque su amiga se ha tomado dos cervezas y acabamos embestidos por un borracho. No sé... Nos queremos demasiado como para dejar que esas culpabilidades estropeen lo que tenemos.

La conversación sobre su hermana parece haber cambiado el humor de Tyler, que sonrío mientras me cuenta anécdotas de cuando eran pequeños y fechorías adolescentes escondidas a su madre con complicidad mutua. Lo escucho solo a medias, porque me duele saber que voy a quitarle la sonrisa de un plumazo con mi pregunta. Pero también siento que él necesita que sea yo quien la haga hablar, quien lo presione en la medida justa para no hacerle daño, pero no permitir tampoco que sus miedos lo alejen de la verdad.

—Ty, ¿qué te ocurrió a ti en el accidente?

Como la semana pasada, solo niega con la cabeza. Me da una mano para que me levante de mi asiento y paseamos hasta el metro. Hacemos el trayecto en silencio, me acompaña al portal de mi casa y me da un beso de despedida. No puedo evitar ver el miedo en sus ojos, la tristeza de los recuerdos, pero también, en el fondo, sé que veo brillar la ilusión de lo que estamos construyendo.

La tercera confesión de Ty

Aún es de noche cuando siento el colchón hundirse a los pies de la cama. Que Tyler siga usando la llave de Hazel para abrir la puerta algún día me provocará un infarto, pero, hoy, solo me produce ilusión.

—¿Qué hora es? —le pregunto con voz ronca.

—Las cuatro y media de la mañana.

—¿Has perdido el juicio?

—Sí. Por ti. —Se tumba a mi lado en la cama y me da un beso que me despierta de golpe. Al menos, a algunas partes de mi cuerpo—. ¿Tienes pasaporte?

—¿Qué estás tramando, Ty? —le pregunto, muerta de intriga.

—Responde a mi pregunta.

—Sí. Espera... debe de estar por aquí.

Después de encontrarlo, de una ducha rápida y de que Tyler me obligue a abrigarme, bajamos a la calle, donde su coche espera, mal aparcado, a pocos portales del mío. Conduce kilómetros y kilómetros, y solo acepta parar cuando le digo que es una urgencia de pis que no se puede posponer. Aprovechamos la parada para desayunar algo rápido, pero Ty me pone nerviosa, consultando su móvil cada quince segundos y repitiendo compulsivamente la palabra «vamos».

Es casi mediodía cuando atravesamos la frontera canadiense, pero eso no hace que Tyler se detenga. Seguimos rumbo un par de horas más allá de Toronto y, pese a que no hemos dejado de cantar, de hablar de tonterías y de bromear durante todo el trayecto, no he logrado que me confiese lo que tiene preparado.

—Tres y veinticinco de la tarde. Perfecto. —Hace un rato hemos entrado en un pequeño pueblo del que no he retenido el nombre, y Tyler aparca el coche cerca de lo que parece ser su calle principal—. Una sincronización perfecta. Coge toda la ropa de abrigo que puedas y vamos.

Al bajar del coche, el viento helado me golpea en la cara y me cuesta creer

que, en solo unas horas de coche, hayamos pasado de un cálido verano neoyorquino a algo que se parece bastante al invierno.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Tyler?

—Si el canal del tiempo no me ha fallado, y juro que, si lo ha hecho, los mataré a todos, estás a punto de ver la nieve por primera vez.

—¿Qué? —Me vuelvo hacia él, y veo esa cara que lo acompaña siempre que me prepara una sorpresa. A medio camino entre el orgullo y el miedo a decepcionarme. Le acaricio la mejilla y le doy un beso lento y goloso—. ¿Nieve en agosto?

—Canadá... —me responde, como si esa fuera la respuesta a toda mi incógnita, y los dos nos reímos.

Entramos en un pequeño café a tomar dos té bien calientes y, cuando llevamos allí apenas diez minutos, la aguanieve empieza a golpear los cristales del local. Ty se acerca a la barra a pagar con tarjeta, porque ni siquiera nos hemos dado cuenta de que necesitaríamos dólares canadienses, pero yo no puedo esperar y salgo a la calle.

No nieva demasiado ni llega a cuajar del todo, pero a mí me parece perfecto. Doy vueltas sobre mí misma, con los copos cayendo a mi alrededor, mientras volvemos paseando al coche. Me fijo en que, sobre la mesa de una terraza que alguien olvidó recoger, ha cuajado la cantidad justa de nieve para hacer algo que siempre he soñado: una bola que sorprende a Ty cuando se la lanzo al medio de la cara.

—Y lo mejor de todo es... ¡que no hay suficiente nieve para que puedas devolvérmela! —grito, mientras huyo de él, con los brazos en alto, celebrando mi pequeña victoria.

—Ya te atraparé, ya —me responde, sonriendo, y sacándose los restos de agua de la cara.

Corre detrás de mí, me agarra por la cintura y me atrapa contra el coche. Todo rastro de frío se me pasa cuando pega su cuerpo al mío, atrapa mis mejillas en las palmas de sus manos y separa mis labios con su lengua. Yo acaricio su pecho, él mi espalda, y solo nos separamos para hacernos promesas mutuas de volver a Canadá cuando la situación sea un poco menos loca. Tyler me habla de pasar unos días en Toronto, visitar las cataratas del Niágara, que hoy hemos pasado de largo cuando subíamos y con las que me temo que haremos lo mismo a la vuelta. Yo le respondo que me da igual por dónde empezar, pero que quiero conocerlo todo junto a él.

Nos subimos al coche y no llevamos ni diez minutos circulando por la carretera que nos devolverá a Nueva York cuando Tyler se anima a hablar. Llega el tercer capítulo de su historia, de la que, en cierto modo, es *nuestra* historia.

—Con el accidente... desapareció todo. Se acabó el fútbol y, con él, volaron la popularidad, los amigos... Pasar de ser la mayor promesa del fútbol universitario a no poder siquiera jugar dejó muy claro quiénes eran mis amigos y quiénes no. Resultó que la mayoría no lo eran. Se acabaron las invitaciones, las fiestas, las llamadas... Todo.

—Lo siento muchísimo.

—No lo sientas. Eso no. Eso, en concreto, fue lo mejor que me ha pasado jamás.

—¿Por qué?

—Porque me había estado perdiendo las cosas verdaderamente importantes de la vida. Fui aprendiéndolas poco a poco. Volví a jugar al fútbol. Ya no podía competir, pero aprendí a pasármelo bien jugando. Y me di cuenta de que, cuando estaba en la élite, no disfrutaba. Solo me importaba ganar. De repente, me empezó a encantar el simple hecho de jugar, de ser capaz de hacerlo de nuevo. Me uní a unos chicos a los que les importaba una puta mierda que yo hubiera sido «Tyler Banks, el futuro jugador de la NFL». Para ellos solo era Ty, el nuevo, el que está aprendiendo a jugar después de creer que jamás volvería a hacerlo. Todavía juego con ellos un par de sábados al mes.

»Esos chicos, y un par más que sobrevivieron de mi vida anterior, se convirtieron en mis amigos de verdad. Por primera vez, sentía que me relacionaba con gente a la que le importaba quién era yo. No qué puesto ocupaba en el equipo o si mi novia era la chica más guapa. Centré todos mis esfuerzos en la carrera y en conseguir un buen trabajo al acabar. Me di cuenta de que me apasionaba escribir sobre lo que pasa en el mundo, no solo sobre deportes. Supongo que salí adelante mucho mejor de lo que se podía esperar.

—¿Pero? —me aventuro a preguntarle.

—¿Qué?

—Hay un pero, ¿no?

—Sí. Claro. Donna...

—¿Qué ocurrió?

—Me dejó, más o menos un año después del accidente. De la forma más

cruel y horrible que te puedas imaginar... Aún me cuesta hablar de ello. —Se queda un momento en silencio antes de continuar—. ¿Sabes? La primera vez que me contaste por qué te mantenías alejada de los hombres, te entendí. Lo entendí todo, Holly.

—¿Por qué?

—Porque, después del accidente y de que Donna me dejara, todo me iba demasiado bien. E intentar enamorarme de nuevo era arriesgarme a que otra mujer me hiciera sentir como ella. Había conseguido reconstruirme después de lo más horrible que me había tocado vivir y no me podía arriesgar a volver a romperme. Solo me rendía cuando la necesidad podía conmigo. Me emborrachaba, me iba a una discoteca, y acababa follando con la primera que me lo ponía fácil. Sin desnudarme siquiera. De pie. En los baños, o contra la pared de un callejón oscuro. Me valía todo, solo quería descargar me sin sentir.

»Al día siguiente siempre me sentía sucio, asqueroso... vacío. Así que dejé de hacerlo. Por eso llevo casi tres años sin acostarme con nadie, porque aquello ya no era para mí. Por eso paré el otro día en mi despacho, Holly. Lo siento. Siento muchísimo el daño que te hice. No sabes cuánto lamento que te sintieras rechazada. Era todo lo contrario. No pensé en ti. Solo pensé en que tú no podías ser la mujer con la que me acostara de pie contra una pared, con la bragueta a medio abrir. Sé que el camino está siendo jodido, y todavía no entiendo por qué lo aguantas, pero...

—Porque te quiero.

—Eres maravillosa. —Me acaricia el pelo, sin dejar de mirarme a los ojos, y yo siento que haría cualquier cosa por llevarme para mí parte del dolor que ha vivido en estos años—. ¿Sabes? Podría haberme pasado el resto de mi vida sin cruzarme con otra mujer, sin necesitarlo. Pero apareciste y...

—¿Y?

—Le diste la vuelta a mi mundo, Holly. Hiciste que dejara de tener sentido vivir anclado al trauma de lo que me ocurrió. Poco a poco, fuiste haciendo que lo único que me apeteciera fuera pasar el resto de mi vida contigo.

—Ty, yo... —Me cuesta hablar, en parte por su declaración de amor, que es lo más bonito que jamás creí poder escuchar de boca de alguien de quien me he enamorado, y en parte porque odio no acabar de comprender su historia. Odio esos cabos sueltos que aún impiden que nos liberemos del todo, que nos entendamos—. Hay cosas que me cuesta entender. ¿Qué te ocurrió después del

accidente? Por favor, hoy no niegues con la cabeza. No prolongues más esto, Ty —le suplico—. Sé que te prometí tiempo, pero... no sé. No hay nada que hayas podido hacer o que te haya podido ocurrir que me pueda alejar ya de ti.

Tyler no me contesta, y pasamos el resto del trayecto en silencio, solo escuchando algo de música de vez en cuando y parando un par de veces a tomar unos cafés que nos espabilen un poco, después de un día agotador y loco. Y maravilloso.

—Nada, Ty. Te conozco lo suficiente como para saber que no puedes haber hecho nada que haga que deje de quererte.

Mi declaración llega justo cuando enfilamos la avenida donde se encuentra mi apartamento. Tyler sigue en silencio, pero aparca el coche en una zona de carga y descarga a pocos pasos de mi portal. Con un movimiento ágil, me sienta sobre sus rodillas, rodea mi nuca con su mano y me da un beso de infarto. Su lengua baila con la mía, y sus manos se introducen bajo las mil capas de ropa que llevo. Aprieta mi espalda contra la ventanilla del coche y mi mano recalca en la erección que amenaza con romper el tejido de sus pantalones vaqueros. Nos besamos, nos tocamos y nos excitamos durante unos minutos, hasta que él se aparta, dejando escapar un jadeo.

—Mañana, a las doce, en Times Square. Delante del Hard Rock. Por favor.

—Allí estaré.

23

La verdad, toda la verdad

Me despierto con los nervios instalados en el estómago. No pasa ni una milésima de segundo entre el momento en que abro los ojos y la toma de consciencia de que hoy es el día. El gran día. El día en que, al fin, Tyler se liberará de sus fantasmas conmigo. Ya ni siquiera es mi prioridad que nuestra relación pueda avanzar, que al fin me toque, me bese y me permita colarme en su alma de esa manera que solo se consigue cuando dos personas enamoradas alcanzan la comunión a través del sexo. Cuando se derriten uno en brazos del otro, cuando las piernas se entrelazan bajo una sábana que sobra, cuando los sonidos se convierten en jadeos, en gruñidos, en gemidos. Lo deseo. Lo deseo como no he deseado nada en toda mi vida, pero lo quiero demasiado como para pensar solo en eso. Pienso en él, en la necesidad de que se libere. En que se borre para siempre de su ceño esa arruga y de su mirada esa crispación de dolor que se le ha formado todos estos días mientras me dejaba colarme en su pasado.

No voy a negar que le he dado muchas vueltas a qué le pudo ocurrir, qué puede ser eso tan duro que lo ha mantenido años apartado de las mujeres. Después de haber demostrado que mis habilidades deductivas son lamentables con todo aquel asunto de la impotencia, casi preferiría no haber intentado sacar conclusiones, pero he sido incapaz de impedir que mi cerebro se echara a volar. He pensado en cicatrices horribles sobre su cuerpo, he pensado en traumas con ese accidente que le provoquen pesadillas, he pensado en mil escenarios horribles que pudieran haber hecho huir a su exnovia. Y el caso es que, sea cual sea la situación, no pienso más que en besar unas cicatrices que no sé si existen, en abrazarlo si esas pesadillas aparecieran o en borrar cualquier rastro de una mujer que pudo ser un día su gran amor, pero dejó de merecer ese puesto cuando lo abandonó.

El calor aprieta en Nueva York, nada que ver con el día de ayer en Canadá, así que decido ponerme un vestidito flojo, de color verde esmeralda, con escote recto, que me deja los hombros y buena parte del escote al aire. Sonrío

al pensar en toda la autoestima que me ha devuelto Tyler; hace un año, ni habría soñado con ponerme algo así para ir a algún lugar diferente a una playa discreta. Pasear con los hombros (y una buena parte de las piernas) al aire, por el lugar más concurrido del mundo, es algo que no pensé que estuviera en mi guion. Completo el *look* con unas sandalias cómodas de cuero, a juego con el bolso, porque no tengo ni idea de qué planes tiene Ty para hoy, así que mejor ir cómoda.

Salgo por la boca de metro de Times Square cuando faltan cinco minutos para las doce de la mañana. Tardo un segundo en orientarme para encontrar el Hard Rock Café, pero, en cuanto lo hago, y aun estando rodeados por una horda de turistas, neoyorquinos y figuras variopintas que no tendrían cabida en otro lugar, mi mirada se engancha a unos ojos azules que podría reconocer ya en cualquier lugar.

Tyler está impresionante, con un pantalón vaquero clarito y un jersey de verano gris oscuro con el cuello un poco dado de sí. Toda su cara se convierte en una enorme sonrisa cuando me ve, y siento que las mariposas que nunca pensé que volverían a despertar se montan una orgía en mi interior.

—Estás preciosa. —Cuando nos encontramos, él coge mis manos y me da un único beso en la mejilla. No sé por qué, pero ese saludo me produce una sensación de familiaridad mucho mayor que si nos hubiéramos dejado llevar por la pasión, como otras veces. Es un momento de contención para ambos, un compás de espera hacia lo que ojalá sea el comienzo de algo increíble—. ¿Vamos?

Me coge la mano y paseamos por Times Square como dos turistas más. Como siempre, dejo que él marque el ritmo. Otro gallo cantaría si las circunstancias fueran diferentes, pero es su momento e, igual que él respetó mi necesidad de contarle mis *traumas* a mi ritmo, ahora me toca a mí tener paciencia.

—Uno de los primeros reportajes que hice cuando entré en *Millenyal* consistía en preguntarles a cien personas de entre veinte y treinta años cuál era el sueño de su vida —me suelta de repente, sin que acabe de entender a dónde quiere llegar—. Escuché de todo. Recorrer todos los países del mundo, ganar un millón de dólares antes de cumplir los treinta, conocer a los One Direction... —Se nos escapa la risa, pero su rictus se vuelve serio de repente—. La respuesta más bonita no la escuché durante los días que pasé elaborando aquel artículo, sino unos cuantos años después. Cuando oí a una

chica decir que soñaba con que la besaran en medio de Times Square.

No me da tiempo a responder porque una de sus manos se cuela entre mi melena y nuestros labios se atraen como si estuvieran imantados. Nos besamos con calma, con pasión, con... con amor, supongo. Tyler deja un beso breve sobre mi frente antes de separarse de mí, y hasta ese detalle hace que el corazón amenace con explotarme dentro del pecho.

Caminamos cogidos de la mano hasta los escalones rojos que presiden la plaza y, aunque nos tenemos que hacer un hueco en medio de un montón de gente que ha decidido pasar allí esta soleada mañana de sábado, a mí —y estoy segura de que también a Tyler—, nos parece que estamos solos en el mundo. Solo nosotros. Juntos. La perfección.

—Antes... —Ty se aclara un poco la voz y vuelvo a notar ese nerviosismo que ya reconozco en sus ojos—. Antes de contarte todo, solo quiero decirte que... Bueno, que muchísimas gracias por haber tenido tanta paciencia conmigo, por haber...

—Shhhh. —Lo hago callar, poniendo dos dedos sobre sus labios.

—Vale. —Se le escapa una sonrisa y asiente con la cabeza—. Y también quería decirte que no te sientas obligada a nada, que, por favor, si quieres marcharte porque no puedes soportar...

—Tyler. —Me pongo seria y atraigo de inmediato su atención—. Basta ya. No me voy a ir a ninguna parte. Cuéntame lo que me quieras contar. O no lo hagas. Pero no pongas más excusas.

Me mira un momento, en silencio, y vuelve a asentir, esta vez con una cara a medio camino entre el dolor y la resignación.

—Estuve horas atrapado dentro del coche. Siete horas, me dijeron más tarde. Fue un infierno, Holly, un verdadero infierno. No sabía si Annie estaba viva o muerta y, además, no paraba de revivir en mi cabeza el accidente: los faros del coche que se nos echaba encima, las vueltas de campana, Annie emitiendo un gemido desgarrador justo antes de quedarse inconsciente... No me podía creer que aquel fuera el último sonido que escucharía de ella. Ahora pienso en todas las lesiones que tuve y me parece increíble no recordar el dolor, pero... lo cierto es que no lo sentía. La mente humana es una cosa muy loca, ¿no crees? Tenía medio cuerpo roto y solo me dolía el alma.

»Los bomberos estuvieron horas intentando sacarme del coche. La pierna izquierda se me había quedado atrapada entre el asiento y la puerta. Cuando al fin lo consiguieron y vi el estado en el que estaba...

Lo miro, y veo que tiene la frente perlada de sudor, a pesar de que corre una brisa fresca. Deja caer la cabeza entre las palmas de sus manos y yo poso mi mano sobre su rodilla. Al fin lo he entendido, pero quiero que él lo diga, a ver si así se da cuenta de lo inútiles que son sus miedos, de la locura que es pensar que algo así me haría huir.

—¿Sí?

—Sabía que iba a perder la pierna. Se lo pregunté a uno de los sanitarios de la ambulancia y, aunque no me respondió directamente, lo vi en sus ojos. Entré en el hospital directo a quirófano y salí de allí pocas horas después, sin la mitad de la pierna izquierda.

—Lo siento mucho, Ty. Muchísimo.

—Me importó una mierda. —Me sorprende con sus palabras, con su vehemencia—. Holly, no sabía si mi hermana estaba viva o muerta. ¿Cómo me iba a importar algo más que eso? Viví seis semanas en el infierno. Annie se moría en la UCI, y yo ni siquiera podía levantarme de la cama. Además de lo... de lo de la pierna... me había roto una clavícula, varias costillas, el tobillo de la otra pierna... Estaba hecho un asco, vamos.

»Y, cuando Annie despertó, siguió importándome una mierda lo mío. Solo importaba su recuperación, que estuviera bien, que pudiera volver a andar, a hablar, a ser ella. Mi situación no se podía ni comparar a la de ella. Y a mí siempre me ha importado mucho más ella que yo.

—¿Fue dura la recuperación? La tuya, me refiero —le pregunto, creo que porque necesito que él sepa que no me importa nada, y que estaré feliz si decide compartir conmigo todo su dolor. Cargarlo al cincuenta por ciento sobre los hombros de los dos.

—Bueno... hubo momentos duros. Pero, en general, no. La verdad es que no. Por supuesto, fue un shock darme cuenta de todo a la vez. De que tendría que volver a aprender a andar, de que mi cuerpo había cambiado para siempre sin remedio y, sobre todo, de que el fútbol se había acabado. Pero todo lo de Annie seguía siendo más importante. Cuando mi cuerpo empezó a curarse, me centré en la rehabilitación. Me adapté más o menos rápido a la prótesis, y en un año estaba caminando sin ayuda, haciendo vida normal.

—No sé si lo que voy a decir es una locura, pero... no se te ve demasiado traumatizado con lo que te ocurrió. No sé. Me cuesta entender, Ty.

—Es que no estoy traumatizado. En serio, nunca lo he estado. En la vida, a veces, te ocurren cosas que dimensionan todo lo demás. En mi caso, fueron las

lesiones de Annie. Y supongo que, en cierto modo, también mi pasado familiar. Mi madre se tuvo que enfrentar a la muerte del amor de su vida cuando era poco más que una adolescente con dos bebés recién nacidos. Mi hermana trabajaba cuatro horas seguidas en el centro de rehabilitación solo para ser capaz de coger un lápiz con su mano izquierda. Lo mío... me parecía una chorrada, de verdad.

»Lo del fútbol dolió, claro, pero me informé sobre opciones y encontré el equipo del que te hablé el otro día. Vi a gente que estaba mucho más jodida que yo hacer cosas increíbles. Exmilitares que habían perdido las piernas en Irak y corrían maratones. Gente que caminaba sin problemas a pesar de que sus lesiones eran mucho peores que las mías. Yo *solo* había perdido una pierna y por debajo de la rodilla; podría hacer una vida normal a poco que me lo propusiera. Y, al fin y al cabo, jugar en la NFL tampoco era una vida *normal*. Creo que ahí me di cuenta de que ni siquiera había sido mi sueño. Solo aquello a lo que había estado destinado desde niño por el simple hecho de que se me daba bien jugar al fútbol.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te llevó a esta situación?

—Donna... —Resopla sonoramente y veo cómo su gesto cambia al dolor más profundo—. ¿Sabes? Durante aquellas horas interminables en el hospital, no pensé en ella como un problema. Quiero decir... Tenía muchas cosas de las que preocuparme. La principal, que Annie viviera. Pero también informarme de cómo volver a andar, de si podría practicar deporte en el futuro, de ser independiente... No pensé que tuviera que pensar en mi vida amorosa, la verdad. ¡Vamos! ¡Éramos Donna y yo! Jamás nos separaríamos, ¿no? —Se le escapa una sonrisa amarga.

»Estuvo a mi lado en el hospital, cada día. Se portó... como supongo que se portaría cualquier novia en su situación. Me cuidaba, se turnaba con mi madre para hacerme compañía... Mientras permanecemos en Ohio, fue una más de la familia. Allí hice la mayor parte de mi rehabilitación. Era más sencillo, con la ayuda de mi madre. Además, no quería separarme de Annie tan pronto. Sabía que ella me necesitaba más que nunca. Mi idea siempre fue regresar a Nueva York cuando estuviera preparado para mi vida normal. Para mi *nueva* vida normal.

»Ahí empezaron los problemas. Ella estaba... rara. Sí, creo que ese es el mejor adjetivo. Muy sonriente y muy cariñosa, pero a años luz de mí. Es difícil de explicar si no lo has vivido. Y el problema real fue cuando...

cuando... —Hace una pausa eterna—. No puedo, Holly.

—Sí puedes, Ty. —No quiero presionarlo, pero... Vale, quizá sí quiero presionarlo.

—Yo quería volver a... Joder. Qué raro se me hace decirte esto a ti. Vamos, que quería volver a acostarme con ella. Me había pasado meses postrado en una cama, luego centrado en volver a andar... Volví a casa, mi novia estaba allí y yo no soy de piedra. Me apetecía.

»Noté que ella siempre me rehuía. Cuando me quise dar cuenta, hacía un año que no nos acostábamos. Empecé a fijarme en detalles que me habían pasado desapercibidos hasta entonces: nunca estaba en la habitación cuando yo me desnudaba, evitaba meterse en la cama hasta que sabía que yo me había dormido. Una noche... Yo... Es difícil, Holly...

—Ya lo sé, mi vida. —Le digo, sin pararme a pensar en cómo me he dirigido a él—. Ya lo sé.

—La visión no es agradable, ¿sabes? Tengo muchas cicatrices y, bueno, eso... Es feo. Pero, joder... era yo. No pensé que a Donna le importara...

—¿Te dejó?

—Fue más que eso. Fue... Una noche, salió corriendo de la cama. Se escondió en el cuarto de baño y, cuando llegué allí, a la pata coja, como un gilipollas... no fue capaz ni de mirarme. Me dijo cosas horribles. Supongo que se las había estado guardando dentro muchos meses. Que le daba asco, que tenía miedo a vomitar si me miraba... —Su voz se va apagando, muy poco a poco, como si se estuviera quedando sin batería.

—Pero ¿qué dices?

—Lo siento, Holly. No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—No quiero que me veas.

—Ty... no —le suplico, porque sé que va a huir de mí, a replegarse. Como cuando quiso alejarse de mí antes de la Super Bowl, como cuando me rechazó en su despacho, como el día que le pedí que fuéramos a la playa juntos.

—Lo siento. Necesito... necesito estar solo.

Lo veo marcharse y no hago nada por retenerlo. En apenas una hora, he vivido el mejor beso de mi vida, la confesión más sorprendente, más desgarradora, he visto romperse al hombre al que quiero y lo he dejado marchar porque necesita lamerse esta herida a solas. Es mi última concesión, pienso, mientras sigo sentada en esas escaleras de Times Square, con la

mirada perdida entre los turistas.

Entiendo el pozo en el que ha pasado años Tyler. Lo entiendo porque, de un día para otro, pasó de ser la persona que lo tenía todo a perder lo que hasta entonces había constituido el centro de su mundo: el fútbol, a su novia, casi a su hermana. Y entiendo, quizá mejor que nadie, lo que es pasar años sintiendo asco por uno mismo o, mejor dicho, envuelto en el pánico de que los demás lo sientan. Pero se acabó. Ty ha hecho un esfuerzo por salir de ese pozo y, aunque él va a ser el mayor beneficiado por haberse liberado de sus secretos, no se me olvida que lo ha hecho por mí. Porque me quiere. Y porque lo quiero.

Con una sonrisa triste en la cara, tomo la decisión de hacer algo que puede salir fatal. Iré a buscar a Tyler al pozo, y lo sacaré de allí a empujones.

24

Esto es lo que soy

—¿Papá?

—¡Holly, cariño! ¿Qué tal estás? Tu madre se ha llevado a Hazel de compras.

—Ya, es igual, papá. —Estoy frenética, y sé que mi madre ya lo habría notado solo con el saludo, pero mi padre... es otra historia. Hombres—. Si quisiera hablar con mamá, la habría llamado a su móvil, no al tuyo, ¿no crees?

—Será que no estoy acostumbrado a que quieras hablar con tu pobre padre.

—Sí, será eso. —Pongo los ojos en blanco a pesar de que sé que él no puede verme—. Vale, necesito ayuda. Tiene... tiene que ver con Tyler.

—¿Está todo bien con él?

—Emmmm... No. La verdad es que sí, pero no. Es muy difícil de explicar.

—Pues empieza por el principio.

—Vale, sí, será lo mejor. —Estoy tan nerviosa que doy vueltas por mi apartamento de un lado a otro. Ni siquiera me he descalzado al llegar a casa. De hecho, aún tengo el bolso colgado del hombro—. Resulta que Tyler me ha contado algo que le ocurrió. Él tenía... *tiene* algunos problemas y... Es que no sé cómo contarte esto.

—¿Tiene algo que ver con el motivo por el que dejó el fútbol?

—¿Qué? —Miro al teléfono sorprendida, como intentando dilucidar si tiene alguna *app* que haga que mi interlocutor me lea la mente—. Sí. ¿Qué sabes tú de eso?

—No. ¿Qué sabes tú, Holly?

—Tyler perdió una pierna en un accidente hace casi seis años. —Cuando lo digo por primera vez en voz alta, siento un pinchazo en el corazón. Y no es compasión, ni miedo, ni por descontento ese asco que tiene a Tyler tan traumatizado. Es el dolor de no haber podido compartir con él algo que le cambió la vida.

—Lo sé.

—¿¿Lo sabes?? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos meses.

—¿Qué? —Estoy estupefacta.

—Cuando nos hablaste por primera vez de ese chico, recordé su nombre. Fue muy conocido en el fútbol universitario hace unos años. Y me di cuenta de que se dejó de hablar de él de repente. Ya sabes que suele pasar. Hay chicos que apuntan a gran estrella que se desvían del camino por la mala vida, o porque deciden dar más importancia a los estudios que al deporte o por alguna lesión. Pero no recordaba que se hubiera lesionado en ningún partido, eso se habría sabido en el ambiente de la liga. Así que investigué un poco.

—¿Investigaste?

—Sí. Me entró curiosidad y llamé a un viejo amigo que tengo en Columbia. Él me contó lo que le había pasado.

—¿Y por qué no me dijiste nada, papá? —le pregunto, sin comprender nada.

—Pues porque había dos opciones, Holly: o bien tú lo sabías y no nos lo habías querido contar, a saber por qué razón; o bien Tyler no te lo había contado a ti todavía, y quise respetar que fuera él quien lo hiciera.

—Oh. Muchas gracias, papá. —Me emociono, y se me entrecorta la voz—. No supe nada hasta esta misma mañana. En los últimos días, me ha ido contando cosas, pero esto no lo he sabido hasta hoy.

—Holly... —Oigo la risa ahogada de mi padre, y me echo a temblar ante su siguiente pregunta—. ¿Me explicas cómo puedes llevar meses saliendo con un chico y no haberte dado cuenta de que le falta una pierna?

—Yo... yo... —Me pongo roja como un tomate, aunque, por suerte, nadie puede verme—. Nosotros no hemos... No hemos... No nos hemos...

—Tranquila, cariño. —Las risas de mi padre se han convertido ahora en carcajadas—. Puedes decirle a Tyler que lo considero el yerno ideal. Antiguo futbolista de elite y un tío que no toca a mi hija en meses. Lo quiero ya antes de conocerlo.

—¡Papá!

—Es broma, tonta. Por cierto, tenías la información de lo que le había pasado a Tyler a golpe de búsqueda en Google. Rebuscando un poco, pero lo habrías encontrado.

—No lo he buscado.

—No sé qué clase de chica de este milenio eres, Holly, que no buscas el

nombre de tu pareja en Google. Hazel nos ha contado que ella lo hace desde el móvil durante la primera cita.

—Papá, no quieras que me convierta en Hazel, anda.

—Sí, en eso puede que tengas razón. ¿Qué querías de mí, Hols?

—Sí, eso. A ver, Tyler me ha contado que, después de su lesión, encontró un equipo en el que pudo seguir jugando. No me ha dado demasiada información, pero sí me ha hablado de que algunos compañeros son exmilitares que volvieron mutilados de Irak y cosas así. ¿Sabes algo de esos equipos?

—Sí, bueno. Sé que hay asociaciones, sobre todo de veteranos, que organizan equipos deportivos para personas con alguna discapacidad. Para superar el trauma a través del deporte y cosas así.

—Vale. ¿Habrá muchos en Nueva York? —le pregunto, temiéndome lo peor.

—Sí, seguro que hay muchos, pero de fútbol... probablemente no tantos. Por ejemplo, aquí, en Los Ángeles, solo hay uno. El fútbol es muy exigente, la mayoría de gente se decanta por otros deportes más llevaderos. Lo sé porque el año pasado colaboramos con ellos en un partido benéfico.

—¿Por dónde puedo empezar a buscar?

—Déjame que haga una llamada y te lo confirmo, ¿vale?

—Vale. Muchas gracias, papá.

—¿Qué te propones, Holly?

—Darle una sorpresa. Crucemos los dedos para que salga bien.

—Lo haré. Te envío un mensaje en cuanto tenga la información, ¿vale?

—Vale. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, pequeña.

Menos de una hora después, recibo un *whatsapp* de mi padre informándome de que el único equipo de fútbol para personas con discapacidad de Nueva York se llama Vet Blues, que juega en un campo perdido de la mano de Dios en Queens y que ha comprobado personalmente que Tyler Banks es uno de los jugadores en plantilla. Y lo más importante de todo, que esta tarde, a las cinco, juegan un partido contra su equipo *gemelo* de Nueva Jersey. A las cinco. Dentro de treinta y cinco minutos.

Ni siquiera me molesto en echarme un vistazo en el espejo antes de salir de casa. Compruebo que llevo suficiente efectivo para pagarme un taxi hasta la dirección que me ha dado mi padre, y paro el primero que pasa por delante del

portal de mi edificio. De camino a Queens, le envió un mensaje a mi padre lleno de emoticonos de agradecimiento. Él me desea suerte y, solo en ese momento, soy consciente de que la voy a necesitar. Voy a meterme de lleno en algo que Tyler ha querido siempre guardarse para él, y puede que me odie por hacerlo. Pero también puede... que eso sea justo lo que necesita para liberarse de una vez por todas de sus miedos y sus complejos.

Llego al estadio cuando el partido ya ha comenzado y pago la entrada en un pequeño *stand* que han montado los miembros de la asociación a la que pertenece el equipo. Me siento en las gradas, y dedico unos cuantos minutos a leer uno de los folletos que me han dado, en los que explican la historia y los objetivos de la organización. Leo que el equipo lo formaron hace unos diez años un grupo de soldados que regresaron de las guerras de Irak y Afganistán con lesiones graves y que tuvieron dificultades para reintegrarse en la vida civil. A través del deporte, encontraron un interés común que los hizo luchar por su recuperación física y un nuevo objetivo en el que centrarse en unas vidas que se les habían truncado cuando eran demasiado jóvenes. El ochenta por ciento de la plantilla está compuesto por veteranos de guerra, pero están abiertos a cualquier persona con algún tipo de discapacidad que esté interesada en aportar algo. Me fijo en las fotos de grupo que ilustran el folleto, y en una de ellas distingo a Tyler, abrazado a un compañero, celebrando algún triunfo, con una expresión muy parecida a la que ya me sé de memoria de la foto que tiene como fondo de pantalla en el ordenador del trabajo.

Sé que, a pocos metros de mí, Tyler estará jugando este partido. Escucho los aplausos y algún grito de ánimo del resto del público que, por lo que veo, debe de estar compuesto sobre todo por los familiares de los jugadores y de algún vecino interesado en el deporte. No creo que seamos más de sesenta personas las que ocupamos las gradas. Sé que él está ahí, y también sé que yo llevo unos cuantos minutos leyendo y releiendo el folleto que me ha caído en las manos, porque me da miedo alzar la cabeza.

Sí. Miedo. Pánico. Los nervios se me instalan en el estómago, y me cuesta tomar la decisión de alzar la cabeza y encontrarme con su imagen. En parte, es el miedo a cómo pueda reaccionar él cuando sepa que he venido aquí, sin pedirle permiso y sin respetar su deseo de estar solo. Pero, también, es el miedo a verlo como es en realidad. Físicamente, me refiero. Su interior... creo que ese ya he llegado a conocerlo en toda su extensión. Pero sé que, cuando levante la cabeza, veré a ese Tyler que perdió una parte de sí mismo

hace más de cinco años, y no me refiero solo al sentido literal de la pérdida.

Dejo al fin de posponerlo y, cuando lo hago, me deja bastante impactada lo que me encuentro. La mayoría de los veintidós jugadores que ocupan el campo tienen alguna discapacidad visible. Casi todos juegan con alguna prótesis en sus extremidades inferiores, y el pensamiento se me va por un momento a la mierda de las guerras y todo el daño que hacen a quienes participan en ellas. Mi asiento está unas cuantas filas por encima del banquillo del equipo contrario, que viste de rojo, en contraposición al de Tyler, cuya equipación es azul marino. Desvío la mirada hacia el jugador al que acaban de sustituir, que tiene casi toda la piel visible de su cuerpo marcada por enormes cicatrices de quemaduras. A su lado, un compañero le palmea la espalda con una mano ortopédica.

Sigo fijándome en esos detalles, hasta que decido localizar a Tyler en el campo. Por su demarcación, está algo alejado de donde yo me encuentro, cosa que agradezco porque, de momento, prefiero que no se dé cuenta de mi presencia. En el momento en que mis ojos tropiezan con su imagen, está lanzando el balón a un compañero. Su pelo, aunque ahora es más corto que hace unas semanas, se mueve descontrolado, mecido por el viento y por sus propios movimientos. Sus ojos se tornan felinos siguiendo las jugadas. Sus brazos, esos brazos fuertes en cuyo abrazo me he sentido más en casa que en ningún otro lugar, muestran unos músculos tensos. Y sus piernas... tardo unos segundos en asimilar que su pierna izquierda, la parte que dejan visible los pantalones cortos blancos del uniforme del equipo, es en realidad una prótesis de color negro terminada en una especie de ángulo curvado.

No puedo negar que la visión me impacta un poco, y me reafirmo en que esta ha sido una buena idea. Prefiero vivir mi reacción a solas, sin que él esté pendiente de mis gestos, sin que pueda malinterpretar como rechazo lo que solo es desconocimiento. Al fin y al cabo, nunca había visto de cerca a alguien a quien le hubieran amputado un miembro, y creo que todos solemos reaccionar mal a lo desconocido. O, si no *mal*, sí... raro.

Todos esos pensamientos se evaporan de golpe cuando soy capaz de meterme de lleno en el partido. Y lo cierto es que, cuando lo hago, se me olvida en un instante que es un equipo *especial*. Se me olvida porque el ritmo del juego, aunque no es el de la NFL, es muy similar al de cualquier partido de equipos *amateur*. Pero se me olvida, sobre todo, porque el jugador con la camiseta azul marino y el número catorce impreso en su espalda me deja tan

impresionada jugando como lo hace en todo lo demás. Es el *quarterback* del equipo y todo el juego pasa por sus manos. Manda, juega, pasa, golpea la pelota, corre... Joder, cómo corre. Probablemente a más velocidad de lo que podría hacerlo yo en mi mejor momento de forma. Y, sobre todo, disfruta. No creo que haya una sola persona en estas gradas, o sobre el césped, que no vea hasta qué punto disfruta jugando. Celebra los tantos con la competitividad reflejada en los ojos. Anima a sus compañeros con palmadas y gritos de aliento. Se ríe con las bromas que se hacen unos a otros. Se me escapa una lágrima de emoción cuando pienso en el jugador de élite que pudo haber sido, pero se me hincha el pecho de orgullo cuando veo que, en el fondo, como él me dijo, es más feliz jugando ahora de lo que lo fue nunca antes. Cuando el partido está ya a punto de acabar, con un tanteo de treinta y seis a veintidós a favor del equipo local, me rondan la cabeza las palabras que escuché a Tyler decirle a Annie sobre mí: «Ojalá ella se viera como la veo yo». Sí. Ojalá Tyler se viera a sí mismo como lo estoy viendo yo esta tarde.

Con el final del partido, llegan los abrazos de los equipos, los saludos entre contrincantes, y el momento de la verdad. El momento en que desvelaré a Tyler mi presencia aquí y me enfrentaré a su reacción, sea cual sea. Me levanto de mi asiento con piernas temblorosas y bajo las gradas a grandes zancadas.

Tyler no es consciente de mi presencia hasta que me tiene delante, y su mirada se dirige a varios lugares a la vez. A sus compañeros, que siguen el camino hacia el vestuario, no sin antes dirigirle unas cuantas miradas, sonrisas y hasta comentarios socarrones. Al resto del campo, donde apenas queda gente que pueda ser testigo de nuestro encuentro. A su pierna, como si fuera consciente solo en ese momento de que la he visto. Y a mí. Su gesto refleja sorpresa, estupefacción, miedo, emoción. Sé que es mi turno de actuar, de traerlo de vuelta de ese pozo de complejos del que me prometí sacarlo esta mañana.

—Ya está, Ty. Ya lo he visto —le digo, señalando su pierna sin darle más importancia. Hablo sin parar, de forma frenética, antes de que él tenga la oportunidad de rechazarme de nuevo. No podría soportarlo una vez más—. Te entiendo, joder. Me abrí sobre todos mis traumas, tú lo sabes. Sabes que quizá no haya nadie que te entienda tan bien como yo. Y estoy aquí. He investigado dónde ibas a estar y he venido. Para verte, para estar contigo, para demostrarte que te quiero como seas. Mándame al carajo si quieres, o pídemme que me

vaya, o vete tú, o lo que sea que te esté apeteciendo hacer en este momento. Pero ni por un momento te atrevas a pensar que a mí me importa una mierda si tienes una pierna, dos, tres o dieciocho. Lo que me importa es que te quiero, joder. Que estoy loca por ti y que ya no sé qué más hacer para demostrártelo.

Los segundos se hacen eternos cuando transcurren en un silencio que puede decidir el destino del amor de tu vida. Tyler me mira, con los ojos humedecidos y el gesto conmocionado. Yo me limito a esperar, a cruzar los dedos para que él sepa hacer lo correcto con la pelota que acabo de dejar en su tejado.

Su abrazo me coge por sorpresa. Me aprieta fuerte contra él, y tardo una milésima de segundo en relajar mi cuerpo y dejar que él lo acoja entre sus brazos.

—Perdóname. Perdóname, por favor —Tyler solloza, y yo me separo un segundo de él. Me conmociona verlo llorar, y seco las dos lágrimas que se le han escapado con la palma de mi mano.

—No hay nada que perdonar, ¿vale?

—Eso ya lo hablaremos. ¿Me esperas? —Se señala el uniforme y hace una mueca—. Estoy sudado y... necesito una ducha.

Subo de nuevo a las gradas y me siento a esperarlo. Ni diez minutos después, Tyler vuelve a aparecer, vestido con un pantalón de chándal y una sudadera con el escudo del equipo bordado. Deja su bolsa de deporte en una grada y sube de un salto a mi lado.

—¿Puedo darte un beso? —me pregunta, haciendo un mohín tímido que... Joder, me lo comería.

—Solo con una condición.

—¿Cuál?

—Que nunca vuelvas a pedir permiso.

Sus labios se curvan en una sonrisa, justo antes de posarse sobre los míos y llevarse, en un aliento, todos los nervios y los miedos que me produjo aparecer aquí por sorpresa. Cuando nos separamos, él me acomoda junto a su cuerpo y me da un último beso en el pelo.

—¿Te apetece que nos quedemos aquí? —me pregunta, en un susurro.

—¿Aquí? —Echo un vistazo a mi alrededor, al estadio ahora ya con solo unas pocas luces encendidas, a las gradas de madera, al césped cuyo olor lo impregna todo. El lugar menos romántico del mundo es el mejor lugar que podría soñar compartir con Ty—. Claro.

—¿Cómo me has encontrado?

—Digamos que puse al gran Kenneth Rose a investigar un poco sobre equipos de fútbol de Nueva York.

—¿Tu padre lo sabe?

—Por lo que me ha dicho, lo ha sabido durante meses, pero quiso esperar a que fueras tú quien me lo contara.

—Joder. Soy un imbécil. —Se queda en silencio, pero me da un apretón en el brazo—. ¿Qué... qué te ha parecido?

—Me ha parecido impresionante. Todo. El partido, los equipos, tu forma de jugar... Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Y mi... pierna? —susurra.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —le pregunto, en tono despreocupado, aunque a mí también me pone nerviosa sacar el tema. Me atenaza el miedo a decir algo que a él le haga daño o lo haga recular—. Te he visto correr, saltar, patear el balón... De hecho, llevo meses viéndote caminar, y ni siquiera me había dado cuenta de nada. No será la pierna con la que naciste, pero creo que te las arreglas bastante bien con ella. ¿Cómo pudiste pensar que lo que tenemos es tan débil como para que esto lo pudiera estropear?

—Yo soy el débil, Holly. Lo que tenemos es fuerte, pero porque tú lo compensas. Tú compensas mi debilidad porque eres la persona más fuerte que he conocido en toda mi vida. Eres maravillosa. —Me estremezco con sus palabras, pero él interpreta que la causa es la brisa de la noche y se saca la sudadera para que yo me la ponga. Lo hago, y aprovecho para aspirar su olor sobre la tela—. Siento muchísimo haberlo hecho todo tan difícil.

—La vida es difícil a veces, Ty.

—Sí, y otras veces somos nosotros quienes convertimos las cosas en un drama mucho mayor de lo que es.

Nos quedamos un buen rato acurrucados, en silencio, solo sintiéndonos el uno al otro y disfrutando de aquello que tantas veces creímos que habíamos perdido. El amor. La confianza. La seguridad. A nosotros.

Tyler empieza a hablar cuando ya es de noche, y solo dos farolas de una calle cercana impiden que la oscuridad sea total. Me cuenta que lo peor de todo han sido las mentiras, las medias verdades, las cosas que hizo para que yo no descubriera su secreto. Me cuenta pequeños retazos de nuestra relación de los que yo no fui consciente. Cómo vivió un momento de pánico en el aeropuerto, cuando fuimos a la Super Bowl, por si yo lo descubría al pasar el

control de seguridad. La tensión que pasó en Riverport, cada vez que fuimos, por si alguien allí le preguntaba por su pierna, ya que en el pueblo todos saben lo que le ocurrió. Cómo odiaba no poder descalzarse en mi presencia o que, incluso más que el sexo, echó de menos poder dormir conmigo, con nuestros cuerpos entrelazados sin secretos de por medio.

—Creo que, si solo hubieras sido mi amiga, Holly, te lo habría contado mucho antes.

—Pero yo soy tu amiga, ¿no?

—Claro. Siempre. —Nos sonreímos—. Pero también has sido siempre algo más. Hay gente en la redacción que lo sabe. Todos mis amigos lo saben y me han visto. Pero tú...

—¿Yo...?

—Supongo que todos le damos más importancia al físico de lo que queremos reconocer. Y tú me gustabas, así que no quería que supieras algo que, para mí, siempre ha sido muy desagradable.

—¿Ninguna chica te ha visto... sin la prótesis? —me atrevo a preguntarle.

—No. Solo Donna. Y mi madre y mi hermana, claro. Pero todas aquellas mujeres con las que me acosté después de que Donna se largara... nunca llegué a desnudarme con ninguna.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy muerto de miedo —reconoce.

—Ty...

—Pero no voy a dejar que el miedo me consuma. Te puedo asegurar que eso lo tengo claro.

—¿Vamos... a tu casa? —le propongo, aunque la voz me sale dubitativa.

—En un rato, pero antes...

—¿Sí? —le pregunto, curiosa, cuando veo su mueca divertida.

—Un día me propuse hacer realidad todos tus sueños, Holly. Todas esas cosas que te hacían sentir menos que otras mujeres. Pero no lo hice por ti, lo hice... por justicia. Lo hice porque no podía soportar la idea de que te sintieras débil por cosas como no haber recibido nunca un beso en medio de Times Square. Y quería hacerte feliz —baja el tono de voz hasta casi un susurro, y a mí se me escapa una lágrima por lo abrumada que me siento ante todo lo que acaba de decir—. Solo me queda una por hacer.

—¿Cuál?

—¿No querías hacerte un tatuaje con alguien que vaya a ser tu amigo para

siempre?

—No puedes estar hablando en serio —le digo, aunque mi sonrisa le transmite la ilusión que me hace, y el hecho de que me levante de golpe de las gradas me condena definitivamente.

—Conozco un estudio de tatuajes que cierra tarde.

Yo asiento, y Ty me da la mano para bajar las gradas. Salimos del estadio casi a la carrera y, cuando nos damos cuenta, nos entra una especie de ataque de risa nerviosa, no sé si en anticipación del tatuaje o recordando lo que hemos vivido los últimos días. En mi caso, es un cincuenta-cincuenta.

—¿Sabes que nunca me había besado con el capitán del equipo de fútbol en las gradas? —bromeo, justo cuando Ty abre las puertas de su coche y nos subimos a él.

—¿Ah, no? ¿Y no te metió mano nunca el capitán del equipo de fútbol en su coche? —ronronea, mientras sus dedos viajan a la parte baja de mi vestido, me agarra el culo con sus manos enormes y hace que dé un chillido. Nos separamos, después de un beso que se alarga un poco, y Tyler empieza a conducir en dirección a Manhattan.

—¿Me contarás ahora la historia de tu tatuaje?

—Sí, claro. Mira. —Aprovecha que se detiene en un semáforo para levantarse la camiseta y mostrarme su costado derecho, ocupado casi por completo por un tatuaje que no acierto a vislumbrar. Ty enciende la luz interior del coche y, entonces, lo veo. Es la silueta de un árbol; en realidad, de la mitad de un árbol, como si alguien le hubiera hecho un corte perfecto en vertical.

—¿Qué significa?

—Es el árbol que hay delante de mi casa de Riverport —me dice, mientras vuelve a bajarse la camiseta, dejando que sus dedos, un poco distraídos, acaricien los trazos oscuros de su piel—. Annie y yo nos pasamos toda la infancia subidos a ese árbol. Y la adolescencia y... todo. Ella era ágil como una ardilla y aprendió a subirse cuando éramos muy pequeños. Y yo... bueno, siempre fui muy cabezón, y no paré hasta que fui capaz también. Subíamos mucho. Dos metros o más. No hacíamos nada en especial. Solo nos sentábamos en una rama durante un buen rato y nos quedábamos allí, hablando de nuestras cosas. Mamá se ponía enferma, decía que nos íbamos a matar.

»Nos lo tatuamos después del accidente. En cuanto nos recuperamos y pudimos viajar. Ya nunca podríamos volver a subirnos a ese árbol, así que

quisimos... no sé, tatuármolo como recuerdo de lo felices que habíamos sido. Y de todo lo que compartimos. Ella tiene una mitad, y yo la otra. Juntos, está completo.

—Qué bonito, Ty. El tatuaje y la historia, todo.

Él me sonrío, y enseguida llegamos al garaje donde guarda su coche en la ciudad. Echamos a caminar hacia el sur de la isla, mientras Tyler hace unas cuantas llamadas y consigue localizar al tatuador del que me ha hablado. A veces sospecho que conoce a todos y cada uno de los habitantes de Nueva York, y que todos le deben algún favor.

Media hora después, estoy sentada en una camilla, con el corazón palpitándome en la garganta. En algún momento indeterminado, creo que cuando vi las agujas encima de una mesa auxiliar en la cabina a la que me han hecho pasar, esto ha dejado de parecerme divertido. Intento aparentar tranquilidad, pero las risas ahogadas de Tyler, apoyado contra la pared, me hacen ver que no lo consigo.

—Y yo que te tenía por una tía valiente.

—Cállate, joder. No sé en qué momento esto me pareció una buena idea.

Iba a seguir argumentando en favor de una huida discreta, cuando el tatuador abre la cortina plástica de la cabina y mi suerte queda echada. Le indico el lugar donde me lo quiero hacer, en la parte trasera del brazo, justo encima del codo, y él me enseña diferentes ejemplos de tipografías. Elijo una sencilla, porque lo único que quiero que destaque es el concepto. «¿Después de todo este tiempo? Siempre». Siempre.

Las primeras pasadas de la máquina sobre mi piel me sorprenden por lo poco dolorosas. Me había imaginado un dolor lacerante y, la verdad, apenas es una molestia. Hacia el final del tatuaje, sobre todo cuando roza el hueso del codo, sí que me duele un poco más, pero nada que no pudiera soportar un buen rato más que los apenas diez minutos que ha tardado mi primer tatuaje en quedar listo.

Me levanto de la camilla de un salto, y me sorprendo al ver que Ty se despoja de su sudadera, la deja sobre el respaldo de una silla y ocupa el lugar que yo acabo de abandonar.

—¿Qué haces?

—No creerías que iba a dejarte sola en esto, ¿no? —me dice, mientras asiente en dirección al tatuador, que se afana en cambiar las agujas desechables. Parece que esos dos ya lo habían hablado.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Dónde lo quieres? —le pregunta a Ty, que se encoge de hombros.

—Donde se lo has hecho a ella estará bien.

Observo fascinada el proceso del tatuaje de Tyler, ya que al mío, por la posición, apenas he podido echarle un vistazo y, cuando acaba, me coge la mano, me da un beso en ella y sonreímos.

—Bonito tatuaje de amistad —dice el tatuador—. Sois amigos, ¿no?

—Siempre —respondemos los dos a la vez.

Salimos del estudio y paramos en un pequeño restaurante italiano a cenar algo rápido. Aunque tenemos hambre, en el fondo, siento que el motivo de que hayamos parado es que los dos estamos nerviosos ante la expectativa de lo que ocurrirá cuando lleguemos a su casa. Tyler pide una botella de vino, y a mí me da un punto de ternura ver que bebe de forma compulsiva porque está un poco histérico.

—Tranquilo. —Dejo mi mano sobre la suya, y él me dedica una sonrisa triste antes de asentir—. Iremos al ritmo que tú quieras que vayamos.

Niega con la cabeza, al tiempo que deja unos billetes sobre la mesa, y salimos del restaurante cogidos de la mano. Sonrío cuando lo veo repetir el gesto, porque ahora ya no niega para alejarse de mí, como hace unos días, sino para acercarse.

Cuando entramos en su edificio, no sé en qué lo noto, pero percibo a la perfección que ese Tyler seguro de sí mismo que tantas veces he visto ha reaparecido. Quizá es su agarre fuerte en mi mano. Quizá es la mirada cargada de lujuria que me dirige en cuanto estamos solos en su portal. O quizá, con casi total seguridad, es la forma en que me empuja contra una esquina del ascensor, mientras mete sus manos por debajo de mi vestidito flojo y su lengua se apodera de mi boca.

Entramos en su casa hechos un nudo de besos y caricias. Tyler cierra la puerta de una patada y no me permite ir mucho más allá. Aprisiona mi cuerpo contra la pared del recibidor, coge mis dos manos y las sube por encima de mi cabeza. Me besa, y solo se separa de mí para sonreírme con esa mueca socarrona que me calienta más, si cabe. Adelanta sus caderas hasta hacerme sentir cuánto le apetece esto. Lanza mi vestido por los aires, y se deshace de su camiseta.

—¿Tú no estabas nervioso? —le pregunto, con una sonrisita, para quitarle

un poco de hierro al hecho de que ha llegado el momento de la verdad.

—Y lo estoy. Bastante. —Me coge la mano y me conduce a su dormitorio —. Pero estoy mucho más cachondo que nervioso.

Me empuja contra su cama y yo me deshago de mi ropa interior. Tyler no enciende la luz, y yo tampoco hago amago, porque sé que se sentirá más cómodo de esa manera. Se desabrocha los pantalones en un movimiento rápido, y lo siguiente que sé es que su cuerpo desnudo cubre el mío. Echa una mano al cajón de su mesilla, pero yo le agarro el brazo para impedirselo.

—Tomo la píldora hace años. Y, dados nuestros antecedentes, supongo que estamos limpios.

Nos entra la risita nerviosa por un segundo, hasta que los dos cambiamos el gesto y Tyler me da un beso que me deja sin aliento. Su boca se mueve por mi cuello, por mi clavícula, y se ensaña con mis pezones. Sus dedos me acarician la cintura y van bajando poco a poco. Al primer roce, siento que me voy a derretir en sus manos. Sé que él lo nota porque deja escapar el aliento entre sus dientes, en un sonido tan excitante que me hace arquear la espalda. Recorro su pecho con la palma de mis manos y subo la cabeza para que nuestras lenguas vuelvan a encontrarse.

—Hazlo ya, Ty —le suplico.

Me hace caso y, cuando entra dentro de mí, siento que todas mis terminaciones nerviosas gritan por el contacto. Él se queda quieto un momento, supongo que porque percibe que me ha dolido un poco, pero enseguida empieza a moverse a un ritmo lento y delicioso.

—Me haces volar, Holly.

—Te quiero tanto...

Bailamos entre las sábanas, con nuestros cuerpos uniéndose de la manera en que hace ya mucho tiempo que se fundieron nuestras almas. Nos convertimos en un mar de gemidos, de jadeos, de gritos ahogados. Alcanzamos el orgasmo casi al mismo tiempo y caemos rendidos sobre la almohada. Antes de dormir, nuestras piernas se entrelazan y, aunque Ty no se saca la prótesis y su tacto es frío, para mí no hay ninguna diferencia con el resto de su piel, tan caliente como la mía.

25

Hacerlo fácil

Despierto con las sábanas enredadas en las piernas y la luz del sol entrando a raudales por el enorme ventanal de la habitación de Tyler. Tardo un segundo en recordar qué día es. Viernes. Nuestro último día real de vacaciones. El lunes volveremos ambos a la redacción de *Millenyal*, esa de la que salimos hace dos semanas que parecen dos siglos y a la que volveremos siendo dos personas diferentes.

Me levanto estimulada por el olor a bacon y escucho el chisporroteo en la cocina en cuanto abro la puerta. Veo a Ty afanado sobre los fogones, y me llevo la primera sorpresa agradable del día: lleva un pantalón corto (de hecho, no lleva nada más que un pantalón corto), sin importarle que yo lo vea en todo su esplendor. Me acerco a él por detrás, lo abrazo y le doy un beso en el cuello. Él me lo devuelve con algo más de hambre, y no precisamente del desayuno.

—A esto le faltan diez minutos o así. Voy a hacer tortitas, huevos, zumo...

—¿Reponiendo fuerzas? —le pregunto, guiñándole un ojo.

—O acumulándolas para más tarde —me responde, burlón.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa —le digo, de camino al cuarto de baño del pasillo.

—No, Holly. —Baja la cabeza, con un aire tímido—. Puedes usar el baño del dormitorio.

Asiento, y me dirijo hacia allí. En el dormitorio, rescato de mi bolso mis gafas, porque he vuelto a dormir con las lentillas y tengo la sensación de que en algún momento los ojos se me incendiarán por combustión espontánea. Cojo un pantalón de chándal de algodón y una camiseta negra del armario de Tyler, y entro en su cuarto de baño privado, ese que apenas vislumbré el primer día que fui a su casa, que me parece tan lejano, pero del que apenas hace una semana. La única diferencia con un aseo normal es un banco instalado en medio de la ducha y un par de barras metálicas adosadas a la pared. Mientras me ducho, se me encoge un poco el alma al pensar en todo lo

que Tyler intentó ocultarme, pero no por la mentira en sí, sino por cuánto debió sufrir para mantenerlo todo en secreto.

Cuando salgo, vestida con una ropa que me queda enorme, una coleta mal hecha y las gafas puestas, me doy cuenta de que me siento en casa. Solo delante de mis padres y de Hazel me dejo ver tan *natural*, y es un soplo de aire fresco saber que estoy cómoda también con Ty.

—Ven aquí —me dice, desde el sofá. En la mesa de centro, ha dispuesto todo un despliegue de desayuno al más puro estilo del buffet de un hotel.

—Mmmmm... Esto huele increíble.

—Déjame ver ese brazo. —Me coge la mano y me da un beso sobre el tatuaje que nos hicimos anoche, justo antes de extenderme una crema que me alivia el ligero escozor que tengo sobre la piel—. Deberías echártela todos los días durante un par de semanas.

—Pues como no te acuerdes tú...

Nos reímos, y nos ponemos a desayunar en silencio. Las tortitas están deliciosas, así que me como un par más de la cuenta, bien bañadas en sirope de arce y mermelada de manzana.

—No puedo más. —Me lanzo contra el respaldo del sofá y le hago un mohín a Ty—. Dime que hoy no tienes planeada ninguna locura. Llevamos días sin parar un segundo.

—Tengo planeada la mejor de todas. —Mi cara de susto lo hace reír—. Quedarnos encerrados en este apartamento hasta que sea lunes a las nueve y tengamos que volver a la revista.

—Me gusta lo que oigo.

—Y a mí me gusta lo que veo —me dice, mientras se levanta a recoger los restos del desayuno.

—Eso no es cierto. Solo las supermodelos están guapas con pintas de andar por casa. Yo parezco a punto de salir hacia el Bronx a pillar caballo.

—¡Qué imbécil! —Se parte de risa mientras se aleja hacia la cocina, pero me sigue hablando desde allí—. Me gusta verte así, como estarías en tu casa, pero en la mía.

Cuando regresa, con solo dos tazas grandes de café humeante en las manos, lo veo ahogar una mueca de dolor, y me obligo a mí misma a hablarle del tema que ya ha sido tabú entre nosotros durante demasiado tiempo.

—¿Te duele? —le pregunto, en un susurro. Él se queda callado, mirándome, casi como dilucidando si ser sincero conmigo o no—. Que te

duela no te hace débil. Lo sabes, ¿no?

—Me duele, sí. Hoy no es un buen día. —Tuerce sus labios en una mueca, pero se sienta a mi lado y hace que apoye la cabeza en el hueco de su hombro.

—¿Por alguna razón?

—Bueno... Ayer estuve caminando un rato después de lo de Times Square, luego jugué un partido completo, caminamos más, he dormido con la prótesis... Vamos, que en las últimas veinticuatro horas solo me la he sacado para ducharme.

—¿Cuánto es el máximo que puedes ponértela al día?

—Pues... unas diez horas, más o menos. Yo suelo forzar hasta las doce, pero, si me paso de ahí, al día siguiente estoy jodido.

—¡Pero, Ty! Desde que me conoces... ¡te has pasado siempre!

—Puede... —Esboza una sonrisa tímida y atrapa su labio inferior bajo uno de sus colmillos—. Solo me la quito cuando estoy en casa. Solo.

—Ya... —No me ha pasado desapercibido el tono de ese *solo*, tan inseguro que me hace abrazarlo con más fuerza, justo antes de decidir forzar un poco la máquina—. Pues... me voy a ir a mi casa.

—¿Qué? —Tyler se levanta detrás de mí.

—Vuelve a sentarte. Esa pierna tiene que descansar —le digo, en tono inflexible—. Te dejo solo para que puedas...

—Sé lo que estás haciendo, Holly —me dice, muy serio.

—¿Ah, sí? —Vuelvo a sentarme a su lado—. Qué perspicaz.

—Es difícil, cielo. Ven aquí. —Vuelve a pedirme un abrazo y me doy cuenta de que nunca he visto a Tyler tan vulnerable, tan necesitado de que yo le reafirme que merece la pena luchar por esto. Por nosotros. Por él—. No es bonito.

—¿El qué?

—Esto. —Señala su pierna con una mueca de desagrado—. Está... estoy lleno de cicatrices. En el accidente, perdí mucho músculo en el muslo. Fue casi un milagro no perder la pierna entera y... Bueno, tengo una especie de agujero aquí. —Se lleva su mano a la parte exterior del muslo y yo me atrevo a acercar la mía. Tras unos segundos de duda, Tyler lleva las yemas mis dedos hacia el punto donde sus músculos se hunden en una hendidura de unos diez centímetros que se percibe perfectamente bajo el tejido del pantalón.

—Algún día tendré que verlo.

—Lo sé, lo sé. Deja que... —Para mi sorpresa, Ty se lleva las manos a la

prótesis y tira de ella hacia abajo, desencajándola del resto de su pierna y dejándola al lado en el sofá—. Ya está. Joder, me cuesta.

—Lo sé. Poco a poco. —Acaricio su mejilla y le doy un beso rápido en los labios—. ¿Qué es eso?

—¿Esto? —Señala una especie de calcetín que cubre desde el final del muñón hasta más arriba de la rodilla, más allá de donde deja ver el pantalón de deporte—. Es lo que impide que me roce, además de comprimir... esto... para que el encaje sea más cómodo.

—¿Tendrías que sacártelo también?

—Tendría. Pero...

—Sí. Poco a poco.

Nos sonreímos, y me levanto un momento a encender el equipo de música, sin molestarme en mirar qué está puesto. Creo que los dos necesitamos un poco de música de fondo para quitarle intensidad a estos momentos. Cuando escucho la voz potente de Freddie Mercury cantando *Too Much Love Will Kill You*, me vuelvo hacia Tyler con una sonrisa socarrona.

—Puede que haya estado escuchando Queen un poquito.

—¿Un poquito?

—Espero sinceramente que tú hayas estado en tu casa escuchando *country*. Para compensar.

La música se cuele por todo el apartamento a través de los altavoces del hilo musical, y no me resisto a hacerle a Tyler una pregunta que lleva días comiéndome de curiosidad.

—Voy a ser una impertinente, ¿vale?

—¿Más de lo habitual?

—Sí, incluso. —Le doy un manotazo en el pecho y sigo a lo mío—. ¿Cómo coño te puedes permitir este pisazo en pleno centro de Manhattan?

—Ah, eso... —Se ríe—. Tenía un seguro de la hostia en el equipo de la universidad, contra accidentes y cualquier cosa que me impidiera seguir jugando. Además, en el juicio recibimos una indemnización bastante grande. Entre unas cosas y otras, fue mucho dinero. Lo repartí todo a medias con Annie. Ella se compró una casita en Riverport, aunque ha preferido seguir viviendo con mi madre, y montó un restaurante, que siempre había sido su sueño. Y tiene ahorros para vivir tranquila el resto de su vida. Yo me compré este piso, la plaza de garaje y el coche, y no tengo un pavo ahorrado.

—Así que has resultado ser un mal partido. —Me uno a sus risas, pero se

me cortan en el momento en que lo veo levantarse, a la pata coja, a servirse más café en la cocina—. Joder, Ty, para. Ya voy yo.

—No vuelvas a hacer eso. —Vuelve a sentarse en el sofá y me mira, muy serio—. Nunca vuelvas a ofrecerte a hacer algo por mí porque creas que no puedo.

—No, no. No es eso, Ty. —Me doy cuenta de que he metido un poco la pata con lo sensible que está—. Simplemente, pensé que sería más cómodo que me levantara yo que tener que ir tú a la pata coja.

—He ido a la pata coja porque me ha dado la gana. Tengo unas muletas aquí —se agacha y saca el extremo de una de ellas de debajo del sofá— y otras debajo de la cama, pero no siempre las uso porque... bueno, porque las odio.

—¿Por qué las odias?

—Desde que te... operan hasta que puedes empezar a usar una prótesis pasan meses. En mi caso, fueron cuatro más o menos. Y, al principio, solo puedes usarla unos minutos al día, una hora como mucho. Así que me pasé bastante tiempo teniendo que usarlas para todo. Créeme, acabas cogiéndoles manía.

—Sí, lo entiendo. Perdona lo de antes. —Resoplo—. Y te pido perdón ya por adelantado por todas las veces que te diga algo inconveniente. Todo esto... bueno, es nuevo para mí.

—No, joder, te pido perdón yo por estar susceptible. Sigo nervioso —se disculpa—. Pregúntame lo que quieras.

—Estoy muy pesada, ¿no?

—No, no. Prefiero que preguntes a que te quedes con dudas.

—Es que quiero saber cómo funciona todo para no meter la pata.

—Nunca mejor dicho.

—¿Disculpa? —Me giro hacia él, alucinada—. ¿Acabas de hacer humor negro con todo esto?

—Puede. —Primero sonrío y, a continuación, sus carcajadas inundan todo el salón—. Perdona, joder, debo de parecerte un desequilibrado. No, en serio, con los chicos del equipo siempre hacemos bromas. Al principio lo llevaba fatal, pero luego no me quedó más remedio que unirme al enemigo.

—¿Y conmigo?

—Contigo estoy haciendo cosas que hace una semana no habría podido ni plantearme.

—Y más que vas a hacer —le digo, aunque el tono ya no es de broma. Me pongo de rodillas en el sofá y me acerco gateando hacia él—. ¿Confías en mí, Tyler?

—Confío en ti más que en ninguna otra persona en este mundo. —Baja la voz hasta que casi no puedo oírlo. La música se ha apagado y no hay ningún otro sonido en todo el salón que el de nuestras respiraciones y nuestros susurros—. Confío en ti más que en mí mismo.

Me apoyo sobre sus hombros para no perder el equilibrio, y cierro los ojos antes de dejar que nuestros labios se fundan en un beso que sabe a café, a intimidad doméstica y al comienzo de una historia que solo puede salir bien. Sacando el valor no sé ni de dónde, bajo mis manos a la media que cubre su pierna, o lo que queda de ella. Siento cómo se tensa debajo de mí, pero no me detiene. La enrolla sobre sí misma hasta que siento cómo cae al suelo. A continuación, meto los dedos bajo la cintura de sus pantalones, pero entonces sí que siento su mano sobre la mía, parando mis intenciones.

—Te sobra ropa, Holly.

Le sonrío, pero le hago caso. Me quito los pantalones, la camiseta, la ropa interior y, de paso, me suelto el pelo y dejo las gafas sobre la mesa del salón.

—Así está mejor.

Antes de volver a su lado, veo que él mismo se despoja de su pantalón y, entonces, veo aquello que él ha estado tanto tiempo queriendo ocultarme. Y sí, puede que tuviera razón cuando decía que no era una visión agradable. Su piel se enreda y se desdibuja en un mapa de cicatrices. Algunas son rectas, quirúrgicas. Otras, arrugadas sobre su piel, como nudos de una cuerda. Todas están oscurecidas por el paso del tiempo.

—Mírame a los ojos —me pide, con la voz estrangulada.

—No es feo. —Le hago caso, y le hablo enfrentando su mirada. Veo su nuez moverse en su garganta, antes de negar con la cabeza—. Es parte de ti. Son parte de ti. —Me atrevo a acariciar su muslo, y lo veo temblar ligeramente cuando lo hago—. Cuentan la historia de alguien que salió adelante. De alguien que sobrevivió.

—¿Por qué eres así?

—¿Así... cómo?

—Tan fantástica.

—¿Sabes, Ty? —le digo, mientras me pongo a horcajadas sobre su cuerpo—. Hasta hace muy poco tiempo, yo estaba llena de complejos. Tú lo sabes.

Sin ti... no habría sabido superar todo aquello. Ahora me toca a mí hacer algo por ti.

—¿Y qué piensas hacer? —me pregunta, con su voz burlona y los labios pegados al comienzo de mi pecho.

—Quererte. Quererte toda mi vida.

Y así, montada a horcajadas sobre él, desnuda, sin importarme ninguna de esas cosas que hace unos meses me aterrorizaba mostrar de mí misma, guiando a Ty a deslizarse en mi interior, me doy cuenta de algo. De que, cuando alguien a quien quieres con toda tu alma necesita que tú seas la fuerte de los dos... simplemente, lo eres. Sin necesidad de forzarlo. Solo porque... el amor funciona así.

Quédate. Para siempre.

Cuando el domingo, poco después del amanecer, abro los ojos en la cama de Tyler, soy dolorosamente consciente de que hoy es nuestro último día de vacaciones. De que este oasis de tranquilidad que construimos en dos semanas se convertirá de nuevo mañana en ese ritmo frenético que es nuestro trabajo en *Millenyal*. No sé qué esperaba de las vacaciones cuando abandoné la redacción hace dieciséis días, pero ni creía que la primera semana la pasaría en pijama, lloriqueando por la imposibilidad de que nuestra relación llegara a buen término, ni muchísimo menos podía imaginar que la segunda semana se convertiría en un paraíso que nos llevaría de un autocine a Times Square, pasando por Canadá y un estudio de tatuajes. Y acabando conmigo instalada en el apartamento de Tyler, en el que me siento tan en casa que apenas recuerdo la dirección del mío.

Pensé que pasaría mucho tiempo antes de que Tyler llegara a sentirse completamente cómodo en mi presencia. Que cada día sería un pequeño progreso. Que haríamos pequeños avances. Pero... no. Ty se soltó de repente. Como si hubiera estado tanto tiempo reteniendo dentro sus secretos que, una vez liberado, no pudiera guardarse nada. Como el niño que pasa días sin poder desprenderse de las rueditas de la bici hasta que, de golpe, se suelta, y no hay vuelta atrás. En apenas dos días, lo he visto moverse por el apartamento sin la prótesis, refunfuñando cuando tiene que usar las muletas, o presumiendo de su destreza a la pata coja. Le he ayudado a masajear sus cicatrices, las he besado, le he recordado, una vez más, que no hay ninguna parte de él que pueda no gustarme. Nos hemos bañado juntos en la gran bañera del cuarto de baño principal, mostrándonos el uno al otro lo poco que aún nos quedaba dentro.

Ha habido momentos difíciles, momentos de nervios. Los suyos, por hacer algo a lo que está tan desacostumbrado. Por haberme añadido a la ecuación de una vida en la que se había habituado a estar solo. Los míos, por miedo a que lea en mis ojos una compasión que no siento, un rechazo que jamás tendré o

una pena que solo me da no haber pasado los peores momentos a su lado.

Pero también han sido días muy tiernos. Tan tiernos como solo pueden ser los momentos en que dos personas se abren en canal para dejar entrar al otro. Pueden haber sido solo dos días, pero nos ha dado tiempo a descubrirnos y a compartirlo todo. A darnos cuenta de que nos consideramos muy diferentes, pero en el fondo somos muy parecidos.

A mí me encantó *American History X*, su película favorita, pese a que protesté mucho cuando me *obligó* a verla. Él aseguraba que no le encontraba la gracia a la poesía, pero acabó reconociendo que le había encantado escucharme recitar a Ann Bradstreet. Yo le enseñé mis obras contemporáneas favoritas en la web del MoMA, con la promesa de que las visitaríamos pronto juntos, mientras él me convencía de que mejor empezar por el Met, porque, en su opinión, ningún pintor puede superar a Norman Rockwell.

Nos preguntamos cuánto tiempo tardaríamos en saberlo todo el uno sobre el otro, y coincidimos en que a la vez nos apetecía que fuera cuanto antes y que no se acabaran nunca los detalles por averiguar.

Desayunamos en la cama, comimos tirados en la alfombra del salón y cenamos comida para llevar en el sofá. Dormimos en su cama cada noche e hicimos el amor en cada superficie horizontal o vertical del piso. Juraremos ante su hermana no haber utilizado su cama, pero será mentira.

—Buenos días. —Tyler sale del cuarto de baño todavía mojado y con solo una toalla atada a la cintura. Su sola visión hace que lo saciada que me dejó antes de meterse en la ducha se haya quedado en nada—. ¿En qué piensas?

—En ti. En mí. En todo esto.

—¿Y cuál es tu conclusión?

—Que creo que me moriré cuando tenga que volver al trabajo mañana.

—Pero yo estaré allí —me dice, con una sonrisa de suficiencia.

—Pero no en mi apartamento.

—Entonces, tendremos que disfrutar de nuestro último día juntos aquí. ¿Qué te apetece hacer?

—¿Quedarnos todo el día en la cama es una opción?

—Mmmmm... Depende de los extras que incluya.

Hacemos el amor durante horas. Lento a ratos, tierno, saboreándonos. Por momentos, duro, crudo. Con sus dientes clavados en mi cuello y mis uñas dejando surcos en la piel de su espalda. Sincero. Honesto. Con todo lo que somos expuesto frente a los ojos del otro. Con el corazón en una bandeja,

preparado para que el otro lo rompa si quiere, pero seguros de que jamás lo hará. Nos encuentra el mediodía agotados, desmadejados sobre las sábanas y con una sonrisa que nada podrá borrar.

—¿Puedo pedirte algo? —me pregunta, mientras acaricia con su dedo pulgar la curva de mi mandíbula.

—Si es algo sexual, necesitaré un desfibrilador antes de poder dártelo —le respondo, con la voz aún jadeante.

—Hablo en serio. —Y debe de ser así, pues su gesto es imperturbable.

—Dime.

—Nunca, jamás, pase lo que pase entre nosotros, te quedas a mi lado por compasión.

—¿Compasión por qué? No creo que necesites mi compasión. Ni la de nadie. Además... —me acurruco contra su pecho y le doy un beso rápido—. Creo que ya va siendo hora de que te enteres de que estoy contigo porque estoy loca por ti. Solo por eso.

—Yo sí que estoy loco por ti, pequeña.

A regañadientes, nos levantamos a comer, pero, según va cayendo la tarde, la pereza por volver a la rutina se impone. Al menos para mí. Tyler parece tan contento como cualquier otro día.

—¿A qué hora llega Hazel?

—En el último vuelo. A las nueve y media, creo.

—¿Te apetece que vayamos a buscarla en mi coche? De algo tiene que servir ser el único habitante de Nueva York con coche propio.

—¿En serio? ¡Sí! ¡Me encantaría!

—Además, así me paso por tu apartamento a ayudarte a recoger tus cosas.

—¿Qué cosas? —le pregunto, extrañada.

—¿Sabes, Holly? Llevo cuatro días viviendo contigo, y ya no soy capaz de hacerme a la idea de no tenerte aquí cada noche al acostarme y cada mañana al despertar.

—¿Qué me estás pidiendo, Ty? —le pregunto, con la ilusión creciendo dentro de mí, pero con el miedo impregnado en la voz.

—Vente a vivir conmigo.

—Pero... ¿te has vuelto loco?

—Bastante.

—Hace como tres días que nos conocemos.

—O cuatro.

—Y, además, Hazel se va a poner como una fiera.

—A Hazel le va a encantar la idea. La vamos a tener viviendo en la habitación de Annie la mitad de la semana, pero podré acostumbrarme.

—Y mis padres se van a volver locos. Literalmente.

—Déjamelos a mí. Se me dan bien los padres.

—¿Tienes respuesta para todo?

—¿Tienes tú una respuesta a mi pregunta?

—Pues... sí. ¡Joder, sí!

Epílogo

Tyler, tres años después

Son más de las siete de la tarde cuando acabo de trabajar, pero el termómetro se resiste a bajar ni una décima de los treinta grados. Apuro el paso, aprovechando las escasas sombras que ofrecen los edificios de La Habana Vieja y, cuando voy distraído intentando que mi móvil coja un mínimo de cobertura para llamar a Holly, escucho su risa. Entremezclada con los mil sonidos que siempre pueblan el barrio, pero inconfundible. Echo un vistazo al lugar de donde me imagino que procede, el caótico bajo del edificio de la esquina, a medio camino entre galería de arte y sala de estar de su propietaria. Me apoyo en la fachada y aparto con un dedo el visillo que cubre la ventana. Solo Frida, la gata tamaño XL que reina en el local, es consciente de mi presencia, pero no me delata, así que me puedo permitir observar cómo Holly chapurrea en español con Marieta, la anciana pintora que es toda una institución en nuestro barrio, cómo juega con el otro gato obeso, cuyo nombre nunca consigo recordar, y cómo acaba comprando una pintura enorme, muy colorida, que no tengo ni idea de cómo vamos a acomodar en nuestro apartamento.

—En algún momento deberías dejar de comprarle cuadros a Marieta —le digo, sorprendiéndola, cuando sale del local escoltada por los dos gatos y portando con dificultad el lienzo.

—¡Ty! —Se acerca a abrazarme y me da un beso rápido, aunque yo la retengo, apretándola un poco contra mí.

—¿Subimos a casa? Dejas eso, me cambio de ropa y vamos a dar un paseo, ¿te apetece?

—Claro.

Me hago cargo del cuadro y dejo que suba delante de mí las tenebrosas escaleras de madera del edificio de tres plantas en el que vivimos desde hace siete meses. Holly lleva unos *shorts* vaqueros deshilachados, muy cortitos, que amenazan con volverme loco y boicotear el plan de salir a dar un paseo al

anochecer. En cuanto atravesamos el umbral, dejo de luchar contra lo inevitable, apoyo el lienzo en una pared y clavo las yemas de mis dedos en sus muslos, haciendo que a Holly se le escape un gritito que silencio rápido con mis labios.

Una hora después, con el sol ya muy tenue filtrándose entre las lamas de la persiana veneciana de nuestra habitación, nos convencemos el uno al otro para vencer la pereza e irnos a pasear por el Malecón. Caminamos en silencio, cogidos de la mano, dejando que el sonido del mar llene el espacio y que su brisa, aunque cálida, nos refresque un poco, después de un día lleno de actividad.

Así transcurre nuestra vida, casi a diario, desde que hace algo más de medio año decidimos instalarnos en La Habana. Con mucho trabajo durante el día, pero dejando que la ciudad nos contagie su ritmo alegre y calmado cuando cae la tarde.

—A veces creo que nunca nos iremos de aquí —me dice Holly, en un susurro, justo cuando nos sorprende el sonido del cañonazo, puntual cada día a las nueve de la noche. De forma casi inconsciente, ambos desviamos la mirada hacia la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, antes de seguir nuestro recorrido por el Malecón.

—Nos iremos. Algún día. —Ella asiente, sonriendo, porque sabe que es verdad—. Pero lloraremos como desgraciados cuando lo hagamos.

En los últimos tres años, hemos vivido en seis ciudades diferentes. La aventura en *Millenyal* duró poco. Aunque el grupo mediático al que pertenece la revista siempre había insistido en que quería una publicación joven y moderna, pronto decidieron que éramos demasiado transgresores para su gusto. Empezaron a pedirnos autocensura y ese fue el momento en que nos dimos cuenta de que nuestro futuro profesional estaría en otro lugar. Yo recalé en la sección de deportes de una agencia de noticias, en la que me limité a transcribir notas de prensa y a amargarme. Holly aguantó un poco más en *Millenyal*, pero, cuando los dos empezamos a acusar demasiado el desgaste de tener trabajos en los que no disfrutábamos, decidimos liarnos la manta a la cabeza y embarcarnos en la mejor locura que se nos pasó por la cabeza. Nos convertimos en periodistas *freelance* y, aunque los comienzos fueron duros, aproximadamente un año después, teníamos ya clientes fijos y empezamos a ganarnos la vida más o menos bien.

Lo que no hemos conseguido controlar ninguno de los dos es el culo

inquieto que tenemos. Bueno, no lo hemos conseguido porque no nos ha dado la gana. Poco después de dejar *Millenyal*, empaquetamos nuestras cosas, las metimos en un par de cajas y empezamos nuestro periplo por el mundo. Toda la gente que conocíamos en el mundillo de la prensa hablaba de que el sudeste asiático era un lugar apasionante para vivir, y que no abundaban los periodistas occidentales que pudieran enviar crónicas *in situ* desde allí. Así que, un buen día, nos subimos a un avión con destino Camboya, donde vivimos cinco meses en medio de lluvias torrenciales, un calor agotador, comidas de dudosa procedencia y las gentes más amables que hemos conocido jamás.

Cuando ya empezábamos a acostumbrarnos a los remojones diarios del monzón, un antiguo compañero de facultad me chivó que dos de los diarios más importantes de Estados Unidos estaban buscando un corresponsal en Alemania que pudiera cubrir la crisis de los refugiados. Holly tampoco acababa de encontrar su lugar profesional en Asia, así que, otro buen día, volvimos a embalar las cajas y nos instalamos en Berlín.

Nos quedamos allí casi un año, en un pequeño estudio en el barrio de Kreuzberg. Fueron meses de aprendizaje constante, sobre nuestra profesión y sobre la vida. Pasamos semanas enteras en los campos de refugiados, conviviendo con gente que lo había perdido todo, casi hasta la identidad. Muchas noches se nos escapaban las lágrimas al meternos en las tiendas en las que dormíamos y, muchas más, cuando nos acostábamos en la cama de nuestro piso, sabiéndonos afortunados, pero siendo más conscientes que nunca de las desigualdades que nos rodeaban.

Volvimos a Estados Unidos casi por una cuestión de salud mental. Los dos necesitábamos alejarnos un poco de la dura realidad. Nos sentimos culpables y egoístas, y Berlín se convirtió en la primera ciudad que dejamos con lágrimas en los ojos. Después de casi dos años sin vacaciones, nos tomamos unos días de descanso en Los Ángeles, en los que me decidí, después de mucha insistencia del padre de Holly, a aceptar su oferta de trabajar como segundo entrenador con él en el equipo de fútbol de UCLA. Fue mi forma de reconciliarme con la práctica profesional, de poder enseñar a otros lo que yo había aprendido durante mis años de *quarterback* en la universidad y de desconectar un poco del periodismo, que nos había enseñado el último año su cara más amarga. Holly se propuso modernizar el departamento de comunicación de la firma de su madre, y vivimos algo más de medio año tranquilos, sin la presión de tener que vivir pendientes del móvil, de las redes

sociales y de las agencias de noticias. Nos instalamos en un pequeño apartamento en Venice, pese a las protestas de los padres de Holly, que pretendían que viviéramos todos en plan tribu de los Brady en su enorme mansión de West Hollywood.

Cuando ya lo habían asumido y estaban convencidos de que nos habíamos asentado en California de forma definitiva, una llamada desde Londres hizo que nos volviera a picar el gusanillo. El gusanillo de esos teléfonos móviles sonando, esas redes sociales actualizándose y esas agencias de noticias informando de los que tanto habíamos renegado en los meses anteriores. El escenario político de la Inglaterra post Brexit era una oportunidad de oro para cubrir la actualidad, y Holly estaba deseando volver a la información de moda y cultura, así que no se nos ocurrió un lugar mejor para continuar con nuestra vida nómada que la capital británica.

Vivimos solo cuatro meses en el barrio de Shoreditch, aunque allí también dijimos que podríamos quedarnos toda la vida. Fue una temporada bastante productiva en lo económico, así que nos pegamos el lujo de irnos una semana de vacaciones a Cuba... y ya no volvimos a Londres más que a recoger nuestros escasos enseres y trasladarnos.

La Habana nos ofrecía muchas posibilidades profesionales, pero no fue esa la razón por la que decidimos instalarnos en la ciudad. Fue porque nos enamoramos de ella, y nos enamoramos más si cabe el uno del otro paseando por las callejuelas de La Habana Vieja, comiendo en paladares desconocidos para los turistas y disfrutando del calor en pleno diciembre.

Holly le ha cogido el gusto en los últimos tiempos al periodismo gráfico, así que se pasa el día recorriendo las calles de la ciudad cámara en ristre. Vende sus fotos a publicaciones de viajes y a agencias de imágenes, mientras yo cubro el trepidante panorama político del país para un par de medios americanos y alguno europeo. Aunque cubanos y extranjeros abren los ojos como platos cuando se enteran de que vivimos en plena Habana Vieja y nos recomiendan que nos mudemos a Miramar o a algún otro barrio más *moderno*, nosotros tenemos claro que nadie nos va a mover de un barrio en el que ya asumimos que siempre nos llamarán «los *yanquis*», pero en el que nos tratan como si lleváramos allí toda la vida.

Callejuelas estrechas, edificios llenos de color, los restos decadentes de un pasado colonial, el olor a *ropa vieja* colándose por nuestra ventana, el sonido de canciones revolucionarias amenizándonos la siesta y esa luz que solo se

puede entender si se ha vivido en directo. O, mejor aún, si has visto a la mujer de tu vida despertar bañada por ella.

—¿En qué piensas? —Holly me saca de mi ensoñación, con una sonrisita de burla que me demuestra que se ha dado cuenta de que llevo un buen rato con la cabeza en otro lugar.

—En nosotros. En todo lo que hemos hecho estos años.

—¡Ay, Dios! Siempre que empezamos a pensar en esas cosas, acabamos haciendo las maletas.

—No, aún no —le respondo, mientras me siento a horcajadas sobre el murete que separa la ciudad del mar Caribe.

—Te has vuelto muy reflexivo con esto de cumplir treinta —se burla de mí, por enésima vez en los últimos meses, porque no he llevado exactamente bien eso del cambio de década.

—A lo mejor es solo que me he dado cuenta de que al fin te ves como te veo yo. Y, por eso, te quiero más que nunca.

Las palabras se me escapan sin que yo sea consciente del todo. Creo que hasta me ruborizo un poco, porque no he sido yo nunca el rey de las declaraciones de amor, precisamente. Pero es que... Holly lo ha cambiado todo. Ha cambiado ella; se ha liberado de sus complejos, de sus miedos, de aquella estúpida idea de que repelía a los hombres. La veo sentada delante de mí, con la sonrisa perenne en los labios, con la piel bronceada y el pelo algo más rubio que tiene desde que nos mudamos a este verano permanente. Con los ojos llenos de felicidad por estar cumpliendo su sueño de recorrer el mundo mientras disfruta de su trabajo y con las manos acariciándome con todo el amor que me demostró cuando yo mismo no quería verlo.

Y es que Holly también me ha cambiado a mí. Cuando echo la vista atrás y pienso en los años que pasé en la oscuridad de creer que ninguna mujer podría volver a mirar mi cuerpo sin morirse de asco, no sé si me dan ganas de reír o de llorar. Tuvo que ser ella quien me convenciera, quien me persiguiera cuando yo huía, quien me devolviera la fe y la convicción de que podía haber perdido una pierna, pero no podía seguir perdiéndome la vida.

—¿Sabes que me encanta verte en pantalón corto? —me dice, casi como leyéndome el pensamiento.

—Lo mismo te digo —le respondo, burlándome, aunque sé que ella no bromea.

—Hablo en serio. —Sus manos acarician mi prótesis y, como me ocurre

siempre, estoy convencido de que siento su tacto como si tocara mi propia piel.

Los comienzos no fueron sencillos. Dicen que nunca lo son. Pero es que, en nuestro caso, lo de irnos a vivir juntos a los pocos días de empezar nuestra relación *en serio*, con los dos cargando con una mochila pesada a la espalda, complicó *un poco* las cosas. Fueron semanas de muchas discusiones y muchas reconciliaciones. De conocernos y descubrirnos. De renunciar a nuestra parcela de independencia para cederle una parte de nosotros al otro. De querernos como locos y aprender a convivir como cuerdos.

Las cosas se nos fueron de las manos una semana de invierno en que la frustración por la situación que vivíamos en *Millenyal* nos estaba consumiendo. Para empeorarlo todo, en uno de mis partidos con el equipo de los Vet Blues, me hice un esguince un poco fuerte en el tobillo de mi pierna buena y, como no podía mantener el equilibrio con las muletas sobre la prótesis, me tuve que pasar dos semanas en una silla de ruedas. Decir que estuve insoportable es quedarse muy corto. Le hice la vida imposible a Holly, a la que necesitaba para mil cosas, aunque me negara a reconocerlo porque no quería ser dependiente. Hasta que la cansé tanto que se largó a su antiguo piso, en el que aún vivía Hazel, y yo tuve que arrastrarme por medio Nueva York después de cinco horas infernales en las que se negaba a responderme al teléfono. Me planté en la puerta de aquel apartamento de Brooklyn con un ramo de flores que me costó Dios y ayuda transportar, una disculpa en los labios y la firme convicción de humillarme lo necesario para que me perdonara. Se resistió un poco, pero acabamos volviendo juntos a casa y... ya nunca volvimos a separarnos.

—¿Qué haces? —le pregunto, cuando la veo distraída con su móvil.

—Tranquilizar a mi padre sobre las millones de amenazas que él considera que nos acechan en esta ciudad. —Pone los ojos en blanco, y a los dos nos da un poco la risa porque Kenneth Rose ha pasado de ser uno de mis ídolos deportivos de la adolescencia a un suegro a medio camino entre la bendición y la pesadilla.

Dentro de un par de semanas, volaremos a Los Ángeles a pasar unos días en su casa. Mi madre y Annie viajarán para que pasemos unos días todos juntos. Y Hazel también estará allí; hace ya dos años que volvió a Los Ángeles, donde empieza a despuntar en algunos pequeños papeles en televisión y vive a cuerpo de reina como hija casi adoptiva de los padres de

Holly.

Parece que, después de tres años de insistencia, hemos conseguido que el bando Rose se convenza de que no tenemos intención de casarnos y que el bando Banks asuma que los niños tampoco entran en nuestros planes. Porque, si algo tenemos claro, es que no tenemos planes ni queremos tenerlos. Seguiremos viviendo donde la vida y nuestra profesión nos lleven, saltando de ciudad en ciudad, de continente en continente. A cualquier lugar donde seamos felices. Tan sencillo y tan enorme como eso.

No sé si algún día cambiaremos de idea con respecto a ser padres, aunque lo veo difícil. No sé si acabaremos casándonos por todo lo alto en Manhattan, borrachos como cubas en Las Vegas o descalzos en una playa de California. No sé si algún día nos cansaremos de recorrer el mundo, y volveremos a instalarnos en el apartamento de Manhattan, que lleva cerrado casi tres años. Aunque también me parece muy complicado que todo eso llegue a pasar. O no. Ninguno de los dos lo sabemos, en realidad.

Pero hay muchas cosas que sí sabemos. Sabemos que el mayor golpe de suerte de nuestras vidas fue entrar un día en la redacción de una revista y chocar de frente con alguien que ni siquiera nos cayó bien. Sabemos que un día dejó de importarnos no ser las personas que queríamos ser en la imagen que nos devolvían los espejos, porque éramos justo lo que siempre habíamos soñado cuando nos veíamos reflejados en los ojos del otro. Sabemos que nunca olvidaremos lo que fuimos, lo que sufrimos. Yo no olvidaré que un día estuve llamado a ser una estrella del deporte y que ese sueño murió contra un árbol a siete kilómetros de mi casa. Holly no olvidará que hubo un tiempo en que sentía que lo único que podía provocar en los hombres era rechazo. Pero también sabemos que yo disfruto cada día que cojo un balón y juego con él, aunque sea compitiendo en broma contra su padre en el jardín de su casa, cuando vuelvo a ser el niño que solo soñaba con divertirse rodeado de olor a césped. Y sabemos que ella se ha convertido en una mujer segura, que no cierra los ojos cuando se desnuda frente al espejo y que no se aparta cuando yo clavo mis dedos en esos muslos firmes de los que ella un día se avergonzaba. Y, sobre todo, sabemos que seguimos hablando cada día, de nuestros miedos y nuestras ilusiones, cuando nos metemos en la cama, antes o después de hacer el amor. Y que, mientras eso ocurra, es imposible que algo nos separe.

—¿Volvemos a casa? —le pregunto, y ella aprovecha para apartarme un

mechón de pelo que siempre me cae sobre los ojos.

—Sí —me responde, con su voz convertida en un suspiro.

—¿Qué te pasa?

—¿Sabes? —Se para pocos segundos después de haber empezado a caminar y me mira fijamente a los ojos—. Me encanta que seas mi mejor amigo.

—Y a mí me encanta que seas mi chica —le respondo, mientras en mis labios se dibuja una sonrisa que no podría evitar aunque quisiera.

—Me encanta ser tu chica.

—¿Siempre?

—Siempre.

Las relaciones van y vienen, se rigen por sus propias normas y, algunas veces, salen bien. Holly y yo tardamos meses en dejar que el sexo fuera parte de lo nuestro, y eso no nos convierte en mejores ni peores que todas las parejas que empiezan por el sexo y después construyen todo lo demás. Nosotros tuvimos que curarnos de lo que nos carcomía por dentro antes de ser capaces de entregarnos enteros el uno al otro. Y, en cuanto lo hicimos, todo fluyó. Y lleva fluyendo desde entonces. A veces, cuatro o cinco veces al día.

FIN

Agradecimientos

Escribir una novela no es fácil. Nunca lo es. Es un trabajo de fondo que tiene bastante poco que ver con sentirse mágicamente inspirada y mucho, muchísimo, con echarle muchas horas delante del portátil. No me malinterpretéis, a mí me hace muy feliz y creo que nunca dejará de ser así, pero también es una profesión solitaria, llena de dudas e incertidumbres, bastante poco reconocida y, quizá lo más complicado de entender, que pone las emociones a flor de piel (o, dicho de otra manera, que nos convierte en unas *intensitas*). Por eso, creo que es muy difícil sobrevivir a ella sin el apoyo de quienes nos rodean. A todos ellos, como en todas y cada una de mis novelas, gracias. Muchas muchas gracias.

A mi madre, como siempre, la primera. Por millones de cosas, pero, en los últimos tiempos, sobre todo, por entender mis ausencias, mis días de encierro literario y mis desconexiones temporales del mundo real.

A Juan, claro. Por ser mi mayor fan, mi apoyo más firme y el mejor amigo que alguien puede imaginar. Por aguantarme cuando no me aguanto ni yo, cuando los personajes se me atascan y necesito llorarle mi drama a alguien. Por ayudarme en todo, desde las terapias telefónicas a las carreras de última hora a Propiedad Intelectual cuando se me olvida registrar las cosas a tiempo. Por llevar leídas once novelas románticas en menos de dos años (quién te lo iba a decir). Y por ser mi «After all this time? Always».

A mis amigas de toda la vida. A Alba, Helen y Pati, por formar el club de fans más fiel que tendré jamás. Porque escucharos comentar mis novelas y lo que os hicieron sentir me sigue poniendo la piel de gallina. Y por soportar que nunca pueda quedar si no se me avisa con tres años y medio de antelación y un burofax.

A las amigas que me regaló este trabajo, sobre todo a las que han acabado convertidas en ~~mártires~~ lectoras cero de mis manuscritos. A Carlota Laupani, Altea Morgan y Susanna Herrero, por haberle dado a Tyler y Holly el empujón que yo necesitaba que recibieran. A Alice Kellen, Saray García y Neïra, por haber convertido un grupo de chat en el bar al que más me apetece ir a tomar cañas cada día. Por nuestras *competis*, nuestras conversaciones surrealistas y, sobre todo, por animarme incondicionalmente cuando esta historia se me

atascaba.

Y, por supuesto, a vosotras. Las lectoras que me motiváis cada día a continuar. Las que me mandáis mensajes contándome lo que sentisteis al leerme. Las que subís fotos a las redes sociales con mis libros. Las que os tomáis unos minutos para escribir una reseña en Amazon, en GoodReads o en vuestros blogs. Sois nuestra fuerza, el impulso que necesitamos para seguir. Sin vosotras, nada de esto tendría sentido, así que, como siempre, muchas gracias.

Si queréis saber más sobre mí o contactar conmigo, me encontraréis en mi blog www.abrilcamino.com, en las redes sociales ([Facebook](#), [Twitter](#), [Instagram](#), [Pinterest](#)) o en mi correo electrónico abrilcamino@hotmail.com. Si queréis ser las primeras en estar al tanto de mis novedades, podéis [suscribiros a mi lista de correo](#) (prometo no ser muy plasta, solo un mail mensual y otro cuando tenga alguna novedad editorial).

III «—¿Después de todo este tiempo?
—Siempre».